PAULA FOX

Los hijos de la viuda

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narrativa sexto piso



Los hijos de la viuda

PAULA FOX

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Widow's Children

Copyright © Paula Fox, 1976

Primera edición: 2025

Traducción
© Magdalena Palmer

Imagen de portada
Portrait in Black and Pearl
© Jack Vettriano
Courtesy of the artist
www.jackvettriano.com

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2025
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
Grafime

ISBN: 978-84-10249-74-5

ÍNDICE

Para Brewster Board, Marjorie Kellog y Gillian Jagger

Privados de sus primeras hojas se muestran sus hijos estériles y parecen ser el fruto del horror que ella complació…

«Viuda», Rainer Maria Rilke

1. COPAS

Clara Hansen estaba sentada en ropa interior, inmóvil y muy erguida, al borde de una silla. Pronto tendría que encender la luz. Pronto tendría que acabar de vestirse. Se permitiría tres minutos más en su apartamento en penumbra, en ese estado tan cercano al sueño. Se volvió para mirar una mesa donde había un pequeño despertador. De inmediato una dolorosa inquietud la obligó a levantarse. Llegaba tarde; los autobuses no eran de fiar. No podía permitirse ir en taxi al hotel donde su madre, Laura, y el marido de Laura, Desmond Clapper, la esperaban para tomar unas copas y salir a cenar. A la mañana siguiente los Clapper zarpaban en barco, esta vez rumbo a África. Se ausentarían durante meses. Clara había conseguido escaparse media hora antes del despacho donde trabajaba para ganar algo de tiempo. Pero en el tiempo ganado se había sumido en un sueño vacío.

Se dirigió rápidamente al pequeño dormitorio, donde el vestido aguardaba encima de la cama. Se trataba de su mejor posesión. Aunque era consciente de que, por norma, vestía a la defensiva, esta noche había optado por una elección perversa. Laura sabría que el vestido era caro. A la mierda, se dijo, pero solo sintió indecisión cuando la seda se posó sobre su piel.

Unas gotas de lluvia se deslizaron por las ventanas cuando pasó a la sala. Dejó encendida una luz para cuando volviera a casa y por un

momento le pareció que la velada había terminado, que había regresado con el consuelo de que, cuando Laura se marchase, ya no tendría que pensar en ella. A fin de cuentas, casi nunca se veían.

Aunque era principios de abril y aún hacía frío, Clara se puso una gabardina fina. Estaba raída y sucia, pero respondía a cierta intención –un repudio al vestido– de la que Clara solo era remotamente consciente.

Carlos, el tío de Clara, estaría allí. Y Laura le había dicho por teléfono que un amigo editor también asistiría a su despedida. Clara lo había conocido hacía mucho tiempo; no pensaba nada en él. Mientras andaba por la calle, vio que un autobús se acercaba y corrió a la parada. Sintió enseguida, como si lo hubiesen provocado sus apresurados pies, una inquietud angustiada, el estado con el que siempre entraba en el territorio de su madre.

A doce manzanas al sur del edificio de Clara, en una vieja casa de piedra de Lexington Avenue, Carlos Maldonada, el hermano de Laura, estaba junto al fregadero con un limón marchito en la mano. No le apetecía especialmente el vodka que se había servido. Soltó el limón, que cayó en el fregadero entre los platos sucios, y fue a su armario. Sin molestarse en mirar, cogió una americana de la oscuridad mohosa y se la puso.

Se dirigió al teléfono. Podía decirle a Laura que había tropezado en la acera y se había torcido el tobillo. Tendría que ser una historia detallada: con qué había resbalado, el peatón que lo había ayudado, el grado de hinchazón, cómo había conseguido volver a su piso, las horas que había tenido el tobillo en remojo en la palangana –no tenía palangana–, los analgésicos que se había tomado.

–¡Maldito embustero! –dijo, imitando a la perfección la voz de Laura, y se rio al oír sus palabras en la habitación polvorienta y desordenada.

Encontró la boina y un abrigo, se tragó el vodka al pasar junto a la encimera de la cocina y se apresuró escaleras abajo a la calle, donde se acercaba un taxi justo cuando levantó la mano. Sin embargo, en cuanto se desplomó en el resquebrajado asiento de vinilo, con los pies rodeados de colillas mojadas, le flaquearon las fuerzas. Dio la dirección del hotel de los Clapper con desánimo y no respondió a los comentarios del taxista, aunque era joven y muy guapo.

El tercer invitado de los Clapper, Peter Rice, aún estaba en su despacho. Con un lápiz rojo, comprobó su nombre en una lista de editores del memorando anexo a una revista inglesa. No la había hojeado; ya no leía revistas de ningún tipo. Su secretaria, con el abrigo sobre los hombros, le trajo el paquete de libros que le había pedido. Firmó un papel, sonrió, le dio las gracias, le deseó un buen fin de semana, contempló desde su ventana un remolcador lejano en el East River y lamentó, al ver que empezaba a llover, no haber cogido el paraguas por la mañana. Solo era un lamento formal; no prestaba atención al tiempo en la ciudad.

Llevaba un año sin ver a Laura. Hablaban por teléfono de vez en cuando. Laura lo llamaba desde la granja de los Clapper en Pensilvania. Como nadie más lo llamaba a esas horas de la noche, cuando sonaba el teléfono siempre respondía con un sobresalto de placer, pues sabía que era ella. Este último año todas sus conversaciones habían empezado con desesperación y dramatismo, historias escabrosas sobre la afición de Desmond por la bebida. Pero

al cabo de un rato ella se calmaba y acababan hablando como siempre.

Fue a coger el sombrero. Una mujer rio en el pasillo. Oyó pasos que se dirigían a los ascensores. El remolcador se había perdido de vista. Al apagar la lámpara del escritorio, la penumbra acuosa del anochecer inundó su despacho, pero no desdibujó los brillantes lomos de los libros alineados en las estanterías. Una preocupante sensación de que el día había pasado sin dejar huella lo dejó ahí clavado, como falto de vida. Entonces pensó en Laura. Cogió el paquete de libros y salió.

En el cuarto de baño del hotel, Desmond Clapper se miraba fijamente los dedos enrojecidos bajo los grifos abiertos. El chorro de agua no conseguía ahogar la voz de Laura. En cuestión de segundos tendría que volver al dormitorio con ella. Cerró los grifos, los volvió a abrir.

–¡Háblame de la dignidad de los leopardos! ¡De las cucarachas! ¡Pero no me hables de la dignidad del hombre! ¿Cómo se atreve alguien a impedir que otra persona vaya adonde le plazca del maldito mundo? Ya estaba casi en el restaurante cuando te vi al otro lado de ese piquete con cara de tonto, mientras esos camareros correteaban entre nosotros farfullando sus quejas…

Desmond apretó los dientes. Laura seguía molesta por lo del almuerzo. Él no podía haber evitado lo ocurrido. Los huelguistas lo habían insultado cada vez que daba un paso hacia Laura. Se quedó escuchando. Ella empezó a hablar de nuevo, pero su voz parecía más cercana. ¿Sería capaz de estar al otro lado de la puerta?

–¿Desmond? ¡Desmond! ¿Cómo es posible que no quisieras cruzar ese piquete? ¿No sabes lo que ganan los camareros en un sitio así? Y… ¡por Dios! ¿Quién tiene dignidad en esta vida? Lo único que quieren es dinero…, tráteme como un hombre…, ¡deme otra moneda! ¿Recuerdas esos mendigos de Madrid a los que sus hijos llevaban en un carrito hasta las puertas de las iglesias? Y agitaban sus muñones delante de nosotros y se reían. ¡Eso era dignidad! ¿Desmond? Hacía tanto que deseábamos comer allí, y me has agarrado del brazo y me has obligado a irme. Uno de ellos llevaba una pancarta con la palabra *apoyo* mal escrita. ¿Te has fijado? ¡Dios! ¡Habría sacado mi plato y me lo habría comido delante de ellos! ¡La insolencia! ¡La estupidez! Y en la librería, esa horrible dependienta de uñas sucias y con el aro del sujetador que le asomaba de la camisa… ¡me ha corregido! Tendrías que haber sabido, después de tantos años, que yo no pronunciaba bien la palabra *cúpula.* ¿Por qué nunca me lo has dicho? Ya sabes cuánto me horroriza pronunciar mal en inglés. Ni se ha molestado en atendernos, fingiendo que no habían recibido nuevas novelas inglesas de detectives. Deberías llamar al director de ese sitio…, permitir que personas así maltraten a los clientes…, permitirles que desahoguen sus frustraciones con los demás. Le he preguntado si le hacía falta ir al baño. ¿Me has oído preguntárselo? He hablado con calma, y eso enloquece a esas personas. Y pensar que he pronunciado mal *cúpula* todos estos años y nadie me ha dicho nada hasta que esa mujer… ¡Estoy tan nerviosa! Creo que esta copa me ayudará. Desmond. Sé que estoy un poco alborotada. ¿Lo has oído? Lo sé. No estoy poniendo excusas, eso no es nada español. Sois vosotros, los anglos, los especialistas en mentiras piadosas. Yo nunca me justifico. ¿A que no, Desmond? No

soy judía, a fin de cuentas. ¡Cuánto aborrezco a los que se compadecen de sí mismos! Ese hermano mío, Carlos, se toma sus problemas con tanto sentimentalismo… y, ah, cómo nos abandona a todos, incluso a mi pobre madre, que lo prefiere a él en lugar de a mí o Eugenio. ¿Desmond? Ojalá pudiéramos irnos sin decir nada a nadie. Cuando he llamado a Clara, me ha dicho que había estado resfriada con una voz tan débil y triste, y luego ha demostrado lo *valiente* que era diciendo que claro que quería vernos antes de que nos hiciéramos a la mar. ¡Ojalá pudiéramos irnos sin más! ¡Ahora mismo! Cruzar la pasarela a oscuras y entrar en nuestro camarote. El sobrecargo nos traería té y galletas, el barco zarparía a medianoche, sin bandas ni despedidas. ¡Dios! Esos espantosos camareros… Supongo que tendrán unas vidas inhóspitas, volviendo a casa de madrugada en el metro, demasiado exhaustos para sumar sus propinas, soñando que cargan bandejas…, y esa miserable dependienta, sin nadie que se moleste en decirle lo del sujetador, sin nadie que se preocupe de sus pechos. ¡Mira qué hora es! Todos llegarán pronto. Peter no me preocupa. Él entiende lo que es una ocasión especial, el pobre. Llevamos treinta años de ocasiones. Mi amigo más antiguo…, mi único amigo. Menos mal que no he localizado a Eugenio. Me imagino dónde estará, en la guarida de cualquier vieja contando furtivamente las perlas auténticas que lleva al cuello, exasperado solo de pensar en cómo nuestra familia ha caído… caído…

Empezó a llover de pronto, como si arrojaran agua a las ventanas del hotel y a la negra avenida ocho plantas más abajo. Laura vio los limpiaparabrisas deslizándose por los cristales de los coches que llenaban la calle, el color de los semáforos que parecía chorrear con

la lluvia y la reluciente superficie del macadán inundada por la violencia del aguacero. Encendió un cigarrillo y bebió un sorbo para humedecerse la boca seca. Se estremeció de tal forma que hasta las piernas le temblaron por la fuerza del espasmo. Casi de inmediato fingió preguntarse si se habría producido un terremoto, si la ciudad de Nueva York estaba desmoronándose, si el hotel se derrumbaba bajo sus pies; fingió que la convulsión se debía a una fuerza externa y no a lo que debía ser, el hecho prodigioso que había ocultado a lo largo de toda su arenga, durante la cual, ella lo sabía, Desmond había estado abriendo y cerrando los grifos para ahogar su voz.

El prodigio en cuestión era la noticia que había recibido cuando los Clapper habían regresado al hotel tras sus últimas compras para el viaje: que su madre, Alma, había fallecido a media tarde en la residencia de ancianos donde vivía desde hacía dos años. Laura se había vuelto hacia Desmond, sonriendo incluso mientras él le preguntaba quién estaba al teléfono, y había respondido que era Clara para saber cómo llegar al hotel, y ¿podía ir sacando él las botellas? Luego había regresado a la gravedad oficial de la voz que, al otro lado de la línea, hablaba sobre el certificado de defunción firmado por el responsable médico –fallo cardíaco…, muerte apacible– y la organización del funeral, y Laura le había dicho a Desmond: «Tráeme una aspirina, cariño», antes de decir apresuradamente al teléfono: «¿Mañana? ¿Puede ser mañana? Cualquier funeral que ustedes suelan…, sí…, pero tenemos una sepultura, mi marido lo organizó con ustedes hace dos años…, en Long Island», y Desmond había vuelto con dos aspirinas y ella había dicho al teléfono: «Adiós, llamaré por la mañana», pero entonces

Desmond había preguntado: «¿Llamar a Clara? Pero si viene esta noche, ¿no?».

No había sido capaz de responderle, pero él no insistió; siempre podía contar con la limitada capacidad de atención de su marido. Y luego se había quedado en blanco; solo sabía que algo implacable se había apoderado de ella. Había sentido un placer casi delirante y el impulso de gritar que poseía algo que nadie más conocía, un hecho importante, duro y real entre las blandas acumulaciones de acontecimientos irrelevantes a los que pertenecía el planeado viaje a África, que solo podía experimentarse a través de su organización, itinerario, equipaje, compra de medicinas para trastornos digestivos, libros para leer, reloj, jabón, pasaportes, esa cáscara de actividades que envolvía el centro inmóvil de su existencia en común.

¿Estaba Desmond bebiendo solo en el cuarto de baño? ¿Tomándose unos tragos furtivos antes de que su enfermera jefe lo sorprendiera? En un arrebato de furia por el engaño de Desmond, por su cobardía al haberla nombrado enfermera jefe, soltó su vaso sobre el radiador; el cristal se rompió en grandes pedazos y cayó a la moqueta. Desmond apareció de inmediato en la puerta del baño, secándose las manos con un cuidado exagerado. Laura sonrió mientras notaba un leve sudor en el labio superior.

–¿Le has dado propina al camarero que ha traído el hielo? Por cierto, se me ha caído el vaso.

–Sí, querida. ¿Se te ha caído el vaso? Yo lo limpiaré.

Vio que Laura tenía una mancha en la frente y la frotó con el extremo de la toalla mientras miraba la ventana donde, supuso, ella se había apoyado.

–Está lloviendo –dijo Desmond.

Ella rio.

–No podías oír la lluvia con el ruido que hacías ahí dentro.

Él le devolvió la sonrisa, aliviado por la serenidad de su voz. Y sí que había oído la parte de embarcar esa misma noche. Y claro que lo habría preferido a la velada aburrida y peligrosa que tenían por delante. Ya había cristales rotos, aunque se debiese a algo accidental. Leopardos, camareros, judíos…, Laura no se habría puesto así si no esperara a su maldita familia. La observó mientras ella doblaba la toalla que le había dado y luego se miraba en el espejo que colgaba de la pared, encima de la cómoda. Había ido a la peluquería esa mañana y llevaba todo el pelo amontonado en lo alto de la cabeza. ¡Era tan gris! Esa cabellera de mujer mayor seguía sorprendiéndolo.

–Qué rizos más repugnantes –dijo Laura. Sus ojos del espejo miraron los de Desmond.

A él no le importó esa mirada y pensó: «Voy a tomarme una copa». Pero cuando se dirigía a la mesa donde estaban las botellas y los vasos, oyó que alguien llamaba débilmente a la puerta y fue a abrir.

–¿Soy la primera? –preguntó Clara Hansen mirando directamente a su madre sin reparar en él.

La sonrisa desperdiciada de Desmond se demoró un poco más en sus labios.

–Hola. –Laura pronunció el saludo con el tono más profundo de su voz, una anunciación resonante y eléctrica a la que Clara, lo supo con el corazón encogido, no encontraría ninguna respuesta que la igualara, pues su propio «hola» pesaría menos que el polvo ante

semejante escala de drama tonal, por lo que se limitó a tenderle la mano.

Su madre le apretó los dedos con fuerza un instante y luego retiró la mano para coger un cigarrillo.

–¿A que tiene un aspecto magnífico? –exclamó Laura–. ¿Los hombres no te atacan por la calle?

–¿Qué quieres beber, Clara? –preguntó Desmond.

–Whisky. Con soda, si tienes –dijo Clara, y siguió mirando a Desmond. En cuanto ella y Laura empezaran a hablar, todo iría bien. Seguro. Esos primeros momentos siempre eran angustiosos y ella no podía explicarse el miedo que sentía, la innegable sensación de peligro.

Nunca había vivido con Laura ni con su padre, Ed Hansen; no había estado bajo el mismo techo que su madre desde esa primera separación en la maternidad del hospital, veintinueve años atrás. Era eso, se decía ella; es porque nunca hemos empezado y por eso siempre comenzamos por la mitad, mientras un vacío se forma justo detrás. Pero esta teoría de la relación que mantenía con su madre, tan estimulante durante un día, o una hora, no se tenía en pie. Entre Laura y ella no había un vacío sino una presencia, cruda y ensangrentada. Laura había tenido cuatro abortos antes de un quinto embarazo que había pasado inadvertido un mes más de la cuenta, y de él había nacido Clara. Ella, se decía, había robado su futuro.

–¿Cómo estás, señorita? –preguntó Laura encaramada ahora al alféizar de la ventana–. Ojalá vinieras con nosotros. ¿No te gustaría, Desmond? ¡Qué bien nos lo pasaríamos! Desmond, Clara quería agua, no soda.

–¿Has dicho soda o agua? –preguntó Desmond.

–Cualquiera me va bien, lo que sea más cómodo –dijo Clara.

–Pero me ha parecido que lo pedías con agua –insistió Laura.

–Pues me parece que he dicho soda, pero no importa. De veras.

–Vaya, ¿estás segura, Clara? ¡Ay, Dios! Ese debe de ser Peter. Esperaba que los tres pudiéramos estar un rato a solas, pero… –Y fue a abrir la puerta.

No era Peter, sino Carlos Maldonada.

–¡Carlos!

–Hola, querida –dijo Carlos.

–¡Mira quién está aquí! ¡Clara! ¡Y ahora no empecéis vosotros dos! –gritó Laura alegremente.

Carlos fue directo a su sobrina, le puso una mano en la cabeza y le apretó el cráneo con los dedos. Ella rio excesivamente.

–¿Algún chiste nuevo? –le preguntó Carlos a Clara.

–Ay, Carlos, cada vez tengo peor memoria para los chistes…

–¡Cada vez tiene peor memoria, dice! –exclamó Laura riendo–. A su edad…

–El maldito camarero ha olvidado el vermut –murmuró Desmond.

–Mi confundido Desmond, ninguno de estos pordioseros tocaría el vermut –susurró Laura.

–Te perdonaré –le dijo Carlos a Clara–. ¡Ese último! ¡Por ese último te perdono cualquier cosa!

«Ese último» era una broma obscena que probablemente ella le había contado hacía un año, la última vez que se habían visto, mientras subían por Lexington Avenue. Él se había reído hasta que se le saltaron las lágrimas. A Clara el chiste no le había parecido especialmente gracioso, pero la carcajada que arrancó a su tío –y no

era la primera vez– la había emocionado: el calor de su respuesta había sido reconfortante. Sin embargo, no entendía a qué sustituían esos chistes, con su lamentable deformación de las costumbres de la vida carnal y una jerga que era más rudimento que palabras. Intentó recordar algo sobre una mujer y un picaporte, algo lo bastante grosero para provocar en ellos los gritos y carcajadas que la librarían unos instantes de sus expectativas. Pero su madre empezó a hablar. Clara suspiró, aliviada, y tragó demasiado whisky.

–Gibraltar solo un día –decía Laura–. Luego Málaga una semana, luego Marruecos. Estamos listos para zarpar. Estábamos listos…

De pronto se detuvo y miró a su alrededor con honda perplejidad, como si buscara lo que había estado a punto de decir escrito en una pared, o en una lámpara, o en una caja sobre la mesa. Los otros tres también interrumpieron su consumo de alcohol y tabaco y oyeron el golpeteo de la lluvia en las ventanas del hotel. Clara contuvo la respiración. Entonces Desmond dijo:

–No pagaré por ese maldito vermut, desde luego…

Y Laura, que les había dado a todos la impresión de alguien que se revuelve en sueños, siguió con lo que estaba diciendo:

–Estábamos listos. Y entonces Desmond recibió una carta de su hija, la pequeña Ellen, la querida Ellie…, ¡tienes que ver esa carta, Clara! ¡Menuda farsante está hecha! Quiere ver a su papá, decía, quiere hablar de su carrera en el mundo editorial…, que no ha empezado. ¿No es ya un poco mayor para empezar, cariño? Desmond, seguramente le dijiste que Peter Rice podría ayudarla a encontrar trabajo. Se lo dijiste, ¿verdad? No tendrías que darle esperanzas, ¿sabes? Escribe como una veinteañera y ya debe andar por los treinta. ¿O no? Seguro que es mayor que Clara.

–Disculpad –dijo Desmond, y entró en el cuarto de baño.

–Es el campeón de las meadas en los siete continentes –comentó Laura.

–Creo que los continentes son seis –dijo Carlos.

–No sé qué haríamos sin tus conocimientos geográficos, Carlos. –Laura se echó a reír.

Estaba sentada en una de las camas de la habitación y Carlos seguía de pie, justo detrás. Los dos españoles miraban a Clara. Sometida a su escrutinio, el dolor que había sentido por la mención de esa otra chica desconocida que, al igual que ella, ya no era una chica, empezó a desvanecerse como si lo expusiera a una luz cegadora. Fue como si dos águilas se abatieran sobre ella. ¡Que apartaran la vista, por Dios! Sin embargo, no tenían pico ni aspecto de ave, no con esas enormes cabezas españolas. Pero se sentía paralizada por sus miradas, cuya fuerza se doblaba por el parecido físico de los hermanos, los mismos ojos hundidos bajo los grandes pliegues de los párpados, la misma nariz alargada. Aunque Laura tenía el pelo gris y Carlos estaba casi calvo, había en sus miradas algo oscuro, *español,* no del todo humano, que destacaba por encima de unos labios sonrientes.

–¿No os iréis? –preguntó Clara vacilante–. ¿Porque Ellen…?

Laura se echó a reír negando con la cabeza, como maravillada ante semejante conclusión.

–Unas piernas preciosas –murmuró Carlos con una sonrisa encantadora, mirándole las piernas a su sobrina.

–Y esas manos, como de paje renacentista –dijo Laura–. ¡Fíjate, se está sonrojando!

Laura se levantó de la cama, se acercó a Clara y le acarició la barbilla. Clara sonrió a Carlos con impotencia y maldijo en silencio su cara enrojecida. Pero el rubor no se debía al recato; era enfado por la injusticia de un halago que solo podía herirla.

Durante su adolescencia, su abuela Alma se la había llevado a esperar un barco o un tren para sentarse un par de horas en una habitación de hotel o en un restaurante con esa extranjera de aspecto feroz, su madre. En aquel entonces, ella tropezaba con sus propios pies, rompía vasos de refresco y balbucía irremediablemente mientras esperaba que Laura le dijese que había crecido, que estaba más rellenita, que quizá algún día hasta sería guapa. Pero lo que Laura le decía era que sus piernas eran exactas a las de Josephine Baker, que su cara redonda era igual que la del chico del cuadro de Reynolds que había visto en Londres o que tenía aspecto de bacante, y Clara, mientras el camarero recogía los fragmentos del vaso roto –siempre llegaba deprisa y malhumorado–, escondía las uñas mordidas debajo de la servilleta o de la carta e intentaba cerrar la maldita boca, y también iba recogiendo esas descripciones de sí misma, esos halagos que la dejaban con una sensación insultante y ofensiva.

Y ahora tenía manos renacentistas. Se las miró disimuladamente. Una sostenía el vaso con fuerza. Se le aceleró el corazón y por un instante se imaginó arrojando el vaso contra las ventanas del hotel. Pero aquel impulso se desvaneció tan deprisa que apenas fue consciente de él, sino solo de que se había ensimismado.

Laura hablaba de Ed Hansen, el padre de Clara, pero con menos desprecio del que aparentaba cuando Desmond estaba presente. Él seguía en el cuarto de baño.

–Pero Clara me dijo…, ¿verdad?, que Ed estaba muy enfermo, que esta vez no fingía. ¿Era una angina, Clara? Y que Adelaide intenta echarlo de nuevo. ¿Se ha hartado de ser la maravillosa nueva esposa? ¿O no puede soportar el arte de Ed? ¡Dios mío, Carlos! ¿Te he hablado de esa vez, hace unos años, que Ed me llamó, borracho como una cuba, y me dijo que iba a tirar todas sus cámaras y que volvía a la pintura? Claro que no ha tenido que ganarse la vida desde que se casó con una heredera… Pues bueno, me estaba hablando del tema de la pintura por teléfono cuando de pronto, y encima era conferencia, rompió a llorar. Me dijo que se sentía tan emocionado de volver a reencontrarse con la pintura a su edad, después de esos años espantosos en los que había tenido que mantenernos y protegernos trabajando de fotógrafo, eso dijo, y lloraba de verdad. Pero ya se sabe, a los viejos se les da un regalito navideño o se les habla de una erupción volcánica en un sitio que nunca han pisado y se echan a llorar igual que Ed. No es una persona seria, esa es la verdad. Nunca lo ha sido. Por eso era un buen fotógrafo.

–Pero no es un viejo –dijo Clara.

–Supongo que no –repuso Laura, y miró a Carlos–. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

–Él…, hará unos meses, pero estaba bebiendo. Intenté que comiera algo…

Laura soltó una carcajada.

–Ay, Carlos, tú intentando que alguien coma algo… en ese estercolero de cocina…, ¡querido! ¿Qué le diste? ¿Posos de café y caca de ratón?

–Solo te dije que los médicos dijeron que estaba en muy mal estado y que si no dejaba de beber no viviría mucho –dijo Clara en

voz alta–. No sé nada de Adelaide –añadió.

–No sabes, ¿eh? –dijo su madre con la vista clavada en Clara y los ojos muy abiertos–. Y bien, ¿cómo está, aparte de agonizante? ¿Cuándo lo has visto por última vez, Clara?

–Hace meses. Pero hablo con él por teléfono –repuso Clara, y añadió apresuradamente–: Lo llamé para ver cómo se encontraba. Y esa última vez que lo vi no estaba sobrio. No parecía darse cuenta de lo que hacía…, me regaló un viejo reloj de bolsillo y, a la mañana siguiente, me llamó para pedirme que se lo devolviera.

–Ed se había quedado en mi casa esa noche. Estaba avergonzado por lo del reloj, Clarita.

–¡Dios! ¿No es eso típico de él? –dijo Laura–. Y, cómo no, Clara se lo devolvió. Pero dime, ¿cómo está Adelaide, la reina del patetismo? Tú no la conoces bien, Carlos. ¿O sí? Dios mío, nunca he visto a una mujer tan empeñada en encontrar personas que la atormenten. Y cuando las encuentra, ¡cómo aguanta! Y luego una lágrima valiente, una simple declaración a sus admiradores: «Todo es culpa mía». ¿A que sí, Clara? Clara la conoce, ¿verdad, señorita?

Pero Clara se ahorró la incomodidad de responder porque Desmond salió del baño. No se podía hablar de Ed Hansen en presencia de Desmond. Laura había informado a su hermano y a su hija que su marido sufría unos terribles ataques de celos; se volvía loco con el tema de Ed, tanto, afirmaba Laura, que se negaba a hablar con cualquiera que se llamase Edwin, Edmund o Edward.

–Caramba, ¿dónde estará Peter? –dijo Laura.

Clara entró en el baño pensando: «Caray, caramba»; ¿por qué Carlos y Laura usaban palabras típicas de cómic? ¿De quién se burlaban? ¿De Estados Unidos? Pero ¿quiénes eran los Maldonada?

Inmigrantes enojados, seres dependientes permanentemente desplazados debido a su incesante esfuerzo para mantener la ficción de su distancia, de su superioridad sobre la población local.

En el baño hacía demasiado calor. Entre las toallas revueltas, acechando todavía en el arrugado envoltorio de un jabón, estaba el potente olor de la orina de Desmond. ¡Dios mío! ¡Una sola gota podría cambiar el mundo! Visualizó el bigote negro de Desmond y, debajo, sus labios como viejas tiras de goma. Allí dentro, protegida del escrutinio de Laura, sintió que la tensión de su falsa alegría cedía; se permitió desear que las horas de esta noche pasaran, desaparecieran. En las raras ocasiones en que veía a Laura, o incluso a sus tíos Carlos y Eugenio, sentía tal confusión, tal dislocación de su ser… Arrancada de lo que era su vida aunque solo fueran unas horas, esos momentos parecían no contar, ser un sueño que se borraba de la memoria.

¿Cómo había acabado Desmond en aquel aquelarre? De pronto recordó a su abuela Alma, que había parido a esa prole espantosa. Y Clara sintió una profunda vergüenza, porque ¿qué excusas podía ofrecer para mitigar su abandono de la anciana? Pero la vergüenza fue solo un pellizco, un aguijonazo momentáneo. Ya la inercia la estaba separando de la resolución. Quizá un impulso la rescataría. Quizá una tarde, después del trabajo, se descubriría acercándose a la residencia de ancianos. Por un momento, al pensar en el placer que Alma sentiría al verla, Clara casi sonrió. Y la sonrisa se desvaneció casi igual de rápido. Comprendió que nada, ningún recurso misterioso e insondable de su interior, conseguiría que fuese allí.

«Yo sé muchas cosas», declaraba a veces su abuela en su inglés con fuerte acento español. Tenía un acento espectacular.

Durante cuarenta y cinco años se había resistido a aprender inglés; Alma, que se había sometido a los brutales cambios de su vida sin protestar, había defendido su lengua nativa quizá porque era su último vínculo con la costa ibérica que había dejado a los dieciséis años cuando se embarcó rumbo a Cuba. Quizá supiera muchas cosas, pero ¡a saber cuáles! Sus hijos nunca le preguntaron qué era lo que sabía, aunque se divertían repitiendo esa frase en tono de burla. Ed Hansen se lo había preguntado, en vano. «Ay, Ed…, muchas cosas…», había respondido Alma con un suspiro. Ed la hacía reír, despertaba en ella una alegría coqueta. Tal vez siguiera sorprendiéndole que esa mujer soñadora y melancólica hubiese traído al mundo a Laura, Carlos y Eugenio.

Ed había conquistado a Alma desde la primera vez que Carlos lo llevó a casa durante un permiso del campo de entrenamiento militar donde los habían destinado en la Primera Guerra Mundial. Los dos tenían diecinueve años y, al intentar imaginarse cuál sería su aspecto, como hacía a menudo, Clara recordó una fotografía borrosa que había encontrado en una caja de zapatos en el piso de Alma en Brooklyn. En ella, Carlos posaba lánguidamente de pie junto a una mesa. Y su padre sonreía con una mano apoyada en el hombro de Carlos. ¡Qué guapos eran! ¡Y qué inimaginable que el tiempo erosionase su elegancia! Y que, un día, Alma no esperase nada, abandonada en una residencia de ancianos.

Se mojó las manos en el lavabo y las secó descuidadamente. Claro que Laura sabía que hacía cinco meses que no iba a ver a Alma. ¿Y

si se pasaba un año sin ir? ¿Qué, entonces? Se estremeció de miedo, pero ¿a qué? ¿Qué le podía hacer Laura?

Tiró varias veces de la cadena. Disculparía su ausencia, si es que alguien la había notado. Había necesitado alejarse un momento de ellos, de la dolorosa tensión que Laura parecía producir y al mismo tiempo servirle de alimento.

Clara abrió la puerta. Había mucho humo de tabaco y la habitación parecía más pequeña. Laura estaba acostada en una cama con la cabeza apoyada en una mano y la cadera formando una curva. Su cuerpo ya no era joven, pero tampoco de mujer madura. Tenía cincuenta y cinco años.

Acababa de deslizar la mano bajo la tapa de una caja que estaba a punto de abrir.

–Ay, Clara. Justo estaba diciéndole a Carlos que Desmond me compró ayer seis vestidos, él solito. ¿Te imaginas a un hombre así? Desmond…, ¡eres tan bueno! ¡Pero también es tan malo! ¡Tan derrochador!

Carlos se acercó a Clara y la rodeó con un brazo.

–Y yo ni siquiera tengo uno –le susurró al oído.

Ella lo abrazó. Carlos le hundió la barbilla en el pelo. Se mostraron las manos.

–¡Mira a esos dos, Desmond! –dijo Laura.

Las manos de Clara y Carlos eran extraordinariamente parecidas: se trataba de una broma entre ellos. Al menos era algo que compartían. Se separaron mientras Carlos reía suavemente. Ella se sintió incómoda. Apreciaba a su tío, pero esas bromas, esas caricias, esas señales mudas aunque elocuentes enfriaban el afecto que sentía por él. Carlos casi siempre la había tratado con amabilidad. Le

encantaban sus magníficos andares; como un tigre, afirmaba Ed, nadie diría que era un pederasta. Ed le había asegurado a Clara que no lo había sabido durante años, y le había contado el secreto cuando ella tenía trece. Clara había asentido con calma, ocultando que ignoraba de qué le estaba hablando, aunque sabía que era algo horrible y le aterrorizaba que Carlos se enterase de que ella lo sabía. Eso ocurrió cuando estaba convencida de que los Maldonada podían leer el pensamiento, sobre todo el de ella. Pero si Carlos se lo había leído, eso no influyó en su forma de tratarla. Con el tiempo, Clara había tenido una revelación. No era la vergüenza de Carlos lo que había temido, sino la propia. Hasta hacía unos años, Alma solía decir: «Ay, Carlos… Espero que se case algún día». Carlos era su preferido. De Eugenio no decía nada. Y durante todos los años que crio a Clara, mientras Laura y Ed se trasladaban de la Provenza a Devon, de Ibiza a México, Alma apenas le había hablado de esa pareja espectral cuya existencia atestiguaban los sellos extranjeros (cuando llegaba una carta, a menudo ya estaban en otro lugar; Laura nunca escribía, enviaba mensajes a través de Ed), y se limitaba a decir: *Laurita es una viajera, ¿eh?,*[1] con una suerte de implacable benevolencia, o soltaba algo igual de insustancial para que la niña, Clara, se guardara sus preguntas muy adentro, donde, en la fecunda y solitaria oscuridad de la adolescencia, se volvieron monstruosas.

Sin embargo, en cuanto salió al mundo aprendió lo que todos sabían –que las familias no son lo que parecen– y se volvió experta en detectar las grietas en las fachadas domésticas. ¿Acaso no estaba dañado todo el mundo?, se preguntó. Leyó a los clásicos griegos durante su único año en la universidad y concluyó que la casa de

Atreo estaba, y siempre había estado, llena de huéspedes como ella. Después, hacía un año, una mañana se había despertado sudando de miedo. Su vida era como andar junto a una cerca electrificada. Y el camino se estrechaba cada vez más.

–Necesitas una copa, preciosa –le dijo Desmond con voz turbia–. Toma.

–¡Soy tan morbosa! –exclamó Laura–. Se me acaba de ocurrir: ¿y si el cáncer fuese normal y lo anómalo fuese la vida humana? ¿A que es macabro?

–Por el amor de Dios, Laura –dijo Desmond enojado.

Carlos se levantó y se desperezó.

–Eres demasiado perversa, querida –le dijo.

–¡Perversa, yo! –Laura se echó a reír–. ¿Habéis oído a este viejo desvergonzado? La idea se me ocurrió ayer en el cine. A oscuras con todos esos cuerpos… Olía a pies…

–Ese sería yo –dijo Carlos, y Desmond soltó una carcajada y gritó: «¡Carlos! ¡Ay, Carlos!» mientras apuraba el vaso de un trago y todos se le unían hasta que la habitación se llenó de risas.

Desmond tenía las solapas mojadas por el bourbon derramado. Su traje, juzgó Clara, era caro. Desmond había heredado un negocio familiar, pero por los pelos. Todo gracias a Laura. La vieja señora Clapper quería dejárselo a la exmujer de Desmond y a su hija, porque le había enfurecido que su hijo se casara con Laura.

«Pero me la gané –le había contado Laura tiempo atrás–. Cuidé de esa vieja malvada cuando agonizaba. Ya sé lo que estás pensando, Clara. Que no podría ocuparme ni de una pulga».

Y Clara había negado vigorosamente con la cabeza, diciendo: «No, no. No pensaba en eso, para nada», porque Laura estaba muy

borracha y a saber lo que le habría soltado si Clara le hubiese dado la razón.

«Me llevaba a ese millonario saco de huesos al baño, le levantaba la falda y la sentaba en el retrete. ¡Y al final me dijo que había hecho un hombre de su hijo! Y cambió el testamento. Yo no habría soportado no tener dinero el resto de mi vida, como me había pasado con Ed, dependiendo de lo que sacaba de su trabajo. Estuvimos tan sin blanca en tantos sitios, viviendo como gitanos…».

Las historias de Laura. Las contaba con una curiosa superficialidad, con un aire de incredulidad irónica.

«Pero fuiste buena con ella. –Clara se despreció a sí misma por decir eso–. La cuidaste».

Y, con una mirada elocuente, Laura había respondido sin interesarse por el intento de Clara de excusar su oportunismo:

«No, no. Yo sabía lo que estaba haciendo».

¿Por qué lo intentaba siquiera?, se había preguntado Clara. ¿Por qué intentaba absolver a su intransigente madre? Laura narraba esos espantosos relatos como si describiera un tifón, y Clara, que insistía en ofrecerle los subterfugios a los que recurría la gente para eludir su responsabilidad moral por sus acciones, se sentía estúpida.

–¡Maldita sea! –exclamó Laura–. Se me ha olvidado diluir los somníferos que le he traído a Peter.

–¿Cómo lo haces? –preguntó Clara.

–La dosis mínima es demasiado fuerte para él –le explicó su madre–. Abro las cápsulas, vacío la mitad del contenido y las vuelvo a cerrar. Desmond dice que parezco una bruja delante del caldero. Pobre Peter.

Justo entonces llamaron a la puerta y Laura se puso vigorosamente en pie. Desmond dijo: «Iré yo», y desde el otro lado de la puerta se oyó un grito sostenido que fue subiendo de volumen hasta fragmentarse en unos chillidos agudos, como de pájaro. Laura se desplomó riendo en la cama, frotándose la cara con las manos; aquellas feroces restregadas eran una costumbre que compartía con Carlos.

–Ha perfeccionado el grito de gaviota –dijo Laura.

–¡Dios mío! –exclamó Carlos.

Desmond abrió la puerta y Peter Rice entró en la habitación.

Era unos años más joven que Laura, aunque no lo parecía. Tenía el cabello ralo y gris, rasgos enjutos y detrás de las gafas asomaban unos pálidos ojos azules de mirada dulce. Transmitía la impresión de estar limpio y seco, como si lo hubiesen aplastado entre dos gigantescos secantes para absorberle todos los jugos vitales.

Se dirigió directamente a Laura, que se levantó y lo abrazó mientras él le apoyaba la cabeza en el hombro. Carlos levantó su vaso y se quedó mirándolo pensativamente. Clara y Desmond cruzaron miradas antes de apartarlas como si les avergonzase. Peter Rice y Laura se separaron con elegancia.

–¿A que es una maravilla? –dijo Peter con una voz suave y culta–. Me ha llevado tres años. Mi obra maestra. Creo que me ha salido perfecta. Mi gaviota está volando de un pilote a otro. Anuncia la llegada del crepúsculo… en los yates del puerto, la gente prepara su cena de palitos rancios de zanahoria, cacahuetes y hamburguesas. Todavía visten ropa marinera. Algunos beben cócteles Manhattan prefabricados y embotellados. Otros buscan por el muelle un grupo

pequeño y animado al que unirse. Huele a sentina, a carne asada, a agua salada…

Y de nuevo, con los ojos cerrados, hizo su imitación de una gaviota.

Laura rio hasta que se le saltaron las lágrimas. «Encantador», murmuró Carlos varias veces. Clara pensó que Peter había captado, efectivamente, esa nota de lamento salvaje que tiene el canto de la gaviota, y se sintió repentinamente desdichada. Decidió no comentar nada y mantener la calma; lo principal era que pasara esa noche. Los Clapper se ausentarían durante meses y no se vería obligada a pensar en Laura, sobre todo si hacía unas pocas visitas a su abuela. Su vida estaba muy lejos de aquella habitación de hotel. Debía, como había hecho de niña, aceptar de buena fe lo que se le daba. No la habían dejado en la cuna equivocada. Todos tenían problemas. Miró la habitación con expresión valiente.

–¡Querido Peter! –dijo Laura enjugándose los ojos con un pañuelo que le había ofrecido Desmond–. ¿Qué vas a tomar?

–Lo que sea –contestó Peter–. Vaya, esta es Clara, ¿verdad? Llevaba años sin verte. ¡Qué bonito vestido!

–Sí que lo es –dijo Laura–. Mira lo que ha hecho Desmond, Peter. Me ha comprado toda esta ropa… él solo.

–Espléndido –dijo Peter.

–Clara, ¿ese no es un vestido francés? –preguntó Laura de pronto.

–No –repuso Clara de inmediato. Pero lo era. Un mes más y ya lo tendría pagado–. Me lo compré de rebajas.

–A ti todo te queda bien –dijo Desmond.

–¿Has reservado para nosotros en Le Canard Privé? –le preguntó Laura.

Peter dio un sorbo a su bebida.

–Llevaba tiempo esperando esto –dijo. Luego le entregó un paquete a Laura–. Unas cuantas cosillas para que no te marees…, o para marearte.

Laura bromeó rompiendo el envoltorio con gritos de placer, hasta sacar media docena de libros.

–¡Eres un encanto, Peter! ¡Novelas de escándalos y misterio, mis preferidas!

–Querida mía, hasta he incluido dos que no hemos publicado nosotros –dijo Peter.

–He reservado esta mañana, Laura –dijo Desmond–. Tú estabas a mi lado.

Clara oyó suspirar a Carlos. La estaba mirando.

–Vamos a tomarnos una copa los dos solos –susurró inclinándose hacia ella.

Clara le dio la mano y se acercaron a la mesa próxima a las ventanas, donde estaban las bebidas.

–Cariño mío, no estaba escuchando –decía Laura–. No te pongas beligerante. No me dedico a escuchar tus conversaciones telefónicas. Solo quería asegurarme de que habías reservado.

También ella tendría que haberles regalado algo, pensó Clara. Pero Carlos tampoco había traído nada, ni nunca lo hacía. Al menos ella podría haber comprado unas flores en el vestíbulo.

–Deja de atormentar a tu pobre marido y préstame atención –exigió Peter.

Clara se volvió hacia ellos. Laura puso los ojos en blanco con exageración cómica. Desmond se mecía levemente a su lado.

Después Laura rozó la mejilla de Peter con un dedo y Clara lo vio palidecer. Pero Laura no pareció percatarse.

–¿Y bien? ¿Qué te cuentas, querido? –preguntó ella sonriendo.

Carlos le apretó el brazo a Clara y señaló la ventana. Se quedaron cerca, respirando el calor oxidado del radiador más cercano, sin hablar, contemplando la lluvia, el cielo negro con su pálido vientre de luz reflejada, hasta que, persuadido quizá de que la charla continuada de los otros tres impediría que los oyesen, Carlos empezó a hablarle de Ed Hansen. Ed era su tema serio; los libraba de nuevas muestras de afecto y permitía que sus músculos faciales, agotados por las sonrisas vacuas, se relajaran hasta alcanzar la sobriedad.

–Ed estuvo aquí el sábado. Dios. Por Dios, no sé qué hacer. Quiere que vaya con él a Noruega. Estaba tan borracho después de dos o tres cervezas… No sé qué hacer con él. Dice que Adelaide lo odia. ¡Noruega! El año pasado eran las islas Canarias. Está enfermo. Dice que Adelaide lo encuentra repulsivo…, ahora solo habla del pasado…, siempre acude a mí…

–¿Está tan enfermo de verdad? Desde un punto de vista médico, quiero decir –preguntó Clara–. Me dijo que tenía una angina de pecho, pero no sé si creerle… Creí que le habías dicho a Laura que llevabas meses sin verlo.

–Mi querida Clarita, tu madre…, es una cuestión de tacto…, si le dijera que lo he visto hace unos días, se pondría voraz, querría saberlo todo. Es muy primitiva en cuestiones de tiempo. Si ya han pasado meses, es algo que quizá ni siquiera haya pasado, ¿comprendes?

Una débil sonrisa había acompañado a sus palabras. Ahora se desvaneció dejando su expresión habitual, pensativa y triste. Clara comprendió que su padre estaba perdido. Él no conseguiría nada de Carlos, ni la salvación ni siquiera un momento de consuelo.

–Intenté que comiera algo… –dijo Carlos con un tono melancólico.

Pero no había intentado que Ed dejara de beber, supuso Clara. Había pasado algunas tardes con los dos hombres en el apartamento oscuro y maloliente de Carlos bebiendo más de lo que podía tolerar mientras el humor de su padre pasaba de la hilaridad a la desesperación y el aire se agriaba por el humo y la inútil irritación de Carlos. Había ido porque no podía resistirse a la oportunidad de ver a Ed, aunque sabía que esas horas acabarían mutiladas, pervertidas. En una ocasión su padre se había despatarrado en el sucio sofá, casi inconsciente. Canturreando, tosiendo, con arcadas.

«Pescaré un pez enorme, un salmón rojo, de helada carne agonizante –había gritado–. Me lo llevaré a mi guarida de las colinas, me pondré al cuello la cadena que ella me dejó y me comeré el pescado…».

«¡Por Dios!», había estallado Carlos.

«Estáis los dos en mi contra –había murmurado Ed–. No puedo evitarlo, mis queridos, mis gatitos, mis pequeños. Os conozco a los dos, tunantes…».

Y luego se había puesto a ladrar como un perro.

Tambaleándose bajo el peso alcoholizado de Ed, habían conseguido meterlo en el dormitorio.

«¡Guau, guau, guau!», había ladrado su padre, con los ojos cerrados y las delgadas manos también cerradas en la almohada gris.

Pero otras veces ella se había dejado llevar por la fascinación de la larga amistad entre los dos hombres, el encanto del lenguaje especial que compartían, sus misteriosas alusiones, la sensación desconcertante de que cada uno sentía por el otro un aprecio que sobrevivía intacto. Ed no siempre bebía hasta quedarse inconsciente. Una vez los había encontrado en la inmutable penumbra de la sala de Carlos hablando en voz baja.

«Tienes que ser paciente, Ed –había repetido Carlos suavemente, una y otra vez–. Conserva tu fuerza…, trabaja en tu pintura con humildad. ¿No es ese el camino, viejo amigo?».

Mientras, su padre recitaba sin énfasis, con desesperación, su incapacidad para tomar las riendas de su vida, su informe deriva hacia la aniquilación de la que no veía vuelta atrás. Era demasiado tarde para todo. ¿Por qué las mujeres lo odiaban? ¿Por qué ya no podía trabajar más, ni siquiera como fotógrafo? Había sido un fotógrafo más que competente. Se había mantenido y había mantenido a Laura, no bien pero sí con cierto estilo. ¿Por qué el pasado atormentaba sus noches hasta el punto de desvelarse, de rechinar los dientes y gemir de arrepentimiento y vergüenza?

Apenas se habían percatado de su presencia, como si Clara fuese uno de los jóvenes amigos de Carlos que a veces ella encontraba allí fumando ocioso mientras hojeaba alguna de las viejas reseñas musicales de Carlos o, si entendía de música, deslizando los dedos por las teclas del piano. Le había parecido que los dos hombres desaparecían ante su vista, cada fragmento de carne y cada fragmento de hueso reemplazados por la cada vez más profunda oscuridad de la noche. Días después, al recordar esa tarde, Clara

había comprendido que estaban asustados: dos hombres mayores incapaces de encender una luz.

–No sé qué decirte –le dijo ahora Clara a su tío–. La última vez que lo vi…, esa vez me llevó a comer, lo que nunca había pasado antes, y pensé que estaba sobrio, o casi. Pero no.

Ed la había acompañado hasta la parada de autobús. Estaba locuaz, casi enérgico, pero cuando el autobús se alejaba doblando la esquina, Clara se dio la vuelta para mirarlo. Ed estaba desplomado en la pared tiznada de una vieja escuela pública, con el sombrero inclinado sobre la frente y los brazos colgando inertes a los costados.

Se oyó una carcajada a su espalda. Al volverse, Clara vio a Peter Rice inclinado, a su madre resplandeciente y triunfal, a Desmond sonriendo. Laura habría contado un chiste.

Clara se acercó. No tenía nada más que decirle a Carlos. Ya habían mantenido antes las mismas conversaciones sobre Ed. En la mesita de noche vio una caricatura recortada de una revista. La cogió, se la mostró a Laura.

–¿La abuela ha enviado esto? –preguntó conociendo la costumbre de Alma de enviar viñetas recortadas a sus hijos; lo hacía desde que Clara tenía uso de razón.

Cuando Laura aún estaba casada con Ed y vivían en el extranjero, durante los meses que Carlos se ausentaba o que la agencia de viajes de Eugenio lo mandaba a California o Nuevo México, su madre les enviaba, por correo aéreo, dibujos de revistas o periódicos, riendo para sí mientras los recortaba y se los remitía a sus hijos desperdigados, sonriendo quizá al imaginarse que su risa aliviaría la distancia, les recordaría la existencia de su madre, calmaría la irritación de los hijos por recordársela.

–¡Deja eso!

Laura lo dijo con tal ferocidad que Clara soltó el recorte. Cayó flotando debajo de la cama y Carlos, paralizado por el grito de Laura, dejó que una cerilla le quemase los dedos. En el silencio –todos guardaban silencio–, Clara vio que a Carlos le faltaba una patilla de las gafas.

–Lo siento –dijo Clara débilmente.

Peter Rice cogió el recorte y lo devolvió con cuidado a la mesita de noche. Laura negó con la cabeza, como si estuviera confundida.

–No sé qué me pasa… Desde luego, míralo, Clara. ¡Toma, cógelo! –Agarró a su hermano del brazo y dijo con severidad fingida–: ¡Carlos! ¡Haz que te arreglen esas malditas gafas! ¡Debería darte vergüenza!

–Están bien –dijo Carlos mansamente.

–¡Carlos, es que no son las tuyas! ¡Fíjate, Laura, ni siquiera le encajan! –dijo Desmond.

–Alguien se las olvidó en mi piso –dijo Carlos con expresión arrepentida, recordándoles a todos su reputación de hombre más vago del mundo. Y sonrió de forma encantadora.

Ed Hansen contaba una historia del breve viaje que había hecho con Carlos por México; en su primera noche en Taxco, Carlos había dicho que no le apetecía organizar el tema de las habitaciones con el gerente del hotel, ¿podía Ed buscarse un intérprete? Y durante la posterior conversación con el director, mientras un chico mexicano que habían sacado de la calle traducía para Ed, Carlos se había quedado sentado en la silla, asintiendo con voluptuosa fatiga, como si un joven alumno recitara una lección muchas veces repetida a su anciano maestro.

Tras despertarse tarde un domingo por la mañana, sabiendo que debía visitar a su madre en la residencia y sabiendo que no lo haría, consciente de que su apartamento apestaba a comida rancia, polvo y sábanas sucias, Carlos entrelazaba las manos detrás de la cabeza y se quedaba allí, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, pensando en su vida consumida, en amantes muertos o desaparecidos, en sus malas inversiones, en su hermana violenta que podía llamarlo en cualquier momento y con sus taimadas maneras asesinas, con su profunda voz grave, pedirle alguna extravagancia, dejándole claro que no solo conocía los secretos a voces de su vida sino también los ocultos, que conocía su verdadera holgazanería, su creciente aburrimiento con el sexo, sus insatisfechos deseos sexuales, su terror a envejecer. «Me estoy convirtiendo en una cerda vieja», murmuraba él para sí, intentando mantener a raya la visión de su madre en la quietud con olor a desinfectante de la residencia de ancianos, esperando que él fuera a verla.

–Un día de estos tengo que ir a que me las gradúen –le dijo a Laura.

–Ay, Carlos… –Laura movió la cabeza con fingida desesperación.

–Podrías pillarte un perro lazarillo –sugirió Peter.

–Pero, Peter, entonces Carlos tendría que darle de comer, sacarlo a pasear…

–No necesariamente –dijo Carlos riendo, igual que todos, y prepararon otra ronda de bebidas.

Laura levantó la suya hacia el grupo.

–Caray, ¡es tan bonito teneros a todos aquí! ¡Carlos! ¡Clarita! ¡Estáis aquí! ¿A que sí, Desmond? ¿No es maravilloso?

–Ah, sí…, es fantástico –dijo Desmond. Tenía la cara inflamada y los ojos apagados.

–El restaurante que ha encontrado Desmond tiene unos huevos *à la Russe* increíbles –dijo Laura animadamente–. ¿No es tu plato favorito, Clara? ¿No te encantan la mayonesa y los huevos?

–¡Vaya por Dios! –exclamó Peter–. Estoy fumando un cigarrillo y acabo de encender otro.

–Ninguna gaviota haría algo tan espantoso. –Sonrió Laura.

Peter pareció un chico tímido que recibe una caricia inesperada.

–Conozco algunas gaviotas muy barriobajeras. Bueno, veamos esos vestidos, querida, o, como los llamaba mi madre, esas prendas.

Tras echar un rápido vistazo a su mujer, Desmond tocó el brazo de Clara.

–¿Cómo va todo? De verdad –le dijo.

–Creo que me pondré otro cubito –dijo ella pensando «Ahora es su turno conmigo».

En la mesa de las bebidas, Desmond cogió un cubito de hielo con su mano enorme que, pensó Clara, era inusualmente peluda, como si llevase un mitón.

–Laura dice que has encontrado un trabajo que está muy bien.

–El trabajo no está nada bien…, pero la gente es agradable. –No quería que la sorprendieran quejándose–. Cuando entregué mi primera hoja de gastos, todos los ejecutivos fueron a verme. Tengo un despacho diminuto y allí se apretujaron los seis. Fue divertido. Les había entregado unos gastos de 6,75 dólares y me preguntaron si pretendía hacerles quedar como unos estafadores.

Desmond rio por la nariz y se tambaleó hacia ella; ¿se imaginaba que tenía pinta de astuto, con esa mueca en los labios y dándoselas

de importante?

–Estoy seguro de que te lo explicaron –dijo Desmond.

–Bueno, yo solo había anotado los billetes de metro y autobús…

Pero Desmond ya no estaba; con tres pasos vacilantes se había acercado a la cama donde Laura yacía recostada.

–¿Cariño? ¿Quieres más hielo?

Clara estaba acostumbrada a no acabar las frases. Sus pensamientos volvieron de inmediato a especular, de forma irritante e incómoda, sobre el recorte que su madre le había gritado que no tocara, pero se trataba de un ejercicio inútil. En compañía de aquellos españoles era más consciente que nunca de la discrepancia entre la charla superficial y la preocupación interior. Pasaban rápidamente de una postura a otra, provocando con gritos divertidos los prejuicios de los demás, fingiendo que descubrían las extrañas nociones que todos albergaban, ¡divirtiéndose hasta el límite! Hasta que Laura, con una dura pregunta, atravesaba con una espada real el atrezo de papel, y durante un segundo, un minuto, reinaba el silencio sorprendido y avergonzado de la gente atrapada en una hipocresía para la que no encontraban explicación. Y entonces con qué indulgencia, con qué ternura los rescataba Laura, a veces.

«Sencillamente cogeré ese recorte de la mesita de noche», se dijo Clara mirando un charquito de agua que se había filtrado por la ventana. Se volvió hacia la mesita de noche. Entre ella y el recorte había un juego de maletas. Parecía nuevo y caro. Tendría que dar un rodeo por el otro lado de la cama, donde estaban Peter Rice y Carlos con sus bebidas. Pero ¿por qué demonios le importaba aquella caricatura?

–Ven aquí…, no seas tan exclusiva, señorita –la llamó su madre.

–Bonitas maletas –dijo Clara.

–Es nuestra nueva línea –se jactó Desmond.

El equipaje no les había costado nada a los Clapper. La herencia que Laura les había conseguido era un buen negocio de marroquinería cuyas ventas manejaban representantes en las principales ciudades del país. «Muy refinado», decía Laura sonriendo. En un año de buenos beneficios habían comprado una granja en Pensilvania y allí vivían, viajando de vez en cuando a Nueva York o, no tan a menudo, al extranjero.

Mientras Clara evitaba con cuidado el equipaje en su paso de la ventana a la silla, donde se sentó, pensó que la sonrisa de Laura tenía un aire melancólico. De momento parecía tranquila, con una tranquilidad satisfecha, pensó Clara. El calor de la habitación era sofocante; quizá se estuvieran asfixiando lentamente…, el aire parecía estar compuesto del mismo material que la moqueta beis. De pronto el radiador emitió un ruido sostenido similar al siseo del vapor. Un nuevo Vesubio, pensó Clara. Nos encontrarán más tarde tal y como estamos ahora, tiesos en nuestras cadenas como el perro de Pompeya.

–Este hotel ha ido cuesta abajo –dijo Desmond con tono quejumbroso.

–No lo ha hecho para fastidiarte, Desmond –señaló Laura.

–Yo no he dicho…

–¡Clara! ¡Cuidado! ¡Te va a derramar la copa encima!

Clara se apartó rápidamente. Pero Desmond estaba a bastante distancia. Perplejo, alzó su copa al nivel de los ojos y murmuró:

–Pero si está casi vacía.

Peter Rice habló apresuradamente:

–Laura, oye. Tenéis que ver a los hombres azules.

–¡Peter Rice! –exclamó Laura, sus ojos enormes, resplandecientes–. Eres, por decirlo suavemente, algo olvidadizo. ¿Sabes cuántas veces nos has hablado de esos dichosos hombres azules? ¡Santo cielo! ¿Qué te pasó en las tiendas bereberes?

–Nunca os he hablado de los hombres azules.

–¡Claro que sí!

–Nunca había oído hablar de ellos –afirmó Desmond con una claridad inquietante, con una pronunciación nítida y aguda como si un ventrílocuo sobrio se hubiese apoderado de su voz.

–Ni yo –dijo Carlos.

Un lapsus sin importancia, una laguna trivial en la memoria…, era habitual en las conversaciones. Pero no seguía un silencio pétreo como este. Todos se habían quedado mudos. Clara vio en la cara de Peter Rice un reflejo de su propio malestar. Carlos estaba inexpresivo. Desmond se tambaleaba como si estuviera perdiendo el equilibrio.

No obstante, se podía contradecir a Laura. Clara la había visto encantada con las disputas, a las que imprimía la traviesa intensidad que dedicaba a los acertijos y adivinanzas. ¿Por qué entonces miraba la pared con esa expresión tan trágica? ¿Con las extremidades tiesas, como si sufriera convulsiones? ¿Qué acababa de pasar?

Los invitados se habían reunido para despedir a los viajeros. Habían conseguido mantener el tipo –el viaje, la holgazanería de Carlos, imitaciones de aves, el aspecto de Clara– sonsacándose palabras como si animaran a un animal indolente a salir de su jaula, y ahora había salido, esa bestia, para amenazarlos con su súbito apetito. ¿Qué carne lo satisfaría? Clara se imaginó soltando un

gemido, una sonora exclamación. Pero ahora ya ni en las reuniones familiares, ni tampoco en las ocasiones sociales comunes, la gente se lanzaba a locos e inconexos fragmentos de discurso que quizá guardaran una tenue consonancia con lo que realmente pensaban o sentían.

Desmond se tambaleó a cámara lenta hacia el cuarto de baño. Peter, con una sonrisa incómoda, dijo:

–Bueno, querida, si ya lo has oído todo antes, ¿qué es lo que no has oído? Todos repetimos historias de lo que hemos adorado u odiado…

Laura se volvió de pronto hacia ellos. Sonreía. Carlos empezó, meditativamente, a desenvolver el celofán de un puro. Clara oyó su propio suspiro y esperó que nadie más lo hubiese oído.

–Iba a decir –prosiguió Peter– que vi a una niña flaca de catorce años hacer el baile más perverso que os podéis imaginar. De rodillas, solo con los brazos y los hombros…

–¡Alguna pobre niña prostituida! –interrumpió Clara con voz estridente–. Obligada a arrodillarse por asquerosos y primitivos… –Y entonces, asombrada de su propio arrebato, guardó silencio.

–Vamos, Clara –dijo su madre con suficiencia–, no hables así. Nadie obliga a la gente a arrodillarse salvo uno mismo…

Peter miraba sorprendido a Clara. La tenía por una joven muda y oprimida. En el papel de hija de Laura, ¿qué podía ser si no? Pero la indignación que había oído en su voz, la sutil histeria… Estas personas reservadas y taciturnas tienden a atacar irreflexivamente cualquier cosa. Eran como reclusos que confunden el ruido de un paso con un ejército invasor.

–¿Estuviste en Rabat? –preguntó Carlos educadamente.

–¡Debías ir en pañales! –exclamó Laura–. Fue justo antes de la guerra, ¿verdad, Peter?

–Sí, estuve en Rabat. Y tenía veinte años, Laura, ya era bastante mayor. Pero primitivo, Clara. El año pasado fui a Quito de vacaciones. Una niña india venía a hacerme la colada. Ese perfil jíbaro que tenía…, solía mirarla mientras planchaba mis camisas. Me encantaba su cara. De pronto se volvía y me sonreía. ¡La sonrisa más radiante que he visto en la vida! Seguramente los hombres de su tribu sonrieron así a los misioneros antes de matarlos a machetazos. Y en Haití, y en Marruecos, he visto esa sonrisa sagrada, inefable, igual a como una vez sonrieron…

–¡Por el amor de Dios! ¡Menuda tontería! –soltó Desmond enojado. Estaba junto a la puerta del baño con la mirada clavada en la botella de bourbon que había sobre la mesa. ¿Ya se había bebido la mitad?

Sin embargo, nadie le prestó atención. Todos miraban a Clara, que se había levantado e intentaba controlar su profunda agitación; le temblaban los labios, parpadeaba, se estrujaba las manos. Carlos se escondió detrás de una gran bocanada de humo de puro.

–Sagrado, inefable, tum-ti-tum-ti-tum –se burló Laura sonoramente–. ¿Te gusta mi sonrisa, Peter? Soy primitiva.

Clara habló con voz trémula:

–¿Y qué me decís de los seres que merodean por esta ciudad y matan sin un atisbo de compasión? También sonríen. ¿Te refieres a eso?

–¿Y qué vas a saber tú, chiquilla? –preguntó Desmond.

Peter cogió la mano de Clara. Estaba húmeda. Gradualmente, los dedos que sostenía se cerraron en los suyos.

–No me refería a algo inhumano –dijo él–. De verdad, tenía otra cosa en mente. Inocencia antes de la caída, y todo eso.

A él le repelía un poco la cercanía, los dedos entrelazados, las palmas que sudaban levemente una en la otra. Y, sin embargo, ¡de qué forma tan inconsciente, tan conmovedora, la mano de Clara se había cerrado en la suya! Pero ya estaba bien. Le soltó la mano y se apartó. ¿Qué había despertado en ella con su típico discurso de la «sonrisa primitiva»? Estaba tan acostumbrado a su propio repertorio que ya ni se molestaba en escucharse. Pero esta vez sí. La joven parecía al borde de las lágrimas. Él simplemente había mantenido la conversación en marcha. Miró fugazmente a Laura y de pronto fue muy consciente de que ella era en verdad la madre de la joven, de que había algo aquí que él no había entendido antes, algo sobre lo que nunca había especulado, algo singular.

–Eres tan apasionada –le murmuró Laura a Clara. Retiró las piernas de la cama y la caja de los vestidos cayó al suelo.

Clara fue a recogerlos y, mientras volvía a colocarlos al pie de la cama, su madre le guiñó el ojo de forma bastante lasciva. Clara se echó a reír y dijo impulsivamente, agradecida:

–¡Qué vestidos tan bonitos!

Sonriendo, su madre jugueteó con su anillo de zafiros y, de pronto, extendió la mano, agarró el dobladillo del vestido de Clara y le dio la vuelta. En una pequeña etiqueta blanca cosida al dobladillo estaba impreso el nombre Christian Dior. Clara se quedó paralizada mientras los dedos de Laura soltaban gradualmente la tela de su vestido. ¿Qué razones podrían llegar a prevalecer contra el implacable veredicto que vio en la cara de Laura, que despacio, muy lentamente, se apartó de ella para mirar a Peter Rice?

–¿Otra copa, todos? ¿Alguien? –Desmond sostenía una botella–. Nos hemos quedado sin hielo, querida. ¿Llamo para pedir más?

Pero nadie le respondió, lo que no le sorprendió en absoluto. Sonrió para sí. Le importaban un bledo el hielo, el aburrido y viejo Carlos enfurruñado junto a la ventana como un oso apolillado, aferrado a su puro…, ese saco de tripas españolas…, una reinona sucia y perezosa. ¡Dios! ¿No sabía que llevaba un chicle pegado a uno de sus zapatos? Si es que eran sus zapatos… Tenía pinta de vender lápices en Times Square. A Desmond también le importaba un pimiento el frenético parloteo que se traían entre manos Laura y Peter Rice.

Soltó una carcajada al imaginar lo que Laura diría de ellos en cuanto se hubiesen ido, en cuanto estuvieran a solas, cuando Desmond ya no tuviese que preocuparse por lo que ella pensaba, por si recordaba los años anteriores. ¡Cómo si no supiera que hablaban de Ed Hansen en cuanto él, Desmond, les daba la espalda! ¡De qué otra cosa podían hablar si no?

Desmond había conocido a Laura y a Ed en París hacía años y al principio le había deslumbrado Ed, como le pasaría a otro tonto cualquiera. Ed le había dado un puñetazo a un francés porque Laura había dicho que el hombre la miraba lascivamente mientras los tres subían lentamente en uno de esos claustrofóbicos ascensores de hotel, y creyó que iba a morirse de risa cuando Ed le describió lo que había pasado. «¡Pégale!», había exigido Laura, ¡y Ed había pegado a aquel tipo! Y luego había recogido a ese pobre cabrón del suelo, lo había arrastrado a un pasillo y, para que no se muriese de frío, lo había tapado con unas sábanas sucias que una camarera había dejado en un carro. Eso ocurrió cuando Laura estaba a punto

de cumplir los cuarenta y Desmond había pensado que parecía una dalia levemente magullada. Marjorie, su mujer en aquel entonces, nunca sospechó cuánto lo fascinaba Laura, lo mucho que deseaba acostarse con ella, tenerla para él solo, contemplarla eternamente, rastrearla hasta descubrir qué había en su naturaleza que la llevaba a mostrar esos apasionantes arrebatos temperamentales, esas escenas que tanto habían indignado a Marjorie y que a él tanto lo excitaban. Después Laura le había dicho que Ed sabía desde el principio que Desmond estaba loco por ella, y ¡cuánto se había reído de él! Desmond sabía que los dos se habían reído. Y eso nunca se lo perdonaría.

También había sabido que los Hansen tenían una hija que vivía con la abuela en Cuba, y siempre supo que esa niña no sería un problema para él. Laura no era la madre de nadie. No como Marjorie, que con la mandíbula apretada le abotonaba la chaqueta a Helen hasta arriba diciendo: «¡No quiero que mi hija esté a menos de mil kilómetros de esa zorra española!». Eso tampoco había sido demasiado problema.

De pronto, Desmond se tanteó el bolsillo. ¿Dónde diantres había puesto la carta de Ellen? Él siempre respondía a sus cartas. Laura no lo sabía. Desmond solía llegar al correo antes que ella, pero esta vez la había pifiado. Le enviaría a su hija una postal desde Rabat. Quizá hasta hablase en privado con Peter para que la ayudara a conseguir trabajo en el mundo editorial. Suponía que Ellen tenía ambiciones, tontas ilusiones literarias; un vulgar bufete de abogados no estaba a la altura de las expectativas de Marjorie para «¡mi niña!».

–¡Faltaría más! –dijo Desmond en voz alta.

–Perdona, ¿qué has dicho? –Clara se había acercado y miraba distraída la cubitera, las botellas.

–Ya sabes –balbució Desmond–, que falta hielo…, nunca traen bastante…, malditos hoteles.

Clara se sirvió whisky.

–Qué más da el hielo.

–En efecto.

–Vuestro barco se estará mojando con toda esta lluvia: las cubiertas, las portillas estarán empapadas. Cuando llueve así, tengo la sensación de que viajar es una ilusión. ¿Sabes a qué me refiero?

–Pues…

–Es difícil imaginarse que hay un lugar donde no está lloviendo, ¿verdad?

Yo soy la única persona sensata aquí, pensó él, y la miró torciendo el gesto, como para que entrara en razón. ¿Por qué tenía ella esa expresión arrepentida? Y de pronto Clara se alejó. ¿Le había dicho él que se callara? Lo había pensado, pero, por Dios, ¿se lo había dicho?

El recorte que Clara había ido a buscar ya no estaba en la mesita de noche. ¿Laura lo había masticado y se lo había tragado? Si hubiese seguido allí, ella habría podido comentar algo al respecto e iniciar una nueva conversación con su madre, una charla que la liberase, momentáneamente, de su vergüenza por haber mentido sobre el vestido. Su mentira miserable; la peculiar expresión profética en la cara de Laura, ¿cómo debía interpretarla?

El vestido le quemaba la piel. Peter Rice la miró y una sonrisa impersonal asomó a sus labios. Clara estaba a punto de desmayarse, de desplomarse, no por la bebida ni por el calor de la habitación, sino por un potente recuerdo que la abrumaba de tal modo que

parecía sentir la carne, las extremidades, de su amante, Harry Dana, sujetándola, abrazándola, el odioso vestido abandonado en el rincón donde lo había dejado.

De pronto percibió un olor curioso. Era, recordó, el tratamiento capilar que usaba su madre, una especie de alquitrán para librarse de un pequeño problema de caspa. Hasta ese momento no había notado que se estaba acercando a Laura. ¡Qué corte de pelo tan espantoso llevaba su madre! Clara olisqueó discretamente. ¡Ahí estaba de nuevo, un olor negro, pantanoso, un toque de petróleo, un cieno ancestral, los verdaderos elementos de esa sangre española, *sangre pura*[2]*,* no era un tratamiento capilar! ¡Sangre pura! Los españoles habían consumido poblaciones enteras de indios, de árabes, de moros, de judíos. Dios, cómo le habría gustado estar presente cuando su padre le había dicho a Laura: «Sabes, por supuesto, que eres sefardí, ¿verdad, reina mía?». Al menos eso le había contado a Clara jurándole que se lo había dicho a su madre. Y le había enseñado a Clara un pequeño ferrotipo que le había hurtado a Laura, una fotografía del padre de Laura, de su propio abuelo fallecido mucho antes de que ella naciera: un hombrecillo apuesto de piel aceitunada que para el posado se había vestido con un traje de gitano, un gallito fanfarrón y pomposo tocado con un elegante sombrero de caballero español. «De Cádiz –había dicho Ed–. ¡Nunca lo menciones delante de tu tío Eugenio!».

¡Como si ella pudiera mencionarle algo al tío Eugenio, a su abuelo o a los cordones de sus zapatos! Porque a Eugenio su «sangre pura» lo había enloquecido; era un hombre que llevaba, enrolladas en el bolsillo, fotocopias de páginas de escudos de armas que había encontrado en enciclopedias genealógicas de la biblioteca. Se

rumoreaba que Eugenio nunca le tocaba la mano a nadie, quizá por miedo a contaminarse. En una ocasión en que dormía en el apartamento de Alma, en el sofá del estudio entre el destartalado mobiliario de la sala, Clara lo había oído gritar en plena noche como si fuera un caballo atrapado en una alambrada. Y otra vez había agujereado el yeso de la pared de una patada y se había despertado con el pie ensangrentado. Alma cubrió el boquete con la fotografía de un simio sacada de un ejemplar de la revista *Life.*

–¡Maldita sea! ¡Los vestidos se vuelven a caer! Guárdalos, ¿quieres, Laura? –dijo Desmond irritado.

Laura hizo una mueca cómica y sonrió. Al menos mantenía su buen humor, se consoló Clara mientras su madre colgaba los vestidos en el armario. Cada momento que pasaba los acercaba a la seguridad del restaurante. Como la propia Laura había comentado, en público no se comportaba tan mal como solía hacer en los viejos tiempos.

–¿En qué trabajas, Laura? –preguntó Peter–. ¿Te he oído mencionar algo de relaciones públicas?

–¡En esa chorrada! –estalló Desmond. Luego, con la vista puesta en su mujer, dijo como disculpándose–: Bueno, todo el mundo sabe que…

Laura se cubrió los ojos con las palmas de las manos.

–Lo que todo el mundo sabe –entonó con dramatismo– es que mi marido está achispado porque se ha servido unas cuantas copas de más en su rincón. –Las manos de Laura revolotearon; sus ojos centellearon; su afabilidad los distrajo del furioso improperio, de su fealdad pura y agresiva. Todos a salvo, aunque a Clara no se le

ocurría de qué, la miraron expectantes–. Háblanos de tu trabajo, Clara.

Y Clara les contó lo que creyó que les divertiría, pero manteniendo las distancias. Temía, sin saber por qué, que el peso de una sola palabra de carácter personal los hundiera a todos. Y se le hizo un nudo en la garganta al oír el tenue suspiro de Carlos, al ver que su madre se miraba fijamente las manos y que Peter Rice contemplaba inexpresivamente el listín telefónico. Describió el código de la agencia para las reuniones con los clientes, donde los ejecutivos se alertaban entre sí de los tics personales inconscientes mediante dos o tres golpecitos discretos en la mesa de reuniones.

–Tenemos en la oficina a un tipo que se rasca, pero cuando oye los tres golpes brinca como un conejo asustado y cruza las manos.

Sí que rieron entonces, todos salvo Desmond. No le importaba de qué estuvieran hablando. ¿Había reservado en el restaurante? Si había algo de lo que se enorgullecía, era de su eficacia para la organización. Miró a Laura; estaba hermosa, sentada en la cama. Hermosa, exuberante, lasciva, pensó como en una ensoñación, como un gran animal varado por su calor y su peso.

–El tiempo pasa volando –cantó Peter–. ¿Qué demonios? ¿De dónde ha venido eso? Clara, has descrito tu agencia a la perfección. ¿Te interesa el mundo editorial? No es que sea mucho mejor, pero su estilo es más… –Y se encogió de hombros, y encendió un cigarrillo.

Como un gran animal en una ciénaga, canturreó Desmond para sí, con el pelaje enlodado, apelmazado, manchado de excrementos, el rancio hedor a hojas muertas…

–¿Desmond? –Su nombre pronunciado con suavidad, casi un susurro. Notó un dolor agudo en las tripas. Era imposible que Laura

supiera en qué estaba pensando, pero intuyó que sí sabía algo, justo ahora, y que si decidía revelarlo, lo avergonzaría.

¡Él conocía muy bien aquella mirada inexpresiva, aquel susurro! Se sirvió una generosa cantidad de alcohol y levantó el vaso para que Laura pudiese verlo bien. Se merecía algo mejor después de Marjorie, después de todos esos años con ella y esa niña, Ellen, Ellen Clapper, que le escribía cartas absurdas; Laura veía lo estúpidas que eran. ¡Y entonces lo entendió! Lo único que Laura sabía era que, tal vez, había bebido demasiado.

–Desmond. ¿A qué hora has reservado?

–A las siete y media –dijo él. ¡Qué pequeñas parecían las cabezas de todos! Meneó la propia para aclarar la visión. Pero no había manera.

–¡No me digas!

–Pero qué problema hay, por Dios…

–Pero ¡querido! ¡Dan llamará a esa hora para decirnos cómo está Lucy!

–¿Y por qué no llamas tú a Dan entonces?

–Le ofendería. Creería que no confío en él.

–¿Quién es Lucy? –preguntó Carlos con expresión asqueada; sería desagradable que su hermana y el marido empezaran a discutir ahora, cuando aún quedaban tantas horas insoportables por delante.

–La perra de Laura y Desmond –susurró Clara–. Una vieja terrier.

–Creía que Dan era el perro –dijo Carlos.

–Oye, si llama puntual… será solo un segundo. Y no hace falta estar en el restaurante justo a la hora –protestó Desmond.

Laura lo miró con afecto.

–Mi pobre atolondrado –dijo sonriendo.

–El secreto del mundo editorial –empezó a decir Peter– es que debe parecer que te interesa el arte, aunque en realidad eres prisionero de un sistema que solo valora el dinero. Y lo más chic, desde luego, es aparentar que solo te interesa el dinero.

–Qué repugnante –dijo lánguidamente Carlos.

–¡La perra está bien! –gritó Desmond de pronto–. No veo qué problema hay con la reserva. –Guardó silencio y miró agresivamente a Peter–. ¿De qué narices estás hablando? –le preguntó con brusquedad–. ¿Hay alguna novedad en el mundo editorial nacional? ¿De esos artistillas y sus viejas niñeras?

Laura se levantó de la cama de un salto y se acercó a su marido.

–¿Qué perra, cariño? Eso fue hace horas… ¿Has estado bebiendo un poquito?

Le pellizcó la barbilla y se volvió para guiñarles el ojo a los demás, como invitándolos a participar de la broma. Todos eran conscientes de que Desmond había llamado «vieja niñera» a Peter. Avergonzada del alivio que sentía por no ser la causa del silencio sombrío y afilado que siguió a las palabras de Laura, Clara observó disimuladamente a Peter. Tenía la vista baja y las manos entrelazadas; alzó los ojos y la miró.

–La cultura nos amarga –dijo en voz tan baja que Clara no estuvo segura de haberlo oído bien.

Laura le estaba hablando de forma rápida e inaudible a su marido; en la cara de Desmond, la petulancia competía con una peculiar satisfacción.

–No. Ya no lo haré más –dijo claramente.

Laura se volvió a los demás.

–¿Os morís de hambre?

Clara aseguró rápidamente que no.

–Yo me moriré de hambre de un momento a otro –dijo Carlos.

Pero Peter guardaba silencio. Levantó una tarjeta plastificada de la mesa.

–El hotel tiene su propio joyero –dijo.

–¿Y porrr qué no? –preguntó Laura con lo que creía que era un acento judío.

Clara se sobresaltó de pura culpabilidad, como si todos los judíos que conocía la hubieran sorprendido tratando con esa antisemita.

–Tengo que encarrrgarrr diamantes nuevos –exclamó Laura–. ¡Porrrque he tirrrado los antiguos!

–Esa vieja broma… –dijo Peter–. Me avergüenzo de ti, Laura.

–Es que mi hija no me trae chistes nuevos, querido.

Clara reaccionó con una mueca dolorida. Alma y ella, arrojando sus chistes y sus caricaturas por el borde del volcán, parecían iguales en su similar convencimiento de que a esta mujer, este nexo entre ellas, tenían que apaciguarla, que no era un punto de un linaje humano continuado sino el vértice superior de un triángulo. El corazón le latía dolorosamente; aunque no solía pensar en ser madre, fue como si de pronto le diesen la noticia de que no podría tener hijos, de que la fantasía geométrica que se había adueñado de su imaginación –podía ver el triángulo de hierro tan claramente como veía el teléfono del hotel– era la forma de su destino.

Pero ¿cómo se comportaba Laura con Alma? Apenas recordaba las escasas ocasiones en que las había visto juntas. Hablaban en español. Clara, que siempre se había dirigido a su madre como Laura, se había emocionado al oír decir a Laura *mamá*.[3] Había observado que, en esos encuentros dispersos entre años de

ausencia, Laura mostraba con su madre una actitud protectora, casi autoritaria, y cuando los suspiros y las exclamaciones de placer de Alma empezaban gradualmente a apagarse, y tras un breve interludio en que la anciana le contaba a su hija las novedades de su vida y exprimía de sus días precarios los detalles que pensaba que atraerían el sentido irónico de Laura e incluso despertarían su admiración por su buen ánimo en circunstancias temibles, aquella vida fingida se hundía súbitamente. Las lágrimas le corrían por la cara, gritaba que todos la habían *abandonado*[4] y rechazaba los esfuerzos por consolarla hasta el punto de que cuando Laura la cogía de las manos y decía: «Vamos, *mamá.* ¡Ya está bien!», Alma, la hija anciana de su propia hija, volvía a sonreír lastimeramente… A veces Laura le dejaba unos dólares en la mano. Se los había birlado a Ed, le decía. Cuando se marchaba –nadie sabía cuándo iba a reaparecer–, se creaba entre la abuela y la nieta un silencio conmocionado y afligido, como si alguien hubiese muerto.

Alma y Clara, como extranjeras que practican un nuevo lenguaje, sobre todo sus modismos, habían adoptado la descripción que hacía Laura del estado financiero casi inmutable de los Hansen. Se llamaba «estar sin blanca». La niña Clara intuía que en esa expresión había una promesa inherente: la ruina era un estado sujeto a cambios drásticos y repentinos. Que ese cambio nunca llegara, que año tras año al volver a casa del colegio y colgar su andrajoso abrigo en el armario viese los zapatos «buenos» de su abuela cada vez más desgastados, no le sacaba de la cabeza la emocionante expectativa de que el dinero llegaría, de que tarde o temprano nadarían en la abundancia. Sin embargo, ya algo mayor, Clara supo que eran pobres, de las más pobres de su rincón de Brooklyn. Y, no obstante,

siguió creyendo en la posibilidad contraria de que solo estaban «sin blanca», de que el rescate estaba en camino, siempre en camino.

Alma había contado con unos ingresos, si bien muy reducidos, procedentes de unos parientes en Cuba, y Carlos contribuía con unos pocos dólares de vez en cuando. ¿Cómo habrían vivido si no?

–Ya no me cuentan chistes –le dijo a Laura, pero su voz se quebró de pronto por el esfuerzo de ocultar su enfado. «¡Sin blanca! Cabrones de mierda, qué sabréis vosotros!», quiso gritar.

Estaba asustada. Se levantó y se acercó a la ventana. ¿Qué le pasaba? ¿De qué le serviría romper ahora el tenue vínculo que la unía a Laura? No había nada que ganar, ni siquiera nada que perder. Ya no se encontraba a merced de los adultos. Ella se compraba su ropa y se pagaba el alquiler. Era Alma la que aún dependía de la caridad de Laura, ¡fuera eso lo que fuera! Se preguntó si su abuela sabía que Laura había intentado conseguir ayuda municipal para pagar la residencia de ancianos. Ella lo sabía porque Laura se lo había dicho, y resultaba que los investigadores habían descubierto que Desmond, Carlos e incluso Eugenio tenían «recursos» que anulaban cualquier derecho que imaginasen tener a recibir dinero público. La investigadora que la entrevistó se había escandalizado, estaba indignada, le había contado Laura sin avergonzarse. Laura se había limitado a comentarle que Carlos y Eugenio eran unos «mendigos» y que ella no se veía capaz de pedirle a Desmond que asumiera esa responsabilidad. Pero finalmente se lo había pedido y Desmond había accedido a aportar la mayor parte del dinero; y por eso, le había dicho a Clara, todos los meses se gastaban una fortuna en llamadas telefónicas para presionar a los dos hermanos y que aportaran algo, lo que fuese, para sufragar los gastos de Alma.

Dios, ¿por qué no iba ella a visitar a su abuela? ¿Había heredado la profunda indolencia espiritual de los Maldonada?

–Clara tendrá que cambiar la reserva, Desmond. No te importa, ¿verdad, Clara? –Su madre le dirigió una mirada irónica. Clara asintió–. Pídele a la operadora que te busque el número –le indicó Laura.

–No tiene que llamar –protestó Desmond.

Laura hizo como que no lo oía. Se puso a estudiar sus tobillos volviéndolos de un lado a otro. Peter Rice estaba concentrado en embutirse en la pequeña silla del tocador. La pesada respiración de Desmond se oía claramente en el silencio; parecía un caballo que, a unas cuadras de distancia, respiraba pausadamente en el vacío de la noche.

Cuando Laura alzó la vista, no pareció percatarse del forcejeo de Peter ni de que Carlos limpiaba la ceniza del puro que se le había caído en la colcha. Se quedó mirando fijamente a Desmond como si estuvieran solos. Clara experimentó la sorprendente impresión de que su madre tenía las cuencas oculares vacías, que eran como bocas abriéndose para gritar. Los pesados párpados se cerraron súbitamente.

–Si Eugenio estuviese aquí, estaríamos todos –le dijo Laura a nadie en particular.

La conversación empezó de inmediato, aunque Desmond se demoró tanto para responder a Clara cuánto tiempo estarían en África que esta se preguntó si entendía lo que le había preguntado.

–¿Por qué siempre hacen esto? –preguntó Peter Rice frotando con un dedo el tapizado de la silla.

–¿Hacer qué? –preguntó Laura.

–¡Esta tela es tan pretenciosa! Brocado falso, ¿verdad? ¿Por qué no optar por la sencillez? ¿Por qué no una silla decente, sencilla? ¿Por qué hay música en los ascensores? ¡Y qué música! Y esas repugnantes borlas doradas en las cartas de las aerolíneas, y esos estampados de vuestras colchas… ¡Escudos de armas, como mínimo! Es decir…

–Peter –dijo Laura–, no malgastes tus nervios en trivialidades. El mundo está acabado, queridos. De nada sirve ponerse quisquilloso por el mal gusto del cadáver para elegir mortaja.

–No hablaba en serio –dijo Peter a la defensiva.

–¿Has visto a mi madre últimamente? –le preguntó Carlos a Laura. Llevaba un rato callado y ahora su voz era formal y fría, como si durante ese lapso de silencio hubiese cortado sus vínculos con todos los demás. Ya se apartaba de su hermana. No parecía demasiado interesado en su respuesta.

«Mi madre». Así llamaban a Alma sus hijos. Excluían a los demás, pensó Clara. Esperaba que el tema de Alma no se prolongara demasiado. El corazón latía débilmente contra sus costillas. Presintió un inminente ataque contra ella. Pero no había defensa, salvo la confesión de que se veía incapaz de visitar a la anciana. Dirigió una mirada furtiva a Laura.

Todos miraban a Laura. Se había llevado el vaso a la frente y apretaba frenéticamente, como si así pudiese librarse de un dolor. Con los tensos brazos alzados, los rizos sueltos cayendo hacia delante, las piernas dobladas en el estómago y un zapato resbalándole de un pie, era la mismísima personificación de la calamidad.

Desmond soltó un grito incoherente, Peter se levantó, Carlos retrocedió a la ventana y Clara, pensando en el vaso de Whisky que Laura le había arrojado años antes no recordaba dónde, se encogió en su silla.

Pero Laura bajó las piernas, encontró con el pie el zapato caído y lo reinsertó, apartó el vaso para evaluarlo con los ojos ahora abiertos de par en par y les sonrió con picardía.

–¿Tu madre? –preguntó con ligereza a Carlos–. ¡Serás canalla! La semana pasada recorrí todo el camino desde la granja para ver a «tu» madre, mientras que tú, desgraciado, vives a quince minutos de la residencia y llevas un mes sin ir. ¿No es un canalla, Peter? ¡Y para colmo es su favorito! Incluso… ¡hasta Eugenio ha ido! Aunque por lo que he oído solo se quedó lo bastante para provocarla con los detalles de una cena en la que se había colado. ¿Sabes cómo trata Eugenio a mi madre? Cuando se quedaba a vivir en su casa porque no tenía dinero, a veces durante meses, le hablaba de sus cenas. Él no soporta tocar a nadie, supongo que lo habrás notado, Clara; siempre se planta como mínimo a tres metros de otros cuerpos humanos. ¿No es gracioso que dirija una agencia de viajes y siempre esté enviando lejos a la gente? Pero lo que estaba diciendo…, solía atormentar a *mamá* sobre los platos que se servían en las mansiones, ¡como si la culpara de no vivir en una mansión con servicio que lo cuidara como es debido!

El tío Eugenio le había dicho una vez a Clara: «Mi madre era una belleza cuando se cuidaba». Y cuando Clara fue mayor, aunque no por ello estaba menos incómoda en presencia de Eugenio, él le confió que era el carácter infantil de su madre, «un infantilismo fatal», le había dicho, la causa de la decadencia de la familia.

¿También responsabilizaba a su madre de la guerra entre España y Estados Unidos que había despojado a los Maldonada de sus propiedades cubanas? Pero él nunca hablaba de esas cosas, de guerras, de crisis, del estado del mundo; parecía tan ignorante como su madre y Carlos de esas vidas que detrás de las ventanas empañadas por la lluvia se cruzaban con las suyas, pensó Clara. A estos dos, como a su hermano, les interesaba lo que era singular, aberrante. Pero ¿había alguien, se preguntó, que pensara en el mundo más allá de su propia ventana? Sin embargo, había algo peculiar en la distancia de los Maldonada: su actitud despectiva.

¡De modo que Eugenio se había visto privado de su derecho a tener sirvientes, privilegio, fortuna, por una madre poco práctica y algunas viejas batallas que habían dejado la plantación reducida a cenizas! Y le hablaba Clara de la porcelana y de la magnífica ropa blanca que había en la casa de alguna anciana, riéndose como un loco en medio de sus arrebatadas descripciones sin que Clara lograra entender el motivo. Y le había parecido que estaba loco de atar, allí en aquella triste sala del pisito de Alma donde el radiador enviaba salpicaduras de agua caliente y sucia, donde las ventanas daban a muros, donde todo estaba empobrecido, viejo, roto, gastado, raído.

Eugenio conocía a varias señoras mayores cuyas circunstancias le recordaban lo que él había perdido, y en cuyas casas su fría adulación, su cuidada dicción extranjera, su meticulosa elegancia encubrían la codicia, la nostalgia con que se fijaba en cada taza de té, en cada adorno, en cada prueba de la dichosa despreocupación que solo el dinero puede dar. Su pequeña agencia de viajes era una de las preferidas de las ancianas ricas. Él conocía muchos lugares refinados donde hospedarse. En la pared de su despacho había un

póster, una fotografía romántica de un castillo en España. Clara lo observó una vez detenidamente. Era una fortaleza del siglo XII; la niebla que la envolvía no lograba ocultar su brutalidad.

No había ninguna fotografía de la granja de Long Island que Alma había comprado con casi todo el dinero que le quedaba cuando llegó por primera vez a Estados Unidos desde Cuba, tras la muerte de su marido. La adquisición, había dicho Eugenio, fue un error catastrófico, principalmente culpa de Carlos, que siempre animaba a Alma en sus actos más impulsivos. Qué bonitos estaban los prados entonces, le había dicho Alma. Ahora los prados y la casa estaban sepultados bajo una amplia autopista. Para cuando nació Clara, Alma había iniciado una serie de mudanzas que fueron de mal en peor hasta acabar finalmente en esas dos habitaciones en un extremo de Flatbush. Clara había dado sus primeros pasos en la azotea de gravilla; había aprendido a correr en los suelos ajedrezados de pasillos que olían a fregona sucia y amoniaco, se había acostumbrado a temer al viejo ascensor chirriante cuyas puertas metálicas su abuela procuraba mantener abiertas mientras ella las cruzaba a toda velocidad, esperando en cualquier momento acabar aplastada como una cucaracha.

En años posteriores, cuando iba a visitar a Alma, no entendía cómo podía la anciana sostener esa puerta horrible y cruzarla antes de que se cerrara con un estruendo ensordecedor y, una vez dentro, arrastrar la verja oxidada hasta cerrarla también. Entonces Alma ya no podía usar la escalera: sus pies estaban deformados por enormes callos y juanetes y tenía que agujerearse los zapatos, cortar el cuero barato con unas tijeras para las uñas.

Entre las señoras ancianas de Eugenio, su madre era la única fracasada. Clara tenía motivos para recordar a una de ellas. La *señora* Josefa había heredado vastas propiedades en Colombia. Su patrimonio lo gestionaban cuatro abogados que año tras año la mantenían viajando por el mundo en cruceros o le permitían descansar brevemente en lujosos hoteles. Clara no llegó a conocerla, pero Eugenio debió de contarle algo sobre su sobrina a la *señora.* Ya era muy vieja cuando murió sola en una *suite* del antiguo Ritz. Aunque por supuesto no parecía vieja, dijo Eugenio amargamente, porque había sabido cuidarse. Llevaba sombreritos de seda con velo, le contó Eugenio sonriendo como si de la adorable excentricidad de una amante se tratara, y tenía unas manos pequeñas y duras con una manicura impecable. Por supuesto, solo usaba su propia cubertería de plata, estuviese en un buque o en un hotel. Había dejado el grueso de su fortuna a un pariente colombiano, pero también había hecho varias donaciones, entre ellas un baúl lleno de cosas para Clara.

Eugenio describió el baúl, y cómo, al levantar la tapa, un aroma a riqueza había llenado el aire. Contenía algunas prendas de Worth, gasa bordada con hilo de plata, bolsitas perfumadas, un pequeño chal de pieles, lencería nueva cubierta de encaje. Se lo había llevado Laura. «Mi hermana, es decir tu madre, pudo usar algunos de los artículos. No eran apropiados para tu edad».

En realidad, Clara no oyó hablar de ese baúl hasta algunos años después. Se quedó electrizada al enterarse de que su propio nombre aparecía en un documento legal escrito por una anciana a la que nunca había conocido. Y enseguida coincidió con Eugenio en que era poco probable que hubiera podido usar algunas de esas cosas, sin

duda anticuadas y más apropiadas para un museo; no había muchas ocasiones en su vida para ponerse prendas de gasa. Por eso había pasado de largo ante su herencia robada, aunque se le quedó grabada en la cabeza en forma de una gran caja oblonga con la cerradura atascada y la tapa oxidada. Nunca consiguió abrirla. Con los años, la decepción dio paso al triunfo amargo que a veces experimentan las personas que se caracterizan por su mala fortuna.

Laura le hacía señas conspiratorias. Clara se acercó.

–Llama al restaurante –le susurró Laura–. Si Desmond se acerca, finge que estás hablando con un amigo. Se pone tan tonto cuando se empeña en algo… –Sonrió absolviendo así a su marido de una acusación seria–. Si llegamos tarde, sé que perderemos la mesa. Llama, Clarita.

Clara consiguió el número del restaurante. También al teléfono sintió la presencia de multitudes, oyó el débil murmullo de otras voces apretadas contra la suya como hilos de una madeja. La voz con acento francés al otro extremo de la línea confirmó la reserva de los Clapper e interrumpió la explicación de Clara de que quizá llegarían con unos minutos de retraso para asegurarle con impaciencia que no importaba.

Si Desmond se hubiese acercado, podría haber fingido que hablaba con Harry Dana, al que en aquel momento imaginó sentado a la mesa para cenar con su mujer y sus dos hijos. Habría fingido que era alguien de la oficina de Harry –es una urgencia, siento molestarla, señora Dana–; nunca había oído la voz de la esposa ni de los hijos de Harry.

Carlos estaba diciendo que ojalá se fuera él de viaje a Agadir, a Dakar, casi cualquier sitio le iría bien.

–¿Estás demasiado ocupado? ¿Demasiados asuntos importantes que requieren tu atención? –preguntó Laura secamente.

–¡Exacto! –dijo Carlos con imprudencia.

–¿Y para qué? –preguntó Peter Rice con irritación–. Los preciosos nombres antiguos de esos lugares ancestrales es lo único que les queda. Ya te veo, Carlos, cruzándote con una familia americana que está estudiando los mosaicos de un antiguo burdel. Llevarán al nuevo bebé, junto con un cargamento de pañales y quizá un perro y un gato. Visitarán todas las habitaciones del burdel, hablarán del mobiliario, explicarán a sus hijos de cinco años el uso de los espejos y de los látigos de piel…

–Bah, cállate… –murmuró Desmond.

–¡Peter! –exclamó Laura–. ¡Qué malvado! ¡Menudo viejo esnob estás hecho! ¿Por qué esta noche te comportas como una gaviota gruñona? Los turistas alemanes son mucho peor que los de Estados Unidos. Hacen el doble de ruido. Y los franceses empiezan a decir que huele mal en cuanto salen de sus fronteras. Los americanos son respetuosos en el extranjero. Tienen una especie de inocencia, ya sabes.

Desmond sintió el impulso de abrillantarse los zapatos, de dejarlos relucientes, de arrodillarse y frotarlos como si estuviese afilando una cuchilla para darle una patada a su mujer.

¿Qué demonios sabía ella de Estados Unidos? Si no era más que una pobre españolucha, una española de mierda, se dijo una y otra vez; y ahí estaba él, con una panda de españoles y ese editor mojigato y aburrido. Puritanos, libertinos, solo se distinguían en las apariencias. Laura necesitaba lavarse la cara. Él notaba que se estaba poniendo peligrosamente tensa. ¿Quién la conocía mejor que

él? ¡Por Dios! ¿Por qué no se iban todos y los dejaban solos? A Laura le pasaba algo; siempre que la miraba se manoseaba la cara, se frotaba las mejillas. Miró el reloj, se lo acercó a los ojos. Se estaba volviendo dificilísimo ver la hora sin gafas. Tenía unas, pero casi nunca las usaba. Supuso que ahora tenía la vista peor porque anoche apenas había pegado ojo. Y por eso se había tomado unas pocas copas de más.

Toda la noche; ¿había estado despierto toda la noche? Había estado pensando en su propia muerte. Dentro de veinte años tendría setenta, casi setenta. Laura más de setenta. Ya había pasado más de la mitad de su vida, a menos que viviese hasta los noventa y ocho. ¿Podría vivir tanto? Un viejo que se meaba en los pantalones y babeaba, con el cerebro hecho añicos.

En otros tiempos había sido un colegial. En Boston, los días de lluvia empezaban en marzo y la bahía parecía un espejo que necesitaba un nuevo azogue. Al volver a casa en la penumbra del atardecer, con esos bombachos de *tweed* que tanto le picaban y los calcetines húmedos enrollados en los tobillos, ¿había pensado que su vida acabaría? ¿En qué soñaba cuando la lluvia de marzo golpeaba las ventanas de su antigua casa en Beacon Street? Era curioso que recordara esos horribles bombachos y la lluvia y la bahía, pero no sus pensamientos.

Se tanteó el bolsillo en busca de un cigarrillo. Debía de estar borracho, de lo contrario el cigarrillo estaría ahí en lugar de la carta arrugada de su hija. Laura creía que era la única que podía leerle el pensamiento a la gente; simplemente él tardaba más. Sabía muy bien que Ellen era demasiado mayor para toda esa tontería de París. Pensaba hacerse ceramista, le había escrito. Él ya se la imaginaba,

una de esas mujeres informes vestidas con faldas gruesas que se sientan en el suelo como los hombres y se ponen metafísicas y majaretas con el tema de los esmaltados. ¡Era tan aburrido eso de la creatividad! Cualquier plebeyo insignificante creía tener de sobra.

Estoy acabado, pensó. Dentro de un par de años ya seré un viejo. ¿Para qué vivir hasta los noventa y ocho? Y las chicas… Se acordó de la joven dependienta que lo había ayudado a elegir los vestidos de Laura. Tenía el trasero plano y las nalgas le colgaban como sartenes. Pero eran sartenes nuevas y tenía la piel blanca como una monda de naranja. No muy atractiva, cierto, ¡pero joven! No como las chicas guapas, tan perecederas, como ciruelas. Últimamente pensaba mucho en comida, se dijo. Dejó su vaso en la mesa y se frotó la barriga. Iba en aumento.

Su mujer y su cuñado soltaron una carcajada. Las dos cabezas se volvieron hacia él como un par de verticales bandejas metálicas. Esperó el chiste. Luego comprendió que él era el chiste.

–Estoy engordando –dijo, y enseguida se arrepintió del tono de disculpa de su voz, se odió por sentirse tan confundido, tan equivocado, tan ofuscado por el alcohol, y ya era demasiado tarde para callarse.

Ellos reían. Se quedó paralizado al experimentar de nuevo la misma situación: estar delante de alguien, en alguna parte, sintiéndose culpable.

–Nada puede con el negocio de la marroquinería –soltó de pronto.

Carlos ya estaba hablando con Peter Rice, pero Laura seguía mirándolo. Aunque la sonrisa se desvanecía. ¿Estaría enfadada? ¿Esa tontería que había dicho sobre su negocio habría sonado avariciosa? ¿Cómo podía acusarlo Laura de avaricia si él apenas conocía el

funcionamiento del negocio? Los lacayos lo hacían todo. Y sin duda a ella le gustaban los ingresos, por no mencionar que él era prácticamente el único que mantenía a la madre de estos… estos colonos. Eso es lo que eran, pensó, fulminando a Carlos con la mirada. Colonos dándose aires, manteniendo esa pose de indiferencia ante el dinero y su procedencia hasta que les faltaba. ¡Cómo se ponían entonces! Soltó una risita y se volvió de espaldas a los demás. ¡Cuánto alcohol habían bebido! Su alcohol. Y también él pagaría la cena. Todos se reirían y charlarían en el restaurante, ¡pero sin perder de vista sus manos para asegurarse de que sacaba la cartera cuando llegara el camarero! Ya conocía la codicia de Laura. Se sirvió un trago y dejó un dedo de bourbon en la botella. Pero la codicia de Laura no se parecía a la de nadie; todo en ella era distinto. La había visto perder la cabeza por un objeto y luego olvidarse en cuestión de minutos, reírse de su extravagancia, burlarse de sí misma. Lo tomaba de la mano y le informaba solemnemente de la zafiedad del carácter latino. Eso se le daba muy bien, definir el carácter nacional. Como el de él, por ejemplo. Pero ahí se equivocaba, ¡todas esas estupideces de que los irlandeses eran alcohólicos y mentirosos!

La noche anterior a su boda con Laura, Desmond se había sentado en la sala del piso que tenían alquilado ese invierno y escribió sus motivos para casarse con ella. A la sazón pensaba que estaba haciendo algo romántico y extraño. Incluso lo había considerado una especie de regalo de bodas, aunque no dejó que Laura lo leyera: quemó el papel en el baño una semana después.

«La vida burguesa es aburrida –había escrito entonces– y apenas nos percatamos de que estamos vivos. El estilo de mi Laura…, ella

no repara en costes…».

Desde luego que no, por nadie. Se le llenaron los ojos de lágrimas; pese a todos los defectos de Laura…, se dijo, pero una especie de niebla le embotó el pensamiento. Debía serenarse. Tenía la ropa interior húmeda por haber meado descuidadamente, su camisa había perdido el frescor (a ella le encantaba esa sensación de limpieza, tan distinta del horrible y perverso desaliño de Ed Hansen) y él casi había perdido el apetito. De pronto quería ahogarse en alcohol, bebérselo a lengüetazos, nadar en él. ¡Quería excederse!

–¡Mira a ese bribón! –exclamó Laura.

Desmond se volvió tambaleándose. ¿Se refería a él? Pero Laura estaba mirando a Carlos. Desmond aborrecía esa voz «encantadora», la voz de música de cámara, flauta y violonchelo, interpretada para impresionar, algo que ella solo se dignaba a hacer cuando la tensión se convertía en un tormento. Laura podía descontrolarse en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y eso sí que despejaría la habitación! Desmond volvió a reír para sí y apuró el último trago de bourbon.

Peter Rice había estado hablando de su empresa, del mundo editorial en general. Le habría gustado dejar de hablar, pero al parecer Laura, e incluso Carlos, mostraban cierto interés. No quería agobiar a nadie con sus preocupaciones. Se sentía inseguro y ya estaba alarmado por algunos comentarios que había hecho antes. Esa noche había más nerviosismo del habitual. Quizá fuese por la presencia de la chica. Siempre era preferible ver a Laura a solas, un largo almuerzo en el restaurante cubano que él había descubierto y que a ella tanto le gustaba, o tomarse un par de copas al atardecer en el bar de la Tercera Avenida. Peter apenas sabía lo que se decía,

que era lo que le pasaba cuando hablaba demasiado, cuando era consciente de que estaba siendo aburrido. Los libros ya no le importaban. ¡Cuánto le habían importado antes! Clara no despegaba los ojos de él. Se le ocurrió que para la chica era más fácil mirarlo a él que a su madre. Le sonrió. Pobre chiquilla. Incluso ahora, siguiendo con grave atención las estupideces que él decía, le dio la impresión de que era un espíritu desorientado, tan desorientado que no se atrevía a perder el hilo de la más sosa de las conversaciones por miedo a pasar por alto una clave esencial que le explicara su propio estado. Él conocía parte de la historia de Clara; bueno, sabía el dato principal. No tenía que justificar a Laura, no se la podía juzgar según criterios corrientes, pero sentía lástima por la chica, la invitada inesperada a quien le habían cerrado la puerta en las narices antes de poder siquiera enfocar la vista. Qué mala suerte. Él había conocido a sus padres cuando eran más jóvenes de lo que ella era ahora. Era una pena que no se pudiese conocer a los padres antes de nacer; quizá así los perdonaríamos más fácilmente. De pronto Clara estaba sonriéndole y él comprendió que había encendido una cerilla para el cigarrillo que él sostenía. Le tocó la mano a modo de agradecimiento, pensando «Me cae bien», y al instante se sacudió la solapa de la americana como si se le hubiese caído ceniza. No había ceniza: quería librar sus dedos del tacto de la piel de Clara. No podía imaginarse por qué la había tocado aquella noche por segunda vez, él, que casi nunca tocaba ya a nadie, y le avergonzó su simplista declaración de que le «caía bien». Era sencillamente que no le caía mal. O que le había sobrecogido la forma en que ella había saltado para encenderle el cigarrillo, había

notado el sudor en su mano y había sabido que era por el esfuerzo de intentar agradar.

Laura le estaba diciendo que le irían bien unas vacaciones largas, ¿por qué no había ido nunca a España? Ay, iría, claro que iría, le prometió, mañana, pasado mañana. Carlos soltó una risita. Peter se miró disimuladamente la mano donde el cigarrillo estaba a medio consumir; Clara había vuelto a sentarse y observaba a Laura con una sonrisa tenue. Si había una presencia que él reconocía, pensó Peter, era la del miserable suplicante que, escondido tras la sonrisa cortés, inicia el gesto generoso. Pero quizá se equivocaba. La joven había acercado la cerilla, se había ensimismado en esa pequeña tarea. No tenía motivos para intentar complacerlo. Tal vez Clara fuese amable por naturaleza. Y ahora a él le preocupaba este incidente trivial simplemente porque la había tocado. Laura seguía hablando de las prendas de pana negra que los campesinos españoles se ponían los domingos; qué encantador estaría Peter, con su pálida tez nórdica, con un traje así. He aquí alguien que nunca intentaba complacer a los demás; atraparlos en sus redes, arponearlos y pescarlos era otra cosa. La mejilla de Laura, cuando la había abrazado, estaba seca, empolvada. Eso era lo que había acabado por desear: todas las cosas secas. Ceniza, hojas muertas, piedra.

–Las campanas de Compostela tocando…, eso es la eternidad…, deberías… –La voz de Laura se demoró un instante y resonó en los oídos de Peter–. ¡Tienes que ir a España, aunque solo sea por ese sonido extraordinario!

–Que probablemente hoy en día accione un botón –dijo Desmond resentido–. Y probablemente el botón se encuentre en uno de esos autobuses turísticos…, ¿conoces los autobuses turísticos? Con esas

mujeres horribles… que llevan vestidos enormes o pantalones enormes, ya sabes…

–Desmond, querido, ¡estás desvariando! No piensas con claridad, cariño. Calla.

Desmond apretó los puños. Amenazador, desafiante, parecía a punto de estallar. «Si hay una escena, me largo –pensó Peter–. No pienso aguantarlo, ni siquiera por Laura». Pero cuando Desmond habló, solo se mostró inquieto, inseguro. Era evidente que deseaba no haber abierto la boca.

–Bueno, tampoco sería tan raro que tuviesen las campanas conectadas a…, hoy en día todo se controla electrónicamente. Habíamos hablado de eso. ¿No eras tú, Laura, quien hablaba del final de una era y demás? ¡Maldita sea! Las campanas no sonarían distintas, ¿verdad? –Y luego, insistente, gritó–: ¿Laura? ¡Me importan un bledo las malditas campanas!

–¡Ay, señor! –exclamó Laura–. ¡Hemos dormido a mi hermano! ¿Carlos? ¡Presta atención! Mira a Clara. ¿No dejaría en evidencia a cualquier mujer que conocemos?

«Pero no conocemos a ninguna mujer –pensó Desmond–, Laura se ha ocupado de eso». De pronto se puso a relinchar y a patear el suelo y, cuando todos lo miraron, soltó una rencorosa carcajada.

–Pobre bestia vieja, ¡al establo a oscuras! –gritó.

¡Ahora había asustado a esa jovencita estúpida! Levantó el vaso para que ella pudiese verlo.

–Vacío. No queda nada –le aseguró. Sería mejor que se sentara un rato para aclarar sus ideas.

Clara lo vio forcejear con la pequeña silla del escritorio, una de cuyas patas estaba atrapada en un bucle del raído cable de la

lámpara de pie. Desmond tiró de la silla con violencia. Carlos atrapó la lámpara cuando empezaba a caerse, pero no miró a su cuñado. Ahora nadie lo miraba, excepto Clara. Los otros mantenían una nueva conversación y hablaban en voz muy alta, como si intentaran hacerse oír entre una multitud ruidosa. Desmond agachó la cabeza. Clara se preguntó si iba a resbalar de la silla al suelo y desmayarse en la alfombra. Apenas parecía vivo, con la cara escondida y las manos de dedos gruesos apoyadas en los muslos. Nunca lo había visto tan borracho, tan ido, en ninguno de los restaurantes ni habitaciones de hotel donde lo había visitado a lo largo de los años. No obstante, exceptuando algunos apartes musicales sobre su creciente confusión mental, Laura no le había prestado demasiada atención. Quizá eso era lo que consideraba «portarse mejor» con él. Eso le había dicho a Clara haría cosa de un año por teléfono: que ella estaba mejorando, volviéndose más sabia de lo que había sido con Ed cuando bebía, dejándolo en paz. «No se puede rescatar a un borracho de la bebida –le había dicho–. No se puede rescatar a nadie de nada».

Clara suponía que no se podía salvar a nadie, no en habitaciones de hotel, en sitios que no tenían dueño, en lugares de interrupción, de inmunidad de la vida cotidiana donde el espíritu decae, se desconsuela y se enfría mientras la carne se calienta, se enciende y se irrita por el olor a libertinaje que parece emanar de la cama, del baño y de la almohada de un desconocido cualquiera, del espurio refugio de todos.

Pero en una ocasión ella había ido al rescate, o eso le había parecido entonces, a otra habitación de hotel, de mobiliario tan suave y gris como las alas de una paloma, donde su madre y su

padre, tensos, enfadados y nerviosos, la esperaban. Había ocurrido hacía diecinueve años. Los pies de Alma ya se habían convertido en un tormento. Aun así, había llevado a Clara en metro desde Brooklyn hasta un banco del centro de Manhattan para sacar los cincuenta dólares que una anciana pariente cubana le había dejado a Clara en su testamento. Solo dos semanas antes, las dos habían ido a recibir el barco que había traído a Ed y Laura de Europa. Clara los había reconocido enseguida, en una cubierta intermedia, apoyados en la barandilla mientras el barco restregaba toda su longitud en el muelle como si fuese un animal gigantesco.

Ellos les habían agradecido el dinero decenas de veces durante esa media hora en una habitación de hotel en las calles 30 del este de Manhattan, y ella había pensado que se volvería loca con la emoción de todo aquello; eran atractivos como piratas, los dos, interrumpiéndose entre sí para explicarle a Alma que se habían equivocado al elegir hotel –pero es que llevaban tanto tiempo fuera del país, ya no estaban habituados al dinero de Estados Unidos–, y Alma les había sonreído, había descansado los pies y se había burlado de los agujeritos que se había cortado en los zapatos para que no le doliesen los juanetes.

Poco después Ed encontró un buen trabajo, pero nunca le devolvió el dinero a Clara. Ella se alegraba. El viaje a Wall Street había sido espantoso, con Alma gimiendo y avanzando tan despacio. Y, a saber por qué, a Clara le daba miedo volver a ese banco donde la gente había sido tan simpática con ella, sonriendo de esa forma en que a veces los adultos sonríen a los niños con un cariño embriagador, si bien temporal. No recordaba si le había dicho al empleado que la atendió para qué era ese dinero.

–¿En qué estás pensando? –susurró Desmond moviendo los dedos en su dirección–. Pensabas, ¿verdad? Un dólar si me lo dices.

–Cincuenta dólares –dijo ella, y miró rápidamente a Laura.

Desmond se rio.

–Bien hecho.

–¿Qué está bien hecho? –preguntó Laura volviéndose hacia ellos.

–A ver, esperáis que esa llamada sea puntual, ¿verdad? –intervino Carlos–. Es que se está haciendo tarde, al menos para mí. Tengo un compromiso…

–¡Carlos! ¡Nos lo tendrías que haber dicho antes! –exclamó Laura–. No sabía que luego tenías que ir a otro sitio. Cielos. Podríamos haber reservado antes, ¿a que sí, Desmond? –Hablando ceremoniosamente, se levantó despacio y se quedó muy tiesa, con el cuerpo inmóvil–. Y conociéndote, viejo verde rematado, tendríamos que haberte pedido un jovencito lozano para que no te diese por aburrirte…

–¡Laura! ¡Qué idea tan maravillosa! Pero esta vez te equivocas, no estoy aburrido. Aún. Pero sí tengo un compromiso. Negocios.

–¡Negocios! –repitió Laura incrédula–. ¡Tú!

–Me estoy planteando abrir un café con terraza. Tengo dos sillas, una mesa…

Se echaron a reír, sus largas mandíbulas apuntando al otro como proas.

–Y una vieja toga que podría utilizar como mantel…

–Y en la carta solo habría *sopa de ajo…* –exclamó ella.

–Para todos los pendejos.

–Y los pajaritos.

–Y las putas perdidas.[5]

De pronto Laura miró a su alrededor como si acabara de reparar en que había otras personas en la habitación.

–Basta ya de tonterías españolas –dijo sin la menor formalidad en la voz, los ojos todavía arrugados por la risa–. Oye, querido Carlos. Tengo que hablar con Dan. Ya sabes lo responsable que es…, cinco minutos a la semana. Si llama, me quedaré más tranquila. Si no, supongo que recibiremos un telegrama diciéndonos que, obligado por las circunstancias, se ha comido a la pobre Lucy.

Clara se rio aunque no quería, pero había algo en el tono de su madre…, ¿irreverencia? ¿Era eso? Había estado pensando en la destreza de Carlos para evitar un enfrentamiento con Laura, y había intentado imaginarse cómo sería sentirse tan libre con ella.

–Comerse a la pobre Lucy –dijo su madre ya sin sonreír.

Desmond soltó un gran suspiro y habló rompiendo su largo silencio.

–Por el amor de Dios, Dan cuidará bien de la perra. Ya sabes que le encantan los animales. A ver, ¿por qué tenemos que seguir hablando de Dan? A quién le importa Dan. Estúpido…

Parecía abatido ahí sentado, encogido, mirando a Laura con una expresión entre tímida y hostil. Laura lo observó un instante; luego fue a la mesa de las bebidas, se sirvió el poco bourbon que quedaba y se lo llevó a Desmond.

–Un chaparrón primaveral –dijo Peter Rice mirando por las ventanas–. O quizá sea el principio del fin.

–No has dicho ni una palabra de tus hermanas –observó Laura.

Desmond había cogido una de sus manos. Ella la apartó con delicadeza.

–¿Pido más hielo? –volvió a preguntar Desmond con tono lastimero.

–No, no –lo tranquilizó ella.

–Martha está bien –dijo Peter–. Pero loca. Se fue nada menos que a Lake Placid para pasar un día con Kitty. El día de Año Nuevo. Están muy unidas. Casi nunca las veo, ni siquiera a Martha. Creo que me consideran un intruso. Cuando mi madre vivía, parecían tres mujeres adultas, incluso cuando mis hermanas eran unas niñas. –Soltó una risita despectiva como para desaprobar cualquier insinuación de que sus palabras quizá ocultaran una dolorosa realidad–. Y cuando mi padre y yo entrábamos en la sala, ellas dejaban de hablar, nos miraban con ojos escrutadores y se reían.

–Eso es exótico, ¿verdad? –dijo Laura–. ¿Hermanas lesbianas?

Desmond rio por lo bajo.

–Eso es una bajeza, Laura. Indigno de ti –dijo Peter.

–No, no, para nada. La sordidez está en tu propia cabeza.

–No he hablado de sordidez, sino de bajeza…

–Era el tono piadoso de tu voz, querido; tenues indicios de petulancia; tus hermanas son tan singulares como esas jóvenes que se enamoraban de Shelley o Keats… El que dice bajezas eres tú. ¿Qué esperas si me cuentas que Martha está loca? No me vengas con esas, Peter. ¡Nunca he oído en tu voz el menor indicio de interés cuando mencionas a esas dos mujeres! Solo te he seguido la corriente con la parodia.

–No hace falta seguir la corriente a las parodias –dijo Carlos.

Laura amagó una carcajada.

–¿Y en qué crees que consiste la buena educación si no?

–No era ninguna parodia. Es cierto que me siento excluido por mis hermanas, ¿acaso no se nota?

–Entonces dilo –soltó Laura con sorprendente frialdad–. No me eches la culpa si las respuestas te ofenden. Estábamos fingiendo que hablábamos de tus hermanas. No hacía falta que te explayaras. Pero en lugar de eso las has vendido a cambio de sacarnos unas risitas y, cuando yo me he reído, has cambiado el tono.

Clara tenía problemas para respirar; el aire se escurría de la habitación y desvanecía el color de la carne, la cara y las manos de todos, los muebles de la habitación adquirían el mismo tono ceniciento, y lo único que perduraba era un calor impregnado de sudor y humo. Todos sucumbían al vigoroso sonido de la lluvia. Clara tosió como si se ahogara en sollozos. No oyó lo que Laura estaba diciendo. Peter volvió lentamente la cabeza hasta que se quedaron frente a frente. Tenía la cara curiosamente estirada, como si se la tensara con las manos. Luego sonrió.

–Tienes razón –dijo Peter–. Desde luego, tienes razón.

–A mí me da lo mismo –dijo Laura.

–Lo sé…

–Me alegra que estéis aquí; ¡Desmond y yo somos tan ermitaños! ¡Qué maravilla veros a todos!

Peter dijo rozando el brazo de Laura:

–Me he quedado sin tabaco. Bajaré al vestíbulo a comprar.

–Ya es casi hora de irnos, Peter. Podemos comprar de camino, cuando salgamos –dijo Desmond.

–No, quiero bajar. De veras –dijo Peter.

Carlos quiso acompañarlo. Necesitaba puros, dijo. Suspiró profundamente cuando salían.

La puerta se cerró tras ellos y, en cuanto se oyó el ruido de la cerradura, la habitación cambió como si los hubiesen transportado a un lugar distinto, pensó Clara. Desmond se levantó tambaleándose y Clara también se puso en pie.

–¡Fiu! –exclamó Laura sonriendo–. ¡Qué alivio! Desmond, ¿no te pone de los nervios esa inquietud de Carlos? Si no está deprimido, le puede el aburrimiento. Pobre Carlos. Pero en el vestíbulo se animará comiéndose a los jovencitos con los ojos…, aunque no creo que encuentre algo con clase en un sitio así.

–Creía que te gustaba este hotel –dijo Desmond molesto–. Nunca quieres alojarte en otro sitio que no sea este.

Dejó el vaso vacío sobre una servilleta mojada y arrugada que había en la mesa; cuando se le cayó en la alfombra, se quedó mirándolo un instante inexpresivamente y luego se fue al baño.

Clara recogió el vaso y lo dejó con cuidado en la mesa. Su madre parecía divertida.

–A veces hace pis en los radiadores –dijo, y añadió–: cuando están calientes. Los hombres y sus órganos…, cómo les obsesionan, ¿verdad? A menos que sean como Peter. ¿Te cae bien Peter?

Parecía comodísima; insinuaba con su actitud una intimidad especial, daba a entender que pronto diría cosas que llegarían al corazón, y aunque Clara sabía que era una promesa falsa –que su intención, aunque auténtica, solo pretendía crear un escenario–, quedó atrapada como alguien que siempre tropieza con la misma piedra aunque la advertencia resuene en su memoria.

–Sí, me cae bien. Parece encantador. No recordaba que fuera tan simpático.

–¡Simpático! –exclamó Laura–. Es un eunuco.

–Bueno, pues un eunuco simpático.

–Y Desmond es un borracho –dijo Laura encendiendo un cigarrillo–. Un borracho antipático e insoportable. No sé qué hacer. Se pasó una semana temblando después de que el médico le dijera que se moriría de cirrosis y luego le dio por el vino, ahora se cree un experto. No tengo nada, ningún dinero propio… –Se sentó. Cogió el bolso que tenía en la mesita de noche y lo abrió–. ¡Mira! –exigió mientras sacaba y dejaba colgando de sus dedos una gran cruz de Malta con su correspondiente cadena–. Su madre me dio esto; no sé cuánto vale, pero si Desmond sigue bebiendo, quizá tenga que empeñarla. Él me dejará aquí sin un centavo y se irá a saber dónde un par de semanas.

–¡Pero si zarpáis mañana!

–¿Ah, sí? –dijo con tal incertidumbre en su voz que Clara, confundida, se levantó de la silla y empezó a andar por la habitación.

No sabía qué decir para evitar las convulsiones de vergüenza que la aquejarían si se producía un prolongado silencio entre ellas. Se descubrió de pie delante del radiador; ¿su padrastro lo consideraba atractivo? Nada más pensarlo, notó que se le contraía la boca en lo que solo pudo imaginar como una espantosa sonrisa de malicia. Pero la convulsión pasó, y al volverse vio que su madre miraba la cruz con expresión ensimismada. Luego la recogió por la cadena y la guardó en el bolso. Se recostó de nuevo en la cama y se volvió para mirar a Clara. «Si dejo que el silencio llegue hasta el final –pensó Clara–, ¿qué habrá allí?». Y enseguida lanzó la propuesta que le pareció imposible haber hecho en cuanto las palabras salieron de su boca.

–Puedes quedarte conmigo, si él…

–Ah –dijo su madre con ligereza, con una suerte de educada indiferencia–. ¿Aún vives en ese sitio cerca de la Calle 70?

–No, ese solo me lo dejaron unos meses. Pero ¿no te lo había dicho? Tengo un pequeño apartamento en el East Side. Creía que te lo había mencionado…

–Te mudas mucho de casa, ¿no?

El desdén, la carga oculta de desapego que percibió en la voz de Laura fue un pequeño precio a cambio de librarse del ofrecimiento que acababa de hacerle. Resistió con dificultad el impulso de defenderse de tales acusaciones; este año solo se había mudado dos veces, siempre por una buena razón. Entonces anticipó la repulsa hacia sí misma, agotadora y rancia como un dolor crónico, que sentiría en cuanto empezara a explicarse; no había tenido que explicar lo del vestido: ahí la habían pillado de lleno en una mentira. Para Laura, las racionalizaciones eran su alimento, insultos que nutrían una rabia que solo se extinguiría cuando hubiese demolido las horribles construcciones que la gente erigía para ocultar lo que ella creía que eran sus verdaderos propósitos. Ed había dicho que Laura se oponía a la razón en sí.

–Sí. Me mudo con frecuencia –dijo Clara audazmente.

Laura no respondió. Derrotada, Clara clavó la vista en la puerta del baño y rogó para sus adentros que Desmond volviera pronto.

–Desmond está bien –dijo su madre con voz sombría–. Se está mirando en el espejo, pensando en lo viejo que parece. –Alzó la voz–. ¡Aborrezco su forma de fingir! ¡Que beba, entonces! ¡Que se pudra en alcohol! Pero las mentiras…, y esta inercia mía. Tengo que hacer algo… algo…

Y gimió. Al oír ese gemido humano que le aceleró el corazón, que dudaba tener derecho a oír, Clara acudió a la cama. Laura no levantó la vista. Clara se desplomó a su lado y se fue arrimando hasta apoyarse en el cuerpo de su madre, como si una doméstica intimidad de la carne pudiera calmarlas a ambas y devolverlas a un simulacro de vida cotidiana. Justo entonces la puerta del baño se abrió de golpe y Desmond apareció con la cara chorreando agua. Laura se apartó de Clara y se incorporó de inmediato hablando de la llamada de Dan, desperezándose y sonriendo y canturreando sus palabras como una adúltera redomada. ¡Adúltera! Clara se levantó con la cabeza gacha, aturdida por la palabra que había aflorado a su conciencia y también consciente de una culpabilidad indefinible. Entonces, cuando su madre exclamaba: «¿Por qué demonios no llama Danny?», el teléfono sonó y Desmond descolgó.

–¿Dan?

–Querida, ojalá pudiera ofrecerte algo de beber… o de comer –le decía Laura a Clara–. Tendría que haber traído alguna cosa, queso y galletas saladas. Mucho me temo que hemos vaciado el bar.

Clara sonrió.

–Estoy perfectamente –dijo preguntándose qué hora era y cuánto faltaba para irse.

–¿Se ha caído a la piscina? –gritó Desmond.

–¿Qué? –dijo Laura.

Desmond le hizo señas y tapó el auricular.

–Creo que es él quien se ha caído a la piscina –explicó.

–Qué mala pata –dijo ella–. Pobre Lucy. Pero al menos Dan le dará de comer de vez en cuando.

Luego le quitó el teléfono a Desmond.

–Danny, querido. Ya has vuelto a nadar fuera de temporada… –Y se echó a reír con su risa íntima y comprensiva de «Te conozco como la palma de mi mano, tunante», que prometía consuelo y refugio de los demás, de todos los que no los conocían por los viles farsantes que eran.

Desde donde estaba sentada, Clara pudo oír el grito de Dan y luego una risa aguda. Lo había conocido en una ocasión, un viejo irlandés con el pelo ralo peinado sobre la frente. «Vivo como un vagabundo, pero tengo grabada en la cabeza la habitación perfecta donde viviré algún día, pintada de amarillo amarillo, amarillo como la retama, querida, con cortinas y flores, ásteres y margaritas y un toque de verde eucalipto».

La mirada de Desmond se posó en Clara y de pronto pensó algo sobre ella que lo sacó de su torpor ebrio. Sintió que se asfixiaba. ¡Ay, Dios! ¡No se quería morir! En voz alta dijo:

–¡Sé razonable! ¡Nadie está hablando de la muerte!

–¿Qué? –exclamó Laura apartándose del teléfono.

–Nada… –murmuró él mirando la botella vacía de bourbon.

Laura dirigió a su hija una mirada implorante mientras decía:

–Danny, querido, te estaré eternamente agradecida.

Pero Clara había oído a Desmond. Había dicho algo tan extraño –nadie estaba hablando de la muerte–, como un acertijo, una frase en la que las palabras clave estaban ausentes, que se olvidó por un momento del incidente de la cama, de la espantosa sensación de complicidad que había tenido cuando su madre se había apartado a toda prisa al ver a Desmond saliendo del baño.

La vocecilla de Pensilvania siguió riendo; Desmond miraba fijamente una botella vacía; Laura miraba sin ver el teléfono.

Llamaron a la puerta y Desmond se levantó para abrir a los dos hombres.

Su regreso alteró el aislamiento polar de la habitación. No fue nada tangible, solo un recordatorio de que en otras regiones sucedían otras cosas. Laura saludó alegremente a Carlos y a Peter, luego inició una especie de quejido gutural al teléfono. «Burlándose de los judíos, pero sin judíos», supuso Clara, y recordó lo que su madre había dicho al oír hablar de una concentración en memoria de las víctimas de Dachau:

«¡Cuánto odio su sentimentalismo egoísta!».

«Pero es que los asesinaron», había protestado Clara.

Por supuesto todos ellos eran judíos, había afirmado Ed Hansen. ¡Mira la cara de tu madre! ¡Mírala!

Y esa única vez que Clara respondió a su madre la había mirado a la cara, una cara que al oír sus palabras se había vuelto fría, brutal y vacua. Después Laura había sonreído y, para su asombro, le había dicho:

«Tus sospechas, Clarita, están justificadas. Los Maldonada…, judíos y gitanos, todos nosotros».

Su madre colgó el teléfono.

–¡Listo! –dijo dando una palmada.

–¡Distracción! –gritó Peter–. ¡Comida! ¡Diversión barata! ¡Cócteles!

Carlos le frotó la nuca a Clara. Ella le dio unas palmaditas en la mano y se preguntó sobre qué se estaban tranquilizando, y también por qué esas pequeñas muestras de afecto siempre parecían falsas. Cuando acabara la velada, Carlos se desvanecería de su existencia. Clara sabía que casi nunca se comunicaba con Laura. ¿Se escribían

alguna vez? No podía imaginarse a Laura escribiéndole a alguien que no tuviera delante.

Desmond se sentía un poco menos borracho; respiró hondo y suspiró de alivio. La parte inicial de aquella abominable tarea, ese asunto familiar, casi había terminado. Había pasado lo peor. ¡Qué sonrojada y bonita estaba Clara! Le quedaba mucho tiempo de juventud. La falda de su vestido era como los pétalos de un lirio. ¡Qué hermosas y tersas eran sus largas piernas! Entonces su ánimo, fugazmente alegre, se hundió en un vacío negro. ¡Por Dios! ¿No se moverían? ¿No iban a salir nunca de esa habitación?

–Cómo nos deterioramos –dijo Laura mirándose las manos–. Mis dedos parecen unas garras de halcón. –Extendió los dedos a la luz de la lámpara de la mesilla–. ¿Por qué no podemos envejecer igual que los otros animales?

–Creo que será mejor que nos vayamos –dijo Desmond.

–Es tan tarde que no creo que pueda quedarme mucho –anunció Carlos con evidente irritación.

Laura le dirigió una mirada estudiadamente divertida. Luego entró en el baño y cerró la puerta.

–Tienes un aspecto magnífico –le dijo Desmond a Clara–. ¿Qué es lo que has dicho que hacías?

–¿Quieres que un día almorcemos juntos? –sugirió Peter Rice.

–*Mamá* siempre pregunta por ti. Creo que te quiere más que al resto de nosotros –dijo Carlos.

Sobresaltada por sus palabras, asustada ante la idea de que esas personas siguieran acompañándola mucho después de que acabara la velada, le dirigió una mirada esperanzada. ¿Podría explicarle por qué no iba a ver a Alma? ¿Carlos la ayudaría? ¿Era esa inercia de la

que ella se acusaba solo una excusa para no ver lo que, simplemente, era su mal carácter?

Laura volvió recién maquillada. Estaba magnífica.

–Estás maravillosa –dijo Clara con fervor, olvidadas, disipadas todas las largas horas y los temores que habían precedido a ese momento. Pronto se abriría la puerta.

–Siempre se me ha dado bien maquillarme –dijo Laura sonriendo mientras se ponía los guantes, después de darle la vuelta al anillo para que no se le enganchara en el cuero.

2. PASILLO

Desmond comprobó varias veces que el pomo no giraba y luego apoyó el peso del cuerpo contra la puerta. No se puso la gabardina hasta asegurarse de que todo estaba bien cerrado. La pequeña pausa en la conversación, durante la cual había hecho exactamente lo que quería, le devolvió la sensación de control. Aunque comprobar cerraduras o alisarse la gabardina eran acciones triviales, formaban parte de una preocupación más importante en él, el ansia animal de cubrir las pruebas de su paso por la vida, una calculada pulcritud que solo abandonaba en el punto más bajo de una prolongada borrachera. Laura lo devolvió al presente cuando observó con mordacidad:

–Siempre sospechando de los ladrones.

Reforzado momentáneamente por su convicción de haber actuado bien, Desmond volvió a comprobar el pomo de la puerta.

–Los robos en los hoteles son un gran negocio –dijo.

–A lo mejor podrías dedicarte a eso –sugirió ella al instante.

Con un solo gesto de la mano, como si se bendijese la cabeza, Carlos se cubrió la calva con una boina.

–¿Nos vamos? –preguntó con hartazgo.

Se pusieron en camino, con Laura andando tan despacio que los demás tenían que parar de vez en cuando para no dejarla atrás. Por encima, en el techo, había una hilera de lámparas, cada bombilla

incrustada en un cursi rosetón de yeso cuya pálida iluminación transmitía una impresión de inquietud. Clara sintió que le faltaba el aire, como si la debilidad de la luz fuese un indicador de que se agotaba el oxígeno. Se fijó en las rasgaduras que había en el papel pintado color melocotón imitación brocado, por las que caía arenilla del yeso. Quizá clientes furibundos e inquietos del hotel habían rascado el papel con sus llaves cual presos que graban mensajes en las paredes de sus celdas. Una chillona moqueta roja cubría el suelo. A diferencia de los otros elementos del pasillo, no mostraba indicios de desgaste humano. Pasaron junto a una puerta a cuyo pie había una bandeja con un plato sucio y una servilleta arrugada cubierta por la borrosa huella anaranjada de una boca humana.

–Carmín de puta –comentó Laura. Empezó a silbar de forma estridente.

–¡Por Dios, cariño! –protestó Desmond.

Laura siguió silbando y luego le preguntó a Clara:

–¿Lo has reconocido?

–¿Beethoven? –dijo Clara.

Laura soltó una carcajada.

–¡Beethoven! Querida, ¿no recuerdas la música de las noticias de la Paramount? ¿«Los ojos y oídos del mundo»?

–No tiene nuestra edad –dijo Peter Rice.

Laura dirigió una sonrisa deslumbrante a su hija, tan cerca de su cara que Clara le vio las tres mullidas almohadillas de los labios, los dientes grandes y algo desgastados y, detrás, la trémula mucosidad de la lengua. Esta visión íntima del interior de la boca de su madre la desconcertó de tal manera que por un momento olvidó el motivo de la carcajada. Entonces Carlos cogió a su hermana del brazo, tiró

de ella y dijo que esperaba que la lluvia amainara para que pudieran zarpar –qué espanto aguardar en el puerto bajo un aguacero–, y todos doblaron la esquina. De inmediato, como si lo hubiera provocado su presencia, un gran clamor de voces, una pegajosa efusión de ruido, salió de dos puertas abiertas y llenó el pasillo. Mientras seguían avanzando, oyeron una estridente carcajada que atravesó el alboroto como si les hubiesen lanzado un estilete.

–¿Es esa la *suite* del muro de las lamentaciones? –susurró Laura.

–Es una fiesta, Laura –protestó Desmond–. Vamos, ¡salgamos de aquí!

De pronto tres hombres irrumpieron en el pasillo y formaron una especie de tipi humano en cuya cima se alzaba una fina columna de humo.

–Nos hemos quedado demasiado tiempo en la habitación –susurró Peter Rice–. Ahora tenemos que someternos al mundo normal y corriente. Solo Laura es lo bastante rica para escapar de él.

Clara vio un destello de ira en el rostro de su madre.

–Conque rica –dijo Laura en voz alta–. Algunas gaviotas se están portando mal esta noche y no recibirán su deliciosa ayudita para dormir.

Carlos, que seguía tirándole del brazo, hizo que avanzara y pasaron rápidamente junto a los hombres y las puertas abiertas con las caras vueltas hacia el otro lado, como si aquello fuese un hospital de apestados. Cuando Clara los siguió, uno de los hombres se apartó de los otros dos y levantó un puro largo y fino en una mano tan rolliza que sus dedos rosados parecían haberse incrustado al azar en la masa de grasa.

–Ten cuidado –le susurró Peter al pasar–. Te invitarán a entrar.

El hombre del puro no despegó los ojos de Clara mientras se sacudía la ceniza de la chaqueta de piel color albaricoque.

–¿No trabajas en *Elle*? –le preguntó–. ¿No te he visto antes? ¿En la fiesta que le hicieron a Michele Trottoir el mes pasado? ¿Yo no…?

–No –respondió Clara con frialdad–. Tiene ceniza de puro en la chaqueta –añadió.

El hombre le sonrió.

–Ah, sí que eres tú –dijo.

Clara echó un vistazo al interior de la habitación donde, justo entonces, un grupo de personas se apartaba para que pasara una mujer alta que chasqueaba los dedos con los brazos levantados por encima de la cabeza. Llevaba un vestido rojo cubierto de lentejuelas. Su pelo negro estaba cuidadosamente rizado con abundante laca, tenía los ojos tiznados como huellas dactilares emborronadas y un brillo untuoso en los labios. Abrió la boca como si fuera a cantar. Varias personas gritaron.

–¿Qué pasa ahí dentro? –le preguntó Clara al hombre.

–¡Vaya por Dios! ¿No sabes quién es? No te enteras de nada.

Clara vio que Desmond miraba la segunda habitación. Una señora mayor tocada con un flácido sombrero salió al pasillo y lo cogió del brazo.

–¡Larry! –chilló–. ¡Me alegra tanto que hayas venido! Es fabuloso, esta mujer es fantástica; se ha colado un montón de gente en este sitio pero, mierda, ¿qué más da? Ella ya ha firmado ciento ochenta y tres libros. ¡Tiene un brazo que parece una boca! –Desmond apartó el brazo y la mujer lo soltó–. ¡Serás cabrón! –gritó–. ¡Tú no eres Larry!

Desmond miró a Clara con perplejidad y luego se dirigió a los ascensores mientras la mujer retrocedía al interior de la habitación.

–¿Vas con él? –le preguntó a Clara el hombre gordo de la chaqueta de piel–. Un poco mayor para ti, ¿no? Aunque eso no importa. –Le señaló la habitación–. Ahí dentro está Randy Cunny. Hoy ha publicado la historia de su vida y le hemos organizado una pequeña fiesta. No hace falta que vengas de parte de nadie… si es que quieres conocerla. Tenemos aquí a toda la prensa, a un montón de gente del mundillo editorial y demás, es increíble. –Le rodeó la cintura con un brazo–. ¡Ven, te encantará!

Pero Clara se apartó.

–Gracias, pero estoy con otras personas –dijo, y siguió andando para reunirse con Desmond.

–¿Has averiguado de qué iba todo eso? –le preguntó él.

–La fiesta de una editorial para una tal Randy Cunny.

–¡Randy Cunny! –exclamó Desmond.

–¿Es famosa? –preguntó Clara.

Al final del pasillo vio que Carlos y Laura hablaban muy juntos, sus cabezas inclinadas casi se tocaban. Peter Rice los observaba en silencio.

–Es actriz –dijo Desmond con una extraña reticencia.

–Nunca he oído hablar de ella.

–De películas pornográficas –murmuró él.

–El ascensor no funciona –gritó Carlos con fastidio.

–Eres tan impaciente –dijo Laura con fingida severidad–. ¡Tan norteamericano! Sí que funciona. ¡Piensa! Es esa hora de la noche en la que todo el mundo sale a cenar; la hora festiva, Carlosito. ¡Escucha! Oigo el traqueteo de los cables ahí dentro.

–¿Ves? Ya ha vuelto a pasar de largo –dijo Carlos con tal tristeza en su voz que parecía haber olvidado que allí hubiese alguien más aparte de Laura, quien, por costumbre, le permitía interpretar ese ritual decepcionado.

–Va, Carlos, un poquito de estoicismo, por favor –dijo ella con cierta indulgencia–. Imagina cómo te sentirías si estuvieras dentro de un avión enorme abatido en el desierto, sin agua, con unos hombres con chilabas apuntándote con ametralladoras, y tú fueras el único judío entre los pasajeros.

–Lo preferiría a esto –dijo Carlos mordaz–. ¡Y no tengo que imaginarme que soy judío!

Peter Rice soltó una breve carcajada. Al mismo tiempo oyeron un prolongado chillido en las habitaciones del pasillo donde se celebraba la fiesta.

–¡Santo cielo! –exclamó Laura–. ¿Qué hacen ahí dentro? ¿Están desnudando a un negro?

Desmond Clapper le indicó con un gesto que bajara la voz.

–Una fiesta –susurró–. De editores, Peter. ¿Sabes que…?

–No lo sé –dijo Peter con tal antipatía que Clara se preguntó si no estaría ella oyendo el tono de su auténtico ánimo, una verdad predominante que él cubría con una fina capa de amabilidad no para engañar, sino para evitar el poco delicado espectáculo de un sufrimiento, de una distancia que ella intuía en él.

Era muy distinto de los españoles; todo en Peter –su actitud, sus manos tan limpias, tan huesudas y tan poco dadas a la gesticulación, su traje discreto– delataba una idea acerca de los modales de otra época, una estricta intención de mantener al yo solitario y herido donde debía estar, en la íntima oscuridad.

Vio que Carlos presionaba frenéticamente el botón del ascensor, una y otra vez. Hasta que se dio la vuelta y se dejó caer contra las puertas como si el ascensor fuese un insecto al que pudiera aplastar con su peso, luego dio un paso adelante, se llevó las manos a la cabeza y se agarró el inmenso cráneo como si quisiera arrancárselo de los hombros. ¿No se guardaba nada para él, aparte de sus estúpidos secretos, aunque todos los conocían?

–¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? –le dijo Desmond a Peter agresivamente.

–¿Ya has hecho las paces con el ascensor? –le preguntó Laura a su hermano con suavidad.

–No voy a las fiestas de las editoriales –dijo Peter claramente, pero con un tono tan apagado que podía estar hablándole a una mesa–. Yo no organizo fiestas. Ya tengo bastante con pasarme todo el día, de la mañana a la noche, en compañía de escritores enloquecidos que no paran de gritar su nombre mientras avanzan camino de la extinción. Si yo fuera Dios, acabaría con ellos al primer hervor de fama, cuando su voluntad empieza a…

–Pero ¡qué desagradable! –exclamó Desmond–. Creo que volveré a esa fiesta.

–Vamos, vamos –murmuró Laura, y se puso el abrigo sobre los hombros parodiando a una gran dama.

Clara vio, por primera vez, que era un bonito abrigo de pieles y recordó de inmediato la historia de cómo lo había conseguido. Pero no quería pensar en eso ahora, se dijo. Esa noche ya había sufrido bastante con sus recuerdos.

–Aquí está subiendo demasiado la tensión –comentó Laura sonriendo–. ¡Por Dios! ¡Toda esta maravillosa actividad masculina!

Torturar al ascensor, ebriedad maliciosa, morder la mano que te da de comer. Francamente, Peter Rice, ¿hay alguien que te aguante? Y, curiosamente, nadie me ha contado nada sobre esa fiesta.

–Es para Randy Cunny –dijo Desmond con aire desafiante.

La mueca malhumorada de Carlos se transformó en una sonrisa sarcástica.

–¿Es la que sale en esa película pornográfica? –preguntó.

–Eso creo. Un muñeco con chaqueta de ante le ha dicho a Clara que esa mujer ha publicado un libro, una autobiografía.

–¡Qué curioso eso que has dicho! –dijo Laura–. ¡Un muñeco! Sí, esa gente vestida de cuero… Eso ha tenido su gracia, Desmond.

En ese preciso instante se oyó un golpe seco y las puertas del ascensor se abrieron en la planta superior a la suya. Carlos miró fijamente a Laura. De pronto se dejó caer sobre las puertas del ascensor con la cara contraída por la risa.

–¡Randy Cunny! –gritó mientras Laura lo cogía de las solapas para apartarlo de las puertas–. ¡Autobiografías! Editoriales…, editores…, entrevistas…, cuero…, ¡el mundo de la literatura!

–¿Qué mejor lugar para un soplapollas? –preguntó Laura.

Las puertas del ascensor se abrieron. Los cinco tomaron posiciones entre un grupo de mujeres de mediana edad vestidas de gala que llevaban, prendido del vestido, un cartelito con su nombre.

3. RESTAURANTE

Carlos y Laura fueron los primeros en salir del ascensor. Cruzaron el vestíbulo a toda prisa con los brazos entrelazados, sonriendo, mirándose, moviendo la cabeza mientras reían a carcajadas, abandonando a los demás por su arrebato de mutuo aprecio. Desmond los seguía, su paso enlentecido por la desgana; miró con desdén al grupo de mujeres maduras que se habían congregado a su alrededor y se preguntaban, entusiasmadas, por cómo llegar a una sala de banquetes. No soportaba el dulzón olor a talco que emanaba de sus bustos y sus cuellos. Peter Rice se detuvo en el quiosco de tabaco y revistas y, al ver que Clara lo estaba mirando, le explicó que siempre les echaba un vistazo a las novedades publicadas.

–Siempre es lo mismo, aunque cambien los títulos –le dijo–. ¿Necesitas algo? ¿Tabaco, chicles? ¿Tiritas?

Lo primero que pensó Clara fue que Peter perpetuaba el tono mordaz de la tarde, pero luego oyó, como si se le hubiesen destapado los oídos después de una explosión, la amable sencillez de su voz. Le dio las gracias y le dijo que no, no necesitaba nada. Él la desconcertó al darle unas palmaditas en el hombro diciendo:

–Ahora todo irá mejor. El restaurante va a ir bien.

Clara empezaba a sospechar que todo lo que le decían era equívoco. Nunca había sido capaz de controlar la parte de su

naturaleza que la traicionaba y que despertaba en presencia de su madre, obligándola a someterse al profundo deseo de Laura de destruir cualquier certidumbre. Le fallaban los tobillos. Le parecía imposible llegar a cruzar las puertas giratorias que tenía delante. En otra parte, en un lugar inimaginable, estaba su otra vida cotidiana; la añoró con tristeza como si la hubiese perdido, como si se la hubieran robado. Agotada por esa división, no supo si llorar o echarse a reír.

Peter, que solo trataba de tranquilizarla –le había parecido confundida, ahí parada–, se inquietó ante la expresión de desamparo de esa joven desconocida cuyo cuerpo acuciante se inclinaba hacia él.

–¿Vamos? –preguntó con brusquedad, dirigiéndose a las puertas giratorias.

Clara lo siguió, algo reconfortada por la húmeda brisa de la calle que cada giro de la puerta traía al vestíbulo. Pasó ante una maceta con un helecho enorme y al ir a tocarlo descubrió que era de plástico. Un botones corría delante de ella. Solo unos días antes, en otro hotel, un botones le había entregado un mensaje: «Habitación 314». Su combinación de seda en el brazo de una butaca, la camisa de Harry Dana arrugada en el asiento, el frío exterior y el calor interior de un encuentro ilícito. Ella le había dicho:

«¿También llevas alianza?».

«Ya sabes que sí».

«¿Te la dio ella?».

«Fue una ceremonia con dos anillos».

«Pero ¿quién lo decidió?».

«Calla…».

«Pero entonces la amabas, ¿verdad?».

«El amor…».

«Lo siento. No tendría que haber sacado el tema».

«Estás enfadada, no es que lo sientas».

«No, no, de veras que… lo lamento».

Pero Harry Dana tenía razón. Estaba enfadada.

Peter Rice decía que no tenía hambre:

–Estoy perdiendo el apetito. Creía que tenía una enfermedad mortal, pero el médico…

Cruzó la puerta y la esperó fuera. Ella salió y respiró hondo. ¡El aire fresco, limpio por la lluvia! Aturdida, como si la hubieran rescatado, se volvió sonriendo hacia Peter.

–… el médico dijo que no me pasaba nada. La edad, supongo. Aunque recuerdo qué agradable era ver la mesa puesta, levantar el tenedor… ¡Qué curioso! Mi primera clase de cocina fue el día que enterraron a mi madre, justo después del funeral. Yo tendría unos dieciséis años. El hermano de mi padre me llevó a la casita de piedra donde vivía, que no quedaba lejos de la mansión de tu madre…

–¡Pero bueno! –exclamó Laura desde la acera.

Un portero se apresuró a abrirle la puerta de un taxi que acababa de detenerse. Laura retrocedió como si la hubiesen golpeado; luego se enderezó teatralmente. Desmond la rodeó con el brazo, pero ella lo apartó con una expresión gélida en la cara. Carlos empezó a andar calle abajo.

–Y –siguió Peter metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo gris– mi tío pensó que hacer un pastel me distraería. ¡Pobre hombre, un soltero que llevaba una vida discreta y solitaria! Nos decidimos por un pastel de crema.

Laura seguía sin moverse, observándolos mientras bajaban los peldaños para acercarse a ella.

–Fue uno de los mejores momentos de mi vida –continuó Peter–. El viejo, de lo más entrañable, deambulaba con los calcetines que mi madre le había tejido mientras esperábamos a que se cociese el pastel. Recuerdo exactamente cómo me sentía; ¡sentía que la vida era divertida, infinita, maravillosa! Luego fuimos a comprobar…

–¡Cállate de una vez! –gritó Laura.

Una pareja de ancianos se paró en seco. Una mujer negra de edad indeterminada empezó a reír en alto, con desdén, cuando pasó junto a Laura. Desmond movió los brazos.

–¡Cariñito! –exclamó–. Cariñito mío…

–Lo cierto, Laura, es que no estaba hablando contigo –dijo Peter Rice sin inmutarse–. Hablaba con tu hija.

Y Clara, que lo había agarrado del brazo, notó que le temblaba. Laura se tapó la cara con las manos.

–Lo siento, lo siento muchísimo –dijo. Los miró a los tres–. Empezaba a parecerme que nunca llegaríamos al restaurante, que nunca íbamos a embarcar. –Sonrió y cogió las manos de Peter en las suyas–. ¡Peter, por lo que más quieras, perdona a la vieja Laura! ¿A la vieja y tonta Laura, Peter?

Él le hizo una señal, algún gesto de absolución, pero fue incapaz de sonreírle; ese gesto impreciso con la mano y un asentimiento de cabeza fue lo único que le permitió la aversión que sentía. La brutalidad con la que, poco antes en el pasillo, ella había soltado ese comentario sobre el mundo literario lo había escandalizado por, se imaginó al principio, la presencia de su hija. Toda la velada había visto a Clara como una presencia marginal algo patética, pero joven

y atractiva, y ¿quién no se sentía algo vulnerable en el seno familiar? Sobre todo en esta familia. Pero ¿no hay siempre un testigo latente en el marginado? Y cuando esa joven nerviosa los había mirado arriba en el pasillo, ¿no había visto él en su cara una expresión de profunda repugnancia? ¿Y no era por eso que Peter sentía ahora, después de que Laura le hubiese hablado con esa grosería atroz, que el despreciable era él?

Juzgarse así hizo que le flaqueara la conciencia; se vio como un imitador de aves, un hombre maduro sumido en una extraña borrachera moral que no le costaba nada, ni siquiera un convencional envilecimiento de la carne. En cuanto a sus protestas –chillidos de mojigato– contra los excesos más evidentes de Laura y sus absurdas obsesiones raciales, ¿qué eran sino un medio de persuadirse de su propia decencia? Su único capricho, pensaba de Laura, en una vida despojada de placer, limitada al trabajo y al exiguo cuidado y sustento de su cuerpo…

Laura le apoyó en el hombro la cabeza mojada por la lluvia.

–Estás enfadadísimo, querido –susurró. Luego, con un suspiro, le preguntó a Desmond con docilidad por dónde se iba al maravilloso restaurante.

–Un par de manzanas al sur y luego otra manzana al oeste –respondió con voz débil.

Se pusieron en camino. Más adelante, Carlos esperaba con la cabeza gacha. Diluviaba. Con los comercios cerrados, la acera estaba casi desierta; solo el tráfico seguía circulando, un fragor sordo de maquinaria entre el rumor constante del aguacero. Los escaparates exhibían sus artículos en pequeñas plataformas iluminadas. En la ventana de una tienda de comestibles, un gato anaranjado se

desperezaba arqueando el lomo entre un surtido de fideos. Desmond lo vio por el rabillo del ojo; Laura se apretó contra él, enorme en su abrigo de piel. Él levantó la vista por encima de la tienda. Allí, recortada en una ventana, había una joven con las manos entre las hojas de una planta colgante.

Lo anegó una marea de recuerdos, una oscura riada de sensaciones; una habitación, su primera habitación lejos de casa, lejos de la universidad, un sofá, una silla, una librería metálica, su propia cocina, una mesa con un libro abierto*, La montaña mágica,* un juego de llaves, sus propias llaves, un par de botas mojadas y embarradas que acababa de quitarse después de pasear por un parque de Boston durante la primera nevada del año, las ventanas empañadas, él mismo en el centro de la habitación, con veintidós años, frotándose las manos para activar la circulación, riendo solo, todavía sin aliento después de subir de dos en dos los grandes peldaños de los tres tramos de escalera. Ahora sabía lo que había sentido. Pero ¿entonces? ¿Había sabido que tenía la libertad de volar allá donde se le antojara? Y, sin embargo, toda la fuerza de ese momento, de su juventud, lo había llevado a este momento, al gato desperezándose entre cajas polvorientas, a la joven que se retiraba como un sueño tras las ventanas veteadas de lluvia, a esta mujer a la que cada movimiento, cada errado impulso de su vida había traído a su lado. Era imposible comprender la realidad del presente que se escurría segundo a segundo, invisible como el aire; la realidad únicamente existía después del hecho, en nuestra visión del pasado. Atrapado en la euforia de su descubrimiento, se volvió hacia Laura para contárselo. Estaba acurrucada en su abrigo, la cara rígida y tensa para enfrentarse a la lluvia. ¡Dios! Qué borracho debía de

estar, comprendió en ese instante, para alardear con la necedad del beodo de la singularidad de sus sentimientos. No necesitaba hablar con Laura de lo que sentía; lo que necesitaba era una copa.

–¿Qué pasó con el pastel? –le preguntó Clara a Peter.

–El pastel –murmuró él. La miró–. Pero ¿en qué estás pensando? Pareces muy… angustiada.

Desarmada quizá por una pregunta tan personal, ella le respondió con sinceridad:

–Me avergüenzo de mí. Por cosas que no hago.

Peter no le preguntó a qué se refería. Señaló adelante, hacia Laura, que caminaba entre Carlos y Desmond.

–Sí…, bueno, a tu madre hay que tomársela en serio, pero no en el sentido convencional. Intentar entenderla no lleva a ninguna parte. Ella es lo que parece. En cuanto al pastel, no recuerdo los ingredientes, supongo que levadura porque la crema subió un palmo por encima de la masa como un sombrero de copa, y cuando lo sacamos del horno y lo pusimos en la mesa, se ladeó muy muy despacio, se inclinó hasta tocar el hule y luego sencillamente explotó. Nunca he vuelto a reírme tanto, y eso que mi madre acababa de morirse.

Ella apenas escuchaba. ¿Qué había querido decirle Peter? ¿Que a su madre había que tomársela en serio? ¿Cómo iba a tomársela si no? Y luego él añadió:

–Las familias se atan con grilletes al definirse. Y de algún modo hay que romper esos grilletes.

Desmond se detuvo.

–Creo que hay que girar por aquí.

–¿Qué quieres decir con ese «creo», Desmond? –preguntó Laura con calma.

Se habían detenido junto a un semáforo en la esquina. La barbilla de Laura tenía un tono verdoso. Y sonrió con indulgencia, le pareció a Clara. Se le ocurrió que su madre les estaba perdonando a todos que tuvieran miedo de ella.

–¿Tienes los pies empapados, cariño? –preguntó Laura.

Carlos fue el único que no se miró los pies.

–Está ahí –dijo Desmond–. ¿Lo ves?

Miraron calle abajo, donde él estaba señalando. A unos metros de distancia vieron un toldo estrecho y encima las palabras Le Canard Privé.

–¿El pato privado? –preguntó Clara.

Laura se rio.

–¡Suena ridículo!

–Significa reclamo –dijo Peter.

–Sería una buena pista si jugáramos a la caza del tesoro –comentó Laura mientras cogía a Desmond del brazo.

Carlos dirigió la marcha andando con energía renovada.

«Pronto escapará –pensó Clara–, ha recobrado sus andares felinos, ya nos ha dejado».

Carlos estaba aliviado. Su angustia por no llegar a tiempo a la cita que tenía después con un joven de Newark había sido un desperdicio de emoción. Un momento antes había visto la hora en el escaparate de la tintorería; solo llevaban unos minutos de retraso y su paciencia, aunque puesta a prueba, no se había agotado. Llegaría a tiempo para verse con Lance –antes Leroy, pero recientemente se había cambiado el nombre como consecuencia de una lectura del

horóscopo– a la hora acordada. No obstante, seguía temiendo los poderes de Laura para despertar en él una indignación prodigiosa y abrumadora, como la que estalló en su último encuentro de unos meses atrás e hizo que se largara entre maldiciones. Al salir a la calle apresuradamente, tropezó con una pirámide de cubos de basura que lo dejaron magullado y cubierto de cosas podridas.

–Qué buena pinta tiene –dijo Peter Rice mirando por la oscura ventana del restaurante en penumbra–. ¿No os parece?

Nadie respondió.

Dentro del restaurante, Desmond Clapper se irguió, miró con insolencia por encima de las cabezas de los comensales y le dijo unas palabras al *maître;* su tono frío mostraba la tiranía que las personas exhiben en un entorno definido por su capacidad para pagar. Laura lo observó divertida. Los llevaron a su mesa, apartaron las sillas, un camarero desplazó quisquillosamente hasta el centro exacto de la mesa un pequeño pato de porcelana con unas flores marchitas asomando de unos agujeros del lomo.

Había bancos alineados a lo largo del estrecho local; encima, pintados en las paredes, retratos de jóvenes mujeres con peluca que miraban a los comensales con sutiles expresiones de desdén. Solo el ocasional tintineo de un plato o un cubierto interrumpía el silencio impuesto por las cortinas, los manteles y la moqueta, y entre las mesas redondas que ocupaban el centro, unos camareros vestidos con chaqueta oscura aguardaban en la penumbra, sus caras pálidas como lunas maltrechas.

–¿Bebidas? –preguntó Desmond dándose aires mientras levantaba la cabeza para llamar a un camarero.

–¿Conocéis la historia de los puercoespines de Schopenhauer? –preguntó Peter sonriendo–. Tenían mucho frío, pero cuando se acercaban para darse calor, se pinchaban y volvían a separarse. Pero tampoco aguantaban el frío, así que…

–Odio los aforismos –dijo Laura.

–Eso no es un aforismo –repuso Peter.

–Son tan pomposos –continuó Laura–. Como este: el hombre impotente detesta al sátiro, o el sátiro tiembla en presencia del hombre impotente o entre el impotente y el sátiro no hay una oposición significativa. –Y soltó una carcajada.

–Eres increíble, Laura –dijo Peter.

El camarero se inclinó sobre ellos como un escarabajo se inclina hacia el suelo desde una hoja.

–¿Qué tomaras, preciosa? –le preguntó Desmond a Clara, que estaba sentada a su lado.

–Pues… nada, la verdad –dijo ella.

–Vamos, tómate un bourbon sour. Eso es lo que tomaremos tú y yo –dijo Desmond con aire conspiratorio.

Peter no quería nada. Carlos pidió un whisky a regañadientes. Laura señaló que debían pedir una botella de buen vino.

–Nada de racanerías, señor Clapper –dijo con picardía.

–¿No queréis saber lo que hicieron los puercoespines? –preguntó Peter.

–Ya sé lo que hicieron –dijo Laura con arrogancia–. Acordaron una media distancia. Sé que te encantan estas cosas, Peter, pero esos cuentos tontos no tienen nada que ver con las vidas humanas. Te contaré una historia real que he leído en el periódico esta mañana. Un hombre intentaba entrar en su piso por una ventana. Había

discutido con su mujer y ella le había escondido la llave. Resulta que él estaba visitando a su amiga, que vivía en el piso de al lado. ¿Qué te parece? De modo que se encaramó a la ventana de su amiga para entrar por la suya y se cayó desde una altura de cuatro plantas.

–¡Por Dios! ¡Qué historia tan estúpida! –dijo Carlos.

Laura extendió los dedos sobre el mantel.

–Verás, el problema era que había perdido los dedos de la mano izquierda en un accidente. Y ahora cuéntame una fábula, querido Peter, sobre mi vida, sobre tu vida.

–No puedo hacer nada por ti, Laura –repuso Peter.

Pero Carlos miró a su hermana con repulsión.

–¡Qué historia tan morbosa! Supongo que le ves un punto dramático, pero no es más que una tontería. Siempre intentas salirte con la tuya, demostrar que todo es inútil…, ¿el hombre murió?

Laura, que mientras Carlos hablaba lo había estado mirando con una intensa y extraña expresión esperanzada, le echó los brazos al cuello y le besó la mejilla.

–Sí, murió –dijo como si compadeciera no al hombre, sino a Carlos.

Carlos no quería su compasión. Se recostó de nuevo en la silla con una expresión entre meditativa y calculadora. La historia de Laura lo había desanimado, había ensombrecido sus expectativas. Le había molestado tanto el modo implacable y triunfal con el que había contado la historia como la historia en sí: las dos mujeres, esposa y amante, en habitaciones separadas, el hombre lisiado balanceándose entre ellas, cayendo destrozado a la calle. El futuro ya parecía acabado; sus expectativas se desvanecieron. Observó los dedos de su hermana arrastrándose hacia él por el mantel. Siempre había

detestado esa costumbre enfermiza que tenía Laura de juguetear con las manos y mirárselas. ¡Estaba agotado! ¿Cuándo dejaría Laura de fingir que eran una familia? Las personas se distancian de la familia y crean los verdaderos vínculos de su vida en otra parte. ¡Qué harto estaba de la superioridad con que lo trataba Desmond! Allí estaba su sobrina al otro lado de la mesa, lechosa y fresca en su femenina juventud, aunque ya asomaba a su cara la palidez del miedo y la tensión. ¡Clara era tan humilde con Laura! Si él creyera en los consejos, le diría que era la peor forma de ser. ¿No percibía ella el poder de su juventud? Sin embargo, allí seguía, entre las piernas de su madre, recién nacida, débil e indefensa. Y entonces pensó en su propia madre entre las otras ancianas de la residencia; les habrían servido la cena temprano, como si fueran niñas, y él pensó: «Los enormes viajes de nuestra vida solo nos llevan de vuelta al punto de partida».

Todos seguían callados. Clara se estremeció y Peter, sentado a su lado, la miró con curiosidad.

–¿Tienes frío? –le preguntó.

–No, solo ha sido un escalofrío.

Peter desdobló la servilleta con sumo cuidado pero estaba pensando en otra cosa, apenas consciente de lo que hacían sus manos. Carlos vio que el movimiento de la tela blanca había llamado la atención del joven menudo y pálido que ocupaba la mesa vecina. Tenía la cabeza cubierta de rizos de aspecto húmedo y las mejillas y el mentón ocultos bajo una barba negra. Volvió lentamente hacia Carlos unos ojos grandes e inexpresivos detrás de sus gafas. Hablaba con una joven, hablaba con ella aunque sus ojos seguían clavados en él. Carlos se inclinó a la derecha para oír lo que decía.

Hablaba de dinero; la joven parecía extasiada. De pronto el hombre entornó los ojos detrás de las gafas y lo miró con franco desagrado mientras bajaba la voz.

Carlos se animó. Laura, que contemplaba pensativa el pato de porcelana, no había reparado en el pequeño incidente.

–¡Peter! –exclamó Carlos con entusiasmo–. Laura ha mencionado que iban a hacerte jefazo en esa editorial tuya, ¿no es estupendo?

Peter lo miró desconcertado. El camarero dejó los bourbon sour y el whisky en la mesa.

–¿Seguro que no quieres beber nada? –le preguntó Desmond a Peter.

–Esperaré al vino –dijo Peter, que seguía mirando a Carlos con expresión sorprendida–. Mi pobre hígado…, ¿de dónde ha sacado Laura esa idea? Soy solo editor, nada más.

–¿Por qué no pedimos champán, querido? –preguntó Laura–. Aunque creo que podrías haber pedido el vino antes, cuando hiciste la reserva, como esa gente que pide el pastel de cumpleaños. –Y ante el evidente malestar de Desmond, Laura empezó a cantar *Cumpleaños feliz te deseamos, Desmond* con voz grave y la cara inclinada hacia la mesa.

–¡Que venga el *sommelier*! –le gritó Desmond al camarero, lo que atrajo la atención de varias mesas.

Carlos echó un vistazo al joven de la mesa vecina, que estaba haciendo un claro esfuerzo para no mirarlo. Sus manos pequeñas y pulcras, como unas patitas de ratón, descansaban a ambos lados del plato. De pronto se volvió, lo miró a los ojos, abrió la boca formando una O perfecta, volvió a cerrarla y miró de nuevo a su acompañante.

Carlos se recostó en la silla conteniendo a duras penas la risa. Su propio infantilismo le parecía graciosísimo. Gruñó por lo bajo.

–Creo que estamos todos un poco tensos –comentó Laura–. Carlosito, deja de intentar ligarte a ese pobre chico. Señorita Clara, quiero saber más cosas de tu trabajo. Y en cuanto a ti, editor Rice (y, por cierto, nunca le he dicho nada a mi hermano de un ascenso), quiero saber cómo demonios soportas ir a un trabajo donde detestas a todo el mundo. Escritores enloquecidos, has dicho. Y luego Desmond os contará nuestro itinerario, que es maravilloso…

El sumiller, un hombrecillo frágil, se acercó a su mesa. Parecía que había dormido en una posición inclinada y todavía no se hubiese erguido del todo.

–Estoy un poco mareada –le dijo Clara a Peter–. ¿Crees que debería salir a que me dé el aire? Este sitio es un poco sofocante.

–Vamos, no seas tacaño –oyó que su madre le decía a Desmond, que estaba mirando la carta de vinos.

Peter dijo en voz baja:

–Es sofocante, pero te veo bien. Imagina un estanque en una tarde de primavera, con unos árboles alrededor, sauces quizá, un prado…

Para sorpresa de Clara, la imagen de un estanque de esas características se materializó en su pensamiento y, con ella, un recuerdo agridulce del mundo natural exterior, el terreno tosco e inestable sobre el que se asentaba este hotel restaurante tan agobiante, viciado y sofocante. Clara respiró hondo y notó un olor a vainilla. Vio que el joven de la mesa vecina comía una especie de pudin a cucharaditas, y que después de cada una se limpiaba la boca con una premura culpable. «Le asusta que se le quede un poco

de postre pegado a la barba», pensó con simpatía impersonal (su hirsutismo no le resultaba nada apetecible), consciente de sus propios temores a tener migas en la boca, mocos en la nariz, legañas en los ojos.

–¿Mejor? –preguntó Peter.

Ella asintió.

–Tu estanque funciona estupendamente.

–Me ha llevado años encontrarlo –dijo él.

–¿Como la gaviota?

–He inventado la gaviota en la puerta de la habitación de tu madre para divertirla.

La habitación de su madre, el restaurante de su madre, el barco de su madre…

–¿Qué tomarás de entrante? –le preguntó Desmond con tono sensiblero, como si Clara fuera una niña pequeña.

–Quiere algo con mayonesa, ¿a que sí, Clara? –dijo su madre.

Peter le dio un pellizquito en el brazo. Ella se apartó y oyó que le decía, de forma casi inaudible: «… pide lo que quieras».

Clara echó un vistazo a la carta.

–Palmitos –dijo en voz alta.

Su madre inclinó lentamente la cabeza para mirar la cesta del pan y lentamente extendió la mano derecha para que sus dedos largos y pesados se cerraran en el trozo de su elección.

En realidad Clara no quería nada, pero era un no querer lleno de desesperada energía negativa. Sin embargo, Peter Rice se había equivocado con su «pide lo que quieras», como si entre ella y Laura se librara una batalla de voluntades en que la mayor pretendía dominar a la joven, madre contra hija. A Laura le daba igual que

Clara hubiera pedido de entrante una ración de víboras. Clara entendía a medias –al menos mentalmente– que este no querer suyo era una respuesta, un esfuerzo para eludir el gran desastre que supondría estrellarse contra la colosal indiferencia de Laura. Y aquello que no lograba entender, que era insondable, lo percibía, pero solo como un peso voluble y doloroso que la desequilibraba tanto que apenas podía fiarse de su voz.

Ahora el joven de la mesa vecina tomaba café. La pulsera de plata que le colgaba de la muñeca quedaba al descubierto con cada sorbito que daba. Laura hablaba de la crisis del servicio postal con vehemencia, como si se tratara de algo muy importante para ella. «Pero ¿con quién se escribirá?», se preguntó Clara. Y luego de los viajes en tren.

–No se puede, simplemente no se puede ir a una décima parte de los sitios donde se podía viajar hace cuarenta años –declaró Laura con dramatismo.

«¿Y a quién iría a visitar mi madre?», se preguntó Clara. Pero solo experimentó un triunfo fugaz y miserable al comprender el aislamiento de Laura. A fin de cuentas, era Laura la que decidía aislarse.

Clara dejó de escuchar. Se puso a mirar el restaurante. Los hombres tenían un aspecto rarísimo con sus peinados pomposos, vagamente bovinos, excesivamente acicalados. Le pareció que había algo insípido y hueco en todo ese aliño.

–Todos van disfrazados –le comentó a Peter, y luego con una defensiva muestra de franqueza–: No es que a mí no me guste la ropa.

Peter suspiró.

–Sí. Todos se visten como chulos, vagabundos o prostitutas. No sé qué es lo que pretenden afirmar…, alguna tonta idea sobre el individualismo, algún alegato de que podemos ser lo que queramos…, pero es que yo soy tímido y para colmo esnob, por lo que no debería…

–¡Individualismo! –lo interrumpió Desmond–. Por Dios, todos parecen iguales, hablan igual…

–Es la venganza de los negros –dijo Laura–. Se han apoderado de todo el país con su ropa y su jerga carcelaria…

–Por favor, Laura –dijo Peter inclinándose hacia ella–. No hables en esos términos.

–¿En qué términos? –preguntó ella con suavidad.

–¡Son tan lentos aquí! –comentó Carlos.

–Vamos, vamos. –Desmond movió torpemente las manos–. Vamos a comportarnos.

–Tú ya has dejado de comportarte –dijo Laura todavía con suavidad, con un tono agónico en la voz.

–¡Mirad, aquí está! –exclamó Desmond–. Vaya, resulta que no era para nosotros, pero pronto llegarán cosas deliciosas… –Se calló y miró a Laura como si de pronto hubiese comprendido que todo era inútil.

–No hables en esos términos –insistió Peter–. Lo aborrezco.

–Tomaré otra copa –declaró Desmond.

Laura posó en Peter su mirada majestuosa y lo atravesó con los ojos como si fuera invisible.

–Muy bien, mi querido Peter. Sé lo que te pone de los nervios. Siempre tiene que ver con el lenguaje, ¿verdad?

–Ojalá trajeran algo –murmuró Carlos. Miró a su alrededor y vio que el joven pagaba la cuenta con una tarjeta de crédito.

Fue consciente –era un gran conocedor de los momentos secretos de los hombres– de que al joven lo atormentaba la incertidumbre sobre qué propina dejar. Sus dientes tiraban de la cutícula de un meñique. La joven miraba la pared.

–Quince por ciento, querido –murmuró Carlos desde la escasa distancia que los separaba.

Su hermana le cogió de la mano.

–¡No! No… –le rogó en voz baja y vehemente.

Tenía la cara a escasos centímetros de la suya; Carlos vio que unas lágrimas asomaban a sus ojos y sintió un dolor recíproco, como si yacieran heridos juntos entre desconocidos que no podían ayudarlos.

–Lo siento –murmuró.

Y mientras ella negaba violentamente con la cabeza, Carlos supo que la angustia de Laura no se debía a sus burlas contra el joven, por las que ya se había condenado como senil, cruel y decadente. Pero se apartó; la desconfianza que sentía por su hermana era demasiado profunda, demasiado habitual para poder deshacerse de ella a menos que, como ahora, lo cogiera desprevenido. El momento espontáneo entre ellos había sido como un rayo que por su propia intensidad casi impide ver aquello que ilumina. Fuera lo que fuese que él hubiera vislumbrado, ya lo estaba olvidando. Ya ni siquiera estaba seguro de haberle visto lágrimas en los ojos. Laura le sonreía. La aversión que sintió por sí mismo fue como un gusano que reptaba suavemente en su interior. El joven y la chica pasaron por detrás de su silla de camino a la salida. Su conducta había sido

demasiado grosera para disculparse. Se preguntó cuánto tardaría en poder ir de nuevo a sitios públicos. Miró a Peter, luego a Clara y luego a Desmond. Observaban al camarero, que giraba una botella en la cubitera. Alguien le sirvió un plato de mejillones rellenos. No recordaba haberlos pedido.

–¡Esperad! ¡Esperad! –exclamó Desmond. Levantó una copa de champán–. ¡Un brindis por Clara!

Las copas tintinearon. El momento fue tibio, incómodo. Todos, excepto Desmond, habían estado sumidos en sus pensamientos y las caras que se volvieron hacia Clara eran vacuas e inexpresivas. Para ella resultó más difícil reconocer aquella fría cortesía que si realmente le hubieran estado prestando atención. Carlos esbozó una sonrisa deslumbrante, como si ensayara para alguien que no estaba allí. Desmond la había utilizado simplemente como una excusa para apurar su copa cuanto antes. Ya alargaba el brazo hacia la botella. El resto se limitaba a probar el aperitivo, pero Clara tuvo la repentina convicción de que cada uno de ellos estaba desconcertado por una ausencia; para cada uno de ellos, faltaba alguien. Era como si un vendaval hubiera cesado abruptamente; había ese mismo silencio, y todo estaba fuera de sitio. La típica expresión irónica de Laura había dada paso a un pesimismo sombrío mientras se comía a desgana su plato de gambas. Clara intuía en Peter una curiosidad sutil y tenue por ella, pero por parte de Carlos nada, ningún interés, pues su ritual de reconocimiento ya se había producido horas antes en la habitación del hotel.

Ansiosa, tocó el brazo de Peter.

–Me interesaba lo que decías… sobre la ropa. ¿De verdad crees que las personas piensan que pueden cambiar, ser distintas, solo por

la ropa que llevan? ¿Y qué creen que son, para empezar? ¿Y qué quieren ser?

–Es la falta de ideas la que vuelve tan vulgar esa forma de vestir –dijo él–. Esas mascaradas son solo una celebración de las mismas máscaras, no de las ideas; se convierten en una cuestión de quién lleva más plumas.

–Y luego tenemos tu sobrio traje azul –comentó Laura–. El primero que viste en la tienda, ¿verdad Peter? ¡Anda ya! Te apuesto diez dólares a que tardaste un año en encontrar un traje como ese. ¿Qué estás celebrando tú?

–Escuchad, siento insistir, pero todavía no hemos pedido. Tengo una cita… –empezó a decir Carlos.

Laura soltó un bufido de desdén.

–¿Una qué?

–… y no quiero llegar tarde –continuó él imperturbable.

–Y tenemos que pedir más vino –dijo Desmond rápidamente. Agitó las manos en el aire, evitando mirar a Laura. Varios camareros convergieron en su mesa. Desmond soltó una risa benigna–. ¡Más de esto! –gritó a los camareros señalando la botella de champán vacía–. Más de vuestro carísimo blank de blank. Y bien, señoras y señores, ¿qué os parece si…?

–Tomaré trucha –le dijo Laura a Desmond, pero los demás pidieron directamente a los camareros, que repitieron los nombres de los platos con seriedad y precisión.

–¿El pollo está ya listo? –preguntó Carlos–. Es que tengo algo de prisa…

–Lo guisaron todo hace una semana –interrumpió Laura–, para que los camareros pudiesen hacer huelga si querían…

–¿Vieiras? –le dijo Clara a uno de los camareros.

–Perfecto –dijo este.

–*Parfait* –murmuró el otro.

Laura rio suavemente.

–Vamos, Peter, te toca –dijo Desmond–. ¿Dónde está nuestro vino?

–Chuletas de ternera –dijo Peter.

–Y yo… –dijo Desmond, y se quedó callado.

Laura lo miró con fingida sorpresa.

–¡Dilo, hombre! ¿Qué?

–Pato –dijo Desmond con los ojos clavados en el vino que estaba abriendo un camarero–. No. Pato no. *Filet mignon.* –Miró a Peter–. Qué aburrido por tu parte, Peter. ¡Chuletas de ternera! ¡Por el amor de Dios!

–Puedes pedir por mí –dijo Peter con afabilidad.

Pero Desmond estaba bebiendo champán con los ojos cerrados.

–Un vecino nuestro que es granjero lleva sujetador debajo de la ropa de trabajo –comentó Laura después de que les llenaran la copa–. ¿Cuáles dirías que son sus ideas, Peter?

–No hablaba de esa clase de aberraciones.

Laura rio despectivamente.

–Vaya, conque no hablabas de esa clase de aberración… ¡Háblame entonces de tu sencillo, comedido y escrupuloso traje azul! Eres un cabrón moralista y arrogante, ¿verdad?

Clara se descubrió sonriendo de forma incontrolable. ¡Laura era odiosa! Odiosa. Y, sin embargo, Clara no podía parar de sonreír.

–La estadística habla de un aumento de la tortura en todo el mundo ¿Lo sabías, Laura? Estoy empezando a sospechar que tú

estás detrás –dijo Peter.

–Algo relacionado con la dignidad del ser humano, ¿verdad? –preguntó Laura con voz agradable–. Pero tu traje…

–Me gustaría dejar de hablar de mi traje –zanjó Peter–. Tiene diez años. Va bien para no mojarme cuando llueve. En cuanto a mi moralismo…, es más severo conmigo que contigo y, si quieres, yo y mi traje nos largamos.

–¡Ay, Peter! –gritó ella extendiendo una mano hacia él–. Solo estaba bromeando, ¡por Dios, ya sabes cuánto me alegra que estés aquí! ¡Y ya sabes lo tonta que soy! ¡Desmond! ¡Para ya con el champán! Escúchame, Peter. –Pero se quedó callada con la mano todavía extendida, la palma hacia arriba, los ojos suplicantes.

Peter extendió la suya y le tocó los dedos.

–No pasa nada –le dijo.

–¿No pasa nada? –dijo ella con tono esperanzado.

Peter asintió. Sabía cómo reaccionaría ella ante su amenaza de irse. Había jugado sobre seguro, había sido una señal de que Laura estaba llevando las cosas demasiado lejos. A veces le salía con esos ataques, en general sobre cosas que él detestaba de sí mismo. Estaba más seguro con Laura, se decía a menudo, que con personas menos desconfiadas que él. Claro que había algunas cosas que no le permitía: no toleraba sus comentarios racistas; no aprobaba a la persona brutal que habitaba en ella. Sin embargo, se entendían: ella se regía por sus impulsos; él, por la contención. Y se compadecían el uno del otro por su sometimiento a tiranías opuestas. ¿Y no era esta oposición recíproca lo que hacía perdurable su relación? ¿Un interés en el otro que nunca disminuía?

Clara, que notaba que Desmond, quizá accidentalmente, había apretado el muslo contra el suyo, se acercó más a Peter. Este oyó su respiración, olió la suave fragancia floral que Clara llevaba y se dio cuenta de que él tenía los puños apretados.

–No les has contado lo de la carta –le dijo Laura a Desmond.

–Ya les has dicho bastante –repuso él malhumorado, con los ojos clavados en la copa vacía.

–Tendrías que leérsela, cariño. La hija de la anterior señora Clapper es igualita a su madre. El estilo es distinto, pero no el carácter. ¡Por Dios, Clara! ¡Espero que no te parezcas a mí!

–Todos lo esperamos, Laurita –dijo Carlos con picardía.

Ella pareció no oírlo. En cualquier caso, el camarero acababa de llegar con los platos, y Desmond, haciéndose el importante, pidió otra botella y fue anunciando quién había pedido qué.

–No tiene buena pinta –dijo–. Además se ve que no está caliente.

–Está perfecto –dijo Laura alegremente–. Pero el pescado tiene un aspecto algo macabro, ¿verdad? Fijaos cómo le han metido perejil por los ojos. Bien, en cuanto a la carta…

A Desmond se le cayó el tenedor y se inclinó torpemente para recogerlo.

–No lo cojas del suelo –dijo Laura con brusquedad.

Él le dirigió una mirada dubitativa y turbia.

–Está en las piernas –murmuró. El labio inferior le colgaba, entreabierto.

Entonces llegó el camarero con otra botella de champán y Desmond sonrió infantilmente. No era justo juzgarlo cuando estaba tan bebido, se dijo Peter. Pero le resultaba imposible no fijarse en lo invariables que eran las expresiones faciales de Desmond. Como un

juguete que se pudiera doblar o zarandear, un pequeño maniquí de rasgos inexpresivos. Vio que Laura los iba mirando uno a uno y luego a él, como si calculara su sustancia. Ojalá dejara el tema de la hija de su marido. ¿Qué intentaba que Desmond admitiera?

–Adula al pobre Desmond, o eso intenta, sobre los conocidos que debe de tener en París. –Laura sonrió a Peter y luego gritó con voz de falsete–: ¡Ay, papaíto! ¡Cuéntanos! ¿Llegaste a conocer a la gran G. Stein?

–Para, por favor, cariñito –le suplicó Desmond.

Laura miró su plato con expresión de fastidio. Luego lo miró a él.

–Al carajo –dijo.

Peter reparó en que Clara no comía; su mano descansaba a un lado del plato.

–¿Tu tampoco tienes hambre? –le preguntó.

–No mucha –dijo ella con voz cansada. No podía explicarle cuánto le había asustado que Laura hubiese seguido hablando de esa hija desconocida, la extraña implicación que había sentido por el ataque de Laura a esa chica.

–Todos somos mendigos que se roban los unos a los otros –le susurró Peter.

Ella lo miró sorprendida. ¿Se refería a Laura? Dijo:

–Yo solo pensaba…

–Conque sí, ¿eh? ¿Y qué pensamientos eran esos? –le preguntó su madre.

–Pensaba en la cena –dijo Laura rápidamente.

–No creo que se parezca a mí –dijo Laura pensativa–. ¿Se me parece, Carlos?

–En nada –respondió Carlos con decisión.

–Sí es difícil escapar…, te crees distinta y acabas, fatalmente, siendo igual –dijo Laura con voz distante y soñadora–. Hace años, cuando estaba en el hospital, *mamá* vino a verme.

Empezó a comer sin mirar a nadie. ¿Eso es todo?, se preguntó Clara. Nadie habló durante un rato.

Carlos se había comido todo el pollo que se iba a comer. Calculó que pronto podría pedir el café y largarse. No había razones para que Laura montara una escena llegados a ese punto. Le había dedicado su tiempo. Y además, ahora que lo pensaba, ya no era tan dada a montar escenas. Su temperamento se había enfriado, ablandado. Y el asombroso discernimiento que ella tenía –la forma en que podía percibir en él un pensamiento, un estado de ánimo, reuniendo en un destello intuitivo toda la suma de sus sentimientos–, antaño al servicio de su sed de venganza, se había convertido en una ironía no incompatible con la suya.

A veces, a última hora de la tarde, Laura telefoneaba desde Pensilvania y a menudo hablaban afablemente, largo y tendido. Él le tenía cariño. Empezó a sonreír al recordar un incidente de los alocados viejos tiempos de Laura. En aquel entonces le había parecido una extravagancia cómica y se lo contaba a cualquiera que se molestara en preguntarle cómo era su hermana. Había pasado hacía más de una docena de años, cuando Laura descubrió que Desmond estaba liado con otra y se le encaró. Él lo negó todo. Ella empezó a romper todos los platos del piso donde vivían y acabó destrozándolo todo: «Arrasé ese maldito lugar», le contó a Carlos después. Qué bien conocía él la profundidad del odio, de la violencia que había en Laura. Ya de niño se escondía de los grandes ojos tristes de su hermana y se tapaba las orejas para no oír las cosas

terroríficas que decía. Al final, Desmond huyó del piso. Laura hizo jirones el vestido que llevaba después de haber destruido todo lo que podía levantar y arrojar. A continuación se puso a registrar las americanas de Desmond y encontró la agenda donde guardaba los nombres de varios clientes en tiendas de todo el país; todas las tiendas de postín tenían artículos del lujoso equipaje Clapper. Con algo de dinero que Clapper le había dado para comprar bebidas, Laura se fue a una oficina de Western Union.

«Ya sabes lo vanidoso que es el pobre Desmond –le dijo a Carlos–. También es taimado, ya lo sabes. ¡Y la Sombra atacó!».

Envió treinta telegramas; no tenía bastante dinero para todos los nombres de la agenda, le explicó a su hermano con pesar. El mensaje era idéntico en todos: «Estoy desesperado. Por favor, envíeme dos dólares». Y firmó: «Desmond Clapper».

–La Sombra… –dijo Carlos con afectuosa nostalgia. Laura lo miró sin comprender. Él empezó a doblar la servilleta.

–¿Qué estás haciendo, Carlos? –le preguntó–. No tienes que hacer nada, ¡Desmond nos invita a todos!

–Tendré que irme pronto –respondió de forma agradable y educada.

–Tomarás brandy con nosotros –dijo Clapper con vehemencia–. Espera…

–Pero Peter y Clara todavía están comiendo –protestó Laura.

–Dentro de poco, no me refería a ahora mismo –dijo Carlos.

–Había empezado a decir algo, ¿verdad, Desmond? ¿Sobre *mamá*? Cuando me operaron… –Laura dejó los cubiertos en el centro del plato–. Mi memoria…, ah, ya me acuerdo. El día después de la operación, ese espantoso segundo día, *mamá* vino a verme. Yo me

moría de dolor y estaba aturdida por los fármacos. Y ella dijo: «En Cuba hay una hierba…». ¡En Cuba! Y ahí estaba yo, gimiendo en un hospital de Nueva York.

–Sí, ya sé a qué te refieres –dijo Carlos.

–Me lo suponía –dijo su hermana en voz baja y amarga.

–*Toma leche,*[6] eso es lo que me decía siempre –dijo Clara con animación, intuyendo la oportunidad de lograr una comunión de sentimientos–. Incluso ya de mayor, cuando iba a visitarla a Brooklyn, una vez que me fracturé la muñeca, ella miró la escayola y me dijo: «Toma leche». Sí, eso decía siempre.

–La futilidad de todo –empezó a decir Laura.

Pero se calló y clavó la mirada en Clara, que retrocedió en su silla con los ojos muy abiertos, como si algo se hubiese abalanzado sobre ella para luego detenerse en el aire.

Con voz metálica, cortante, Laura preguntó:

–¿Y tomaste? ¿Tomaste leche?

Desmond, medio ahogado y medio nadando en la nueva ola de embriaguez provocada por su astuta apropiación de la mayor parte del champán, aún conservaba la suficiente sensibilidad como para percibir una tensión repentina y peligrosa. Salió de las profundidades líquidas de su mente como un buceador que irrumpe en la superficie marina.

–¡Eugenio! –gritó ofreciéndole esta perla a Laura–. Vive en la trastienda de su oficina, ¿lo sabías, Peter? Como el típico tendero de golosinas…, y cuenta historias de los Maldonada, de cómo cayeron de los Pirineos como *cucarachas.*[7] –Se rio con extravagancia. Había sido un acierto, todos le sonreían y, agradecido, repitió–: *Cucarachas…*

–¿Habíais oído alguna vez un acento tan atroz? –dijo Laura–. ¡Y mirad que contento se ha quedado! –Le dio una palmadita en la mano.

Él la apartó ofendido, pero estaba desconcertado por su sensación de agravio, y eso también le enfadó. Que se peleen, se dijo, yo me lavo las manos.

–¿Mi hermana te ha mencionado a los de Rojas, Peter? –preguntó Carlos sonriendo–. La otra rama gaditana. Fíjate en nuestras narices, la suya y la mía. *Nariz de Cádiz.*[8] Y si hoy fuese viernes, pues bien, algunos primos nuestros de Cádiz encenderían las velas de *sabbat* tras los postigos cerrados…

Laura lo interrumpió con una risa falta de alegría.

–Mi hermano tiene un sentido perverso de la leyenda…, además de sus otras perversiones –dijo.

Carlos rio como si Laura le hubiese dedicado un cumplido.

Clara observó que el camarero miraba sus platos. Se había dejado casi todas las vieiras; estaban muy bien presentadas, aunque frías y demasiado condimentadas. En la puerta del restaurante, el *maître* se inclinó sobre la lista de reservas. Cuando entró un grupo, levantó la cabeza como un animal oteando entre la hierba.

–Mi hermana se cree árabe –dijo Carlos–. Laurita, sabes que los árabes son semitas, ¿verdad? –No sabía por qué estaba tratando de provocarla, ahora que su huida estaba tan próxima. Y le irritó la sonrisita perspicaz de su hermana.

–Esos pobres árabes –dijo Desmond con voz triste y pastosa–. No le importan a nadie…

–Eso me recuerda… –dijo Laura–. Vi a un grupo de… –Se detuvo y sonrió a Peter– negros desfilando por la calle esta mañana. ¡Todos

llevaban fez! ¡Nada menos! Parecen sufrir una atracción fatal por los mayores esclavistas del mundo, ¿no es cómico? Y se les veía tan orgullosos, paseando con esos ropajes árabes. ¡Menuda broma es la historia! Me pregunto dónde irían.

–Y todos esos judíos –insistió Desmond– que viven aquí y envían su dinero allá. Qué derecho tienen a…

–Desmond, no sabes nada de eso –dijo Laura como si le divirtiera aquello–. ¿Por qué no iban a poder estar aquí? La historia no es más que un compendio de robos y matanzas. ¿Por qué no iban los judíos a intentarlo también?

–Laura –protestó Desmond–, lo sé, yo…

–Aquí viene el camarero –dijo Laura con calma–. Clara, pídete un postre rico.

–No, gracias. Estoy muy llena. Estaba delicioso, pero solo tomaré café.

–Calla –dijo Laura enigmáticamente.

–Café –le dijo Peter a Desmond, que estrujaba una carta en la mano.

Qué grotesca era Laura con esos súbitos cambios de humor, aunque él ya estaba acostumbrado. Su inconstancia era constante. Pero lo de Desmond era otra cosa. Peter comprendió cuánto lo aborrecía por su primitivo antisemitismo, por ese tosco odio irlandés que hedía como hierba pestilente y esos ojos que resplandecían por la convicción de que había seres inferiores incluso a él.

–Tomaremos todos brandy, ¿verdad? –decía Desmond sin conseguir ocultar su ansiedad–. Espero que hayas reparado en que no estoy fumando, Laura –añadió.

–Será porque te has olvidado el tabaco.

–Tráigame cigarrillos, maldita sea –le dijo Desmond resentido a un camarero.

–¿De qué clase, señor?

–La que sea.

–Debería ser «de qué marca», ¿verdad? –murmuró Laura a su hermano, que se estaba encendiendo un puro.

Carlos alargó el brazo y dejó la vitola junto a la copa de champán de Clara. Siempre le había dado esos anillitos de papel de sus puros, pero ahora las manos de Clara eran demasiado grandes. Ella se entristeció: ¿por qué?, ¿por las manitas de una niña?, ¿por la ilusión perdida de que Carlos le regalaba algo de valor?

–La tarta está excelente esta noche –dijo el camarero.

Pero no los miraba a ellos, sino que tenía los ojos clavados en las puertas por las que acababa de entrar un grupo muy numeroso. Hacían mucho ruido. El *maître* ni siquiera levantó la vista de la mesa donde tenía la lista de reservas y a Clara le alarmó la indiferencia con la que trataba a los recién llegados, casi tanto como si estos fueran a culparla a ella.

–O la mousse –añadió el camarero, apenas conteniendo su impaciencia por irse.

Laura lo miró, sonrió y esperó a que le prestara atención.

–¿Tiene usted prisa? –preguntó educadamente–. ¿Quiere que nos vayamos porque todas esas señoras y señores acaban de llegar? ¡Vaya por Dios! ¡Este restaurante debe de ser famosísimo!

–Por supuesto que no tienen que irse –dijo el camarero en voz baja y vehemente. La alarma lo había arrancado de su actitud distante; de pronto estaba demasiado presente y hasta se podía oír su respiración.

–Y es «qué marca» de cigarrillos –añadió Laura sin alterarse.

–Tomaré café, por favor –dijo Peter rápidamente.

–Todos tomaremos café –dijo Laura–. Si puede dedicarnos ese tiempo.

–Y brandy –dijo Desmond–. Un buen brandy –añadió. Pero el camarero ya se había ido.

–No iba a hacer que lo despidieran, Peter –dijo Laura.

–Lo has asustado con tus protestas –repuso Peter.

–No estaba protestando.

–Lo estabas intimidando –dijo Carlos–. Te has portado como una palurda.

Laura parecía preocupada, avergonzada.

–¡Carlos, no! No lo estaba intimidando, ¡pero él quería meternos prisa! ¿De verdad me he portado mal?

«Laura no puede juzgar su propia conducta –pensó Peter–; estalla y luego le extraña ver volar el vaso por los aires». Pero no creía que nadie, salvo Carlos, fuera capaz de hablarle con tanta severidad, porque el resto, incluso Clara, eran extranjeros, mientras que Carlos, aunque Laura pudiera ser una salvaje con él, podía dominarla simplemente porque era su hermano y su presencia invocaba un origen común, esa intensa intimidad casual como ninguna otra, la cruel afinidad de la familia. Peter se sentía agotado, frágil; bajo la superficie de la noche, algo oculto le estaba drenando su capacidad de respuesta. Siempre había contado con Laura para que lo rescatase, al menos un rato, de la costumbre superficial, para que reavivara en él un recuerdo de la vida de los sentimientos; esta noche, sin embargo, las constantes llamaradas de un temperamento

que siempre había creído exento de cálculo y prudencia parecían una mera exhibición mecánica.

–Hines. Tomaré brandy Hines –dijo Desmond. Y como anfitrión ofendido–: No os entiendo, de veras. ¿Queréis o no queréis…?

–¡Pídelo! ¡Pídelo para ti, maldita sea! –dijo Laura entre dientes.

Clara rompió la vitola con la que había estado jugueteando. El aire olía a mantequilla y a carne. La mano de Desmond se cerró en su brazo.

–Brandy Hines –le susurró–. ¡Del bueno!

A Clara no se le ocurrió qué decir. Por fin Desmond apartó la mano caliente y sebosa.

–Pero estábamos hablando de mi hermano Eugenio –dijo Laura en voz alta.

–Yo no –dijo Carlos riendo–. Yo nunca hablo de Eugenio si puedo evitarlo.

–Pero ¿lo has visto? –preguntó Laura.

Carlos se puso en guardia.

–Bueno…, sí. No recuerdo bien cuándo…

–Tengo motivos…

–Se había comprado un traje. ¡Espantoso! Como de sepulturero. En realidad vino él a verme. Lo oí tropezar en la escalera. Ya sabes que siempre tropieza cada tres peldaños.

–Es que Desmond se está volviendo loco para localizarlo. ¿Sabes que el mes pasado tuvimos que enviarle un telegrama para que pagase su parte de los gastos de *mamá*? ¡Su propia madre! ¿Por qué el pobre Desmond tiene que hacerse cargo?

–Siempre va de aquí para allá –dijo Carlos sin convicción.

–¿Y también tropieza cada tres peldaños? –repuso Laura con mordacidad.

–Oye –empezó Carlos–, este no es un tema para tratar delante de todos…

–¡Delante de todos! –exclamó Laura–. Peter, perdóname. Pero esto es insoportable. ¡No sabes cuánto tenemos que rogar a estos dos para que ayuden a su propia madre! ¡Clara, Clara! ¿Sabes cuánto pregunta ella por ti? ¿Y lo poco que se queja? ¿Lo poco que espera? Ay, cuánta razón tiene al no esperar nada… nada. Si no fuera por Desmond…

–Basta, Laura. ¡Basta! Además, iré a visitarla mañana –protestó Carlos.

–¡Mañana! –gritó Laura, y puso los ojos en blanco, abrió la boca y se llevó las manos a la cara, donde se pellizcó y amasó la carne como si quisiera fundirla con los mismos huesos.

Desmond, a quien el frenesí de su mujer había arrancado de su ensoñación etílica, dirigió miradas furiosas a los demás: ¿a quién tenía que culpar esta vez por haberla enloquecido?

El camarero llegó con el café, que les sirvió con ansiosa solicitud. Luego les mostró una porción de tarta oscura y los miró inquisitivamente. Nadie la había pedido, pero Peter la reclamó apresuradamente. Laura se había soltado la cara y estaba mirando el mantel, inmóvil como una muerta.

–Me he visto obligada a suplicar a los de la asistencia social –comenzó con voz inexpresiva en cuanto el camarero se fue–. Los hijos de mi madre son unos vividores, demasiado tacaños para casarse. ¡Imaginaos, hacerse homosexual para no mantener a una mujer!

Carlos no modificó su expresión de resignada paciencia. En cierto modo, parecía no escuchar las palabras de Laura, aunque soportase la rabia que las modulaba como una molestia natural e ineludible. Le murmuró algo que nadie más oyó. Un silencio cargado de una tenue invitación a la tregua descendió sobre ellos. Clara observó, con gran alivio, que había otras personas a unos palmos de distancia, pequeñas islas de gente en sus mesas, entre las que los camareros se movían, se inclinaban y se enderezaban. Algunos de los comensales parecían estar en familia, otros de celebración y otros guardaban silencio. Se preguntó qué aspecto tendría su mesa para los demás. En la tenue ambigüedad de la iluminación del restaurante, entre el rumor sostenido de la conversación y la comida, ¿habría observado alguien que mirara casualmente la mesa de los Clapper los estragos de las batallas que se habían librado entre ellos? ¿Era la aparente placidez y satisfacción de aquellas otras personas solo un artificio?

Clara se había asustado, pero el reproche de Laura a ella había formado parte del ataque más amplio contra Carlos. Por primera vez sospechó que, en realidad, Laura no esperaba que ella fuese a visitar a su abuela, pero esa idea no la consoló ni supuso ninguna liberación, sino solo una sensación de deriva.

Para entonces, Desmond ya había conseguido pedir brandy para todos. Carlos y Laura hablaban algo desganados sobre una película que ambos habían visto, discutiendo un poco, pero sin interés.

–¿Te sobra un cigarrillo? –le preguntó Laura a Peter.

Este apartó el trozo de tarta intacto y le ofreció la cajetilla, pero luego la retiró para abrírsela. Laura cogió un pitillo con cierta

brusquedad, se lo encajó a un lado de la boca y lo encendió enseguida, antes de darle tiempo a él. Luego lo miró con malicia.

–Lo siento –dijo ella–. Es asqueroso, ¿verdad? ¿Eso de ponérselo en la boca?

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando para tu agencia?

–Medio año –dijo Clara.

–¿No te gusta?

–No. No entiendo que alguien se entregue a un trabajo así. Es todo engaño, en realidad. No es como publicar libros. Supongo que de vez en cuando te debe de llegar algo que realmente te gusta, ¿no?

–De vez en cuando –repuso él.

La vio tomar un sorbo de brandy. De pronto le recordó a alguien… ¡Pues claro! ¡Clara tenía la nariz de Ed Hansen! ¡Qué extraño que no lo hubiese notado antes! Aún más extraño si cabe era que ya casi nunca pensara en Ed. Llevaba más de quince años sin verlo, y la última vez había sido un encuentro muy breve. No era una época de su vida que le gustase recordar. Acababa de separarse de su mujer, acababa de empezar a trabajar en la editorial y acababa de abandonar una novela que tenía casi terminada. En la habitación que alquiló después de dejar a Barbara había un escritorio pequeño, barato y con una gruesa capa de barniz donde, día tras día, había ido acumulando las páginas de su historia. Pero entonces, al llegar al último capítulo, el terror se apoderó de él. Era como si las páginas hubieran ocupado un espacio en su cuerpo que ahora quedaba vacío por su aparición en el escritorio, un vacío en el que se derrumbó. Estuvo a punto de volver con Barbara. En lugar de eso, fue a ver a los Hansen, que se encontraban temporalmente en la ciudad, y los

descubrió sumidos en una agria y desgarradora discusión sobre si debían irse a Carolina del Sur o a Long Island. No le habían servido de mucho entonces. Un año después de aquella noche, los Hansen también se divorciaron. ¿No hacía más bien veinte años? Durante demasiado tiempo él había renunciado a su propia historia; ahora no podía distinguir los años, los acontecimientos. En el mejor de los casos, sus vínculos con otras personas se habían erosionado; salvo por su larga amistad con Laura, su vida estaba prácticamente estancada.

–Laura –dijo, de pronto inquieto, intentando apartar la persistente sensación de tiempo perdido, de tiempo olvidado.

–Aquí estoy, querido –respondió ella de inmediato sonriéndole con una ternura extraordinaria, como si hubiese intuido algo y deseara calmar su angustia.

Pero ¿no sería su angustia la que había motivado la tierna respuesta de ella? Peter no sintió consuelo, sino miedo. ¿No sería que él había revelado, fugazmente, un sentimiento auténtico, que había abandonado la postura de ser su moderado adversario? Y si era eso lo que ella había reconocido, ¿qué importaba si Laura lo llamaba «cabrón» o «querido»?

–¡Bien! ¿Vais a contarnos algo sobre el viaje? –preguntó distante.

No funcionó; notó la debilidad de su voz, y también ella. Laura lo miró entre divertida y cómplice.

–Bueno, sí… Si os apetece que os lo cuente –dijo.

Los radiantes nombres de ciudades antiguas brillaron entre los detalles prosaicos sobre los hoteles y el itinerario. Con una meticulosidad peculiar e impropia de ella, Laura se empeñó en especificar una odisea de horarios.

Clara se bebió su café y se fumó los cigarrillos de Peter. El camarero volvió para llenarles las tazas a medida que las vaciaban y, cuando no estaba ocupado con otras mesas, se quedaba cerca y miraba con disimulo a Laura.

Ajena a la conversación entre Peter y Laura, que no la involucraba ni la implicaba, y a salvo de cualquier insinuación velada de Desmond –que estaba sentado a su lado, medio dormido, con una débil sonrisa intermitente ensanchándole la boca de vez en cuando–, Clara decidió pensar en Harry Dana. Lo invocó. Harry no quiso acudir. Recitó en silencio algunos rasgos del cuerpo de su amante, la piel blanca y tirante de los pómulos, los pezones como trozos de coral, una pequeña cicatriz pálida en el arco del pie derecho, sus manos grandes, limpias y sin carácter. Pero estos talismanes no evocaron a Harry. En su lugar, y sin que nadie la llamase, una figura se acercó lentamente por un largo pasillo hacia la luz del reconocimiento. Era su abuela, con una mano agarrada a la barandilla que recorría todos los pasillos de la residencia, una ayuda a los males de la vejez, una férrea insistencia en ellos. Clara miró a Laura desde el otro lado de la mesa.

–En tren, luego cogemos un autobús especial… –decía.

Las apasionadas acusaciones de Laura contra sus hermanos por abandonar a Alma podrían no haberse pronunciado. Y, sin embargo, ¿con qué derecho hacía su madre tales acusaciones? Laura se había ausentado durante años, como si estuviera muerta. ¿Qué iba a saber ella de la calle donde Clara y Alma habían vivido? ¿De las tiendas que cerraban una tras otra debido a los robos, del único mercado a ocho manzanas de distancia, de los coches que no paraban en los semáforos como si aquello fuese un territorio maldito, del penetrante

hedor de los gatos abandonados que solían refugiarse en el vestíbulo, del portal siempre entreabierto, incluso cuando hacía frío, que en verano dejaba entrar una débil brisa chamuscada por el humo de los coches, que arrastraba una tenue humedad rancia que olía a ceniza mojada? La gente se mudaba, la calefacción fallaba, la electricidad era intermitente; aparecían marginados deformes, se anunciaban como el nuevo conserje y luego también desaparecían. Pero había otros, y los paneles de madera del ascensor fueron llenándose de sus proclamas: amenazas, ofertas sexuales, nombres, números. Sin embargo, el último año que Clara vivió allí, Eugenio fue la única persona a la que vio por los largos y estrechos pasillos embaldosados. Siempre llevaba un maletín; la saludaba con una inclinación y se apartaba apresuradamente.

Los domingos, Carlos y Eugenio venían a comer, aunque si Eugenio vivía en el apartamento se marchaba temprano mientras Alma aún estaba cocinando. Y muchas veces, cuando se quedaba, se iba bruscamente al final de la comida, saludándolos rígidamente de uno en uno mientras se ponía un sombrerito en la cabeza.

Comían en el minúsculo comedor, un espacio donde apenas cabían una pequeña mesa redonda y cuatro sillas de respaldo recto. Aunque había una ventana, una oxidada escalera de incendios tapaba casi toda la luz. La cocina era un estrecho pasillo entre armarios de madera apilados como cajas. Los superiores nunca se usaban, ni siquiera se habían abierto. Allí Alma se movía artríticamente, a veces canturreando para sí, a veces tan falta de esperanzas que sus manos lisiadas perdían la fuerza para levantar las ollas y volver a dejarlas.

En el espacio estrecho y mal ventilado del comedor, sus dos hijos se sentaban muy tiesos, como prisioneros a punto de ser interrogados. Casi nunca hablaban. Clara pasaba todo el tiempo que podía en la pequeña cocina para escapar de la espantosa tensión que reinaba en la mesa, de la sombría mirada de los dos hijos, ya mayores, inclinados sobre su plato mientras Alma charlaba de vecinos que nadie había visto, de artículos de revistas ilustradas que no interesaban a nadie, de extrañas noticias de programas de radio que nadie quería escuchar. Quizá no fuese simplemente la tensión lo que empujaba a Clara a la cocina, quizá era el insoportable suspense, el tormento de cada domingo, de si Alma conseguiría, por fin, captar y mantener su atención, olvidarse unos instantes de que ellos no hacían más que someterse a ella, que su piedad filial no disipaba una indignación que la desconcertaba profundamente. Así que redoblaba sus esfuerzos por complacerlos, permitiendo al mismo tiempo que se notara la tensión de esos esfuerzos, un reproche a la crueldad de sus hijos que, a su vez, se volvía más cruel. Hijos y madre, un rompecabezas de tristeza que encajaba a la perfección. Y, sin embargo, Alma requería su presencia, la buscaba de numerosas maneras indirectas, batallaba contra ellos con sus sonrisas, sus chistes, su indefensión. Conocía el interés de Carlos, auténtico pero algo irónico, por los monos. Recortaba fotografías de monos y se las daba sonriéndole con coquetería.

Alma desconocía –que Clara supiera– que una vez habían detenido a Carlos mientras, según él, observaba las payasadas de los monos en el zoo de Central Park. Sin embargo, un joven gordo y corpulento había jurado que Carlos «tonteaba con su trasero». Se retiraron los cargos; Ed Hansen le dijo a Clara que el joven se había comportado

de forma repugnante en el juicio y el juez había desestimado el caso. Lo cierto es que a todos los Maldonada les divertían los monos, que, a fin de cuentas, reflejaban la ridiculez humana con sus payasadas simiescas. ¿Por qué no iban a atraer a personas que consideraban que hasta su propia conducta era una prueba mordaz de la profunda estulticia humana? De vez en cuando, Carlos asistía con un joven amigo a la comida dominical. *Pero ¡qué simpático!,*[9] le susurraba Alma a Clara mientras el joven entregaba a la anciana un ramo de flores que olía levemente a quiosco de metro o una cajita de fruta escarchada, y más tarde le cogía la mano y se reía amablemente de su acento.

A veces Eugenio rompía la monotonía granítica de la comida con una crónica mundana: una cena a la que había asistido. La cubertería siempre era antigua, de un valor incalculable, costaba una fortuna.

«¡Una fortuna!», repetía una y otra vez, con la vista clavada en el arroz y los frijoles de su plato, o en la gruesa y plebeya jarra de agua, o en los humildes cubiertos.

Cuando se iban, Alma se retiraba a su habitación, se deshacía los cordones de los zapatos negros y se acostaba mirando el techo, y Clara, atraída hasta allí, pese a su reticencia por los suspiros lastimeros de la anciana, por esa brisa intermitente de tristeza que era el único sonido que quebraba el silencio de aquellos atardeceres dominicales, se quedaba en el umbral asqueada, consternada por las largas hebras de pelo cano que se le habían soltado de las horquillas a su abuela y le caían sobre las mejillas y el cuello.

¿Qué iba a saber Laura de esos domingos, del lento y blando dolor de la tristeza de Alma, de la vida cotidiana en esas dos habitaciones

de las que, todos los lunes por la mañana, Clara escapaba para ir a las aulas de la escuela pública? ¿Cómo se atrevía Laura a afirmar su derecho exclusivo a compadecerse de Alma?

«Es una pena que no nacieras ya crecida –le había dicho Ed a Clara–. Tu madre detesta la indefensión natural».

Cuando él enfermaba, le dijo, Laura desaparecía durante días. A Ed parecía divertirle, como si fuera una simple curiosidad idiosincrática. Clara prefirió no preguntarle qué sentía en realidad. Y también había aprendido que Laura no odiaba únicamente la «indefensión natural». Su pavor a cualquier tipo de insuficiencia en el mundo era tan intenso que incluso lo que consideraba de mal gusto podía apartarla de alguien, como si la debilidad de un juicio estético o la simple ignorancia de otra persona la pusieran en peligro mortal. Pero ¿de qué? Sí que se había ocupado de la vieja señora Clapper, pero incluso en su disolución la anciana había dado muestras de ferocidad y, a fin de cuentas, no la había cuidado a cambio de nada.

–¿Clara? –Carlos se inclinó hacia ella–. Adiós, cariño. Te dejo con tu *mamá.* –Sonreía. Parecía contento.

–Carlos, ¿tienes que irte? –le suplicó Clara.

–Ven a verme pronto –dijo Carlos dándose la vuelta y dirigiéndose a la salida.

Nadie, pensó Clara, se despedía con la alegría de Carlos. Sintió frío. El grupo se había alterado drásticamente, más de lo que justificaría la ausencia de un solo un comensal. ¡El cariñoso, el reservado, el pícaro Carlos! Siempre resultaba fácil echarlo de menos; no dejaba ningún eco amargo a su paso.

Laura amasaba un trozo de pan entre los dedos. Peter dio un golpecito a su copa de brandy con un dedo y el pequeño tintineo fue como el ruido lejano de una boya. Laura empezó a hablar con Desmond en voz baja, sus palabras inaudibles. Clara se marcharía pronto. Cuando abriera la puerta de su casa, la noche empezaría a ser irreal, o irrealizable. Cuando pensara en ella, recordaría lo que siempre recordaba: su desasosiego, los típicos arrebatos de Laura y una sensación de haberse traicionado a sí misma que perduraría unos días, una semana, hasta quedar sepultada, aunque persistiría en sueños que la atormentarían o en momentos en los que no podría mirar a nadie a la cara. Había intentado describirle a Harry Dana cómo era su madre. No se le había pasado por la cabeza que Laura le pareciese una persona aburrida. Él le había dicho que no le gustaba cómo sonaba su voz cuando le hablaba de ella. ¿A qué se refería?, le había preguntado Clara. Él le había respondido que no estaba seguro de a qué se refería: pomposa, o afectada, o algo así. Al acordarse de eso se sintió irritada, inquieta, acusada de forma injusta. Solo había intentado entretenerlo.

Ayer por la tarde Harry había ido a verla. Se habían abrazado apasionadamente, como si aquello fuese una gran reconciliación. Con las caricias, sus manos se habían ido electrificando, sensibilizando hasta tal punto que sus dedos parecían retroceder de la carne del otro. Clara dirigió una mirada taimada a su madre, que no sabía nada de Harry Dana.

Entonces fue consciente de la conversación murmurada entre Peter y Laura. La voz de él sonaba tensa y forzada; su madre no parecía prestar atención pese a tener los ojos clavados en Peter. Él

hablaba de una escritora japonesa con la que había almorzado el día anterior y que le había dado una manzana pequeña, perfecta.

–Qué poético –comentó Laura.

Hacía unos meses le habían publicado su novela. Era la mejor que había pasado por su mesa en mucho tiempo.

–¿No será otra crónica más sobre temas de entrepierna? –preguntó Laura.

–No, no –dijo Peter rápidamente–. Para nada. Es una escritora seria. Es un buen libro.

–¿Un superventas? –dijo Desmond con una extraña risita–. Sé lo que significa «seria», Peter Rice. Que no vende, eso es lo que significa.

–En efecto –dijo Peter alegremente.

–Ganar dinero no tiene nada de malo –afirmó Desmond con indignación. Laura se echó a reír–. ¡Pues no! –protestó él–. ¡Y todas esas personas serias son las mayores farsantes que existen!

–Lo sé –coincidió Peter–. Pero esta mujer no es una farsante.

Habló de otros escritores, de otros libros que no le interesaban, de cifras de ventas para tranquilizar a Desmond, de cotilleos para entretener a Laura.

Pero se guardó su verdadera desafección por el mundo que con tanta frialdad describía. Le habría avergonzado revelar el desagrado que sentía por su trabajo, por aquello que él había acabado creyendo que hacía mejor. Ya no le gustaba leer. La visión de una página impresa lo llenaba de una náusea leve pero persistente. No leía nada, salvo los manuscritos de los que era responsable. Los fines de semana conducía lejos de la ciudad, se quedaba en un hotelito si encontraba alguno, pero más a menudo en moteles donde

veía programas de televisión o, si había un bar, se sentaba con una copa durante horas, o paseaba, hiciese el tiempo que hiciese, hasta que se cansaba lo suficiente para dormir. Pero al menos entonces se libraba del incesante bullicio del mundo editorial, estaba fuera del alcance de los expertos culturales, muchos de cuyos manuscritos acababan en su mesa y cuyos jugos intelectuales fluían, había acabado por creer, por ninguna otra razón que la emoción de mantener sus nombres en la página impresa, por el empeño en continuar, sordos a sus débiles voces que se apagaban como las de los cantantes ancianos, y no desfallecer por la enfermedad del anonimato, que no podían guardar silencio porque se creían en el deber de añadir su propio ruido al chirrido universal de la opinión, sus oposiciones contrarias o favorables igualmente sin sentido ya que solo anunciaban su voluntad de persistir. Sin embargo, sabía que también eran seres humildes y deprimidos, como los eternos pretendientes. Habían confiado su persona a la custodia pública, dependían de la atención despreocupada y fugaz que recibían. Cuando se publicaban sus libros, el teléfono de Peter sonaba constantemente, los autores llamaban sin cesar: ¿Por qué no los había reseñado fulano o mengano? ¿Por qué los había desatendido este o aquel? ¿Por qué los editores apenas los habían anunciado en los periódicos, en las revistas? ¿Por qué sus libros no estaban en esta o aquella librería? ¿Qué demonios les pasaba a los distribuidores? ¿Se había ordenado a los libreros que ignoraran sus libros porque sus opiniones eran impopulares? ¡Impopulares! El público tenía una boca tan ciega y ávida que se tragaba cualquier cosa, las fauces siempre abiertas en un estado de perpetuo apetito. Peter podía calmar a estos autores, tranquilizarlos. En su

departamento lo llamaban el Apaciguador. Y, de algún modo, sentía una fugaz afinidad con ellos, aunque solo fuera por la nula afinidad y la impotencia que sentía hacia los nuevos escritores, los que ascendían gracias a su fingida excentricidad y a su dominio de las tácticas empresariales.

–El mayor peligro son los almuerzos –estaba diciendo–. ¿Recuerdas cuando estaba tan gordo, Laura?

–Nunca has estado gordo, siempre has sido delgado –respondió ella haciendo peculiar hincapié en «delgado», con lo que insinuaba, supuso él, que siempre había estado en los huesos.

–Tardé años en aprender a no pedir lo que pedían los autores –prosiguió él–. Tienen muchísima hambre. Yo debo comer con frugalidad, pero sin ofenderlos. Son muy sensibles, no quieren parecer unos cerdos. Ahora me tomo una copa de vino blanco, una tortilla y mucho café para contrarrestar sus postres.

De nuevo se quedó mirando la nariz de Clara, aquel puente elegante y estrecho exactamente igual al de Ed Hansen. Se preguntó si sus ojos serían del mismo color que los de Ed. ¿Malva azulados? Pero la amplitud de su cabeza, los labios tersos, sus andares lentos y defensivos no le debían nada a Hansen y todo a Maldonada.

Fue Carlos quien le había presentado a los Hansen treinta años atrás. Habían ido hasta Long Island, donde Ed vivía temporalmente en una casa alquilada en el estrecho. Sus acomodos eran siempre temporales; como la vida, le gustaba decir.

Peter y Carlos habían cruzado los ventanales y allí estaban los Hansen, en un salón destartalado pero confortable. Era un día de primavera; la habitación olía a la tierra aún helada y a los primeros brotes verdes, a muebles de mimbre húmedo, a café y a los arneses

de cuero de los dos perros que tenían. Al poco de su llegada, un hombre vino del pueblo con una caja de licor y se quedó un rato para hablar con Ed. Hansen ya era conocido en el pueblo; no soportaba que no lo conocieran. En Europa o en Estados Unidos, siempre encontraba pueblos; nunca vivían en ciudades, solo las visitaban. Ed y el repartidor habían hablado de la llegada de la primavera y de lo que se podía pescar en las aguas del estrecho, que se ondulaban plácidamente justo al otro lado del descuidado jardín. ¡La luz era tan bonita, tan clara! Una luz pálida y virginal que Peter sintió en las mejillas como si procediera de los frescos pétalos de los azafranes que ya se marchitaban detrás de los ventanales pero todavía asomaban entre las peonías, y cuyos gruesos capullos del color de las ciruelas creaban un tatuaje insonoro al mecerse en la brisa. Entonces no conocía bien a Carlos; nunca había conocido a un español. Y allí estaban esos españoles. En el aire limpio y luminoso, Laura como una raíz oscura, esbelta entonces, movía su cabeza de peonía, sentada sin hablar en una butaca tapizada de cretona, mientras la luz del sol caía sobre la alfombra a sus pies y sobre las patas de la mesa de mimbre blanco en cuyo borde ardía un cigarrillo. Ella había dicho: «Supongo que tendría que ir a buscar un cenicero», y le había sonreído. Al recordar esa habitación y la mañana de primavera, Peter siempre pensaba que era allí donde había experimentado su momento más intenso de alegría, de optimismo, gracias a Ed Hansen y a su chaqueta inglesa, gracias a Laura, sus largos brazos cruzados sobre el corpiño del vestido ligero, sonriéndole y levantándose para ir a la cocina a por un cenicero. Porque las cámaras de Ed en sus fundas de cuero, las montañas de libros y revistas, las maletas todavía sin deshacer junto a la

chimenea transmitían una sensación de posibilidades infinitas, porque los Hansen le habían parecido brillantes, apasionantes y extraordinarios, porque jamás había sentido que el aire oliera tan intensamente a flores primaverales.

Un año después, él se había casado con Barbara. Ed se la había presentado. Le había parecido que también se casaba con los Hansen; quería casarse con ellos.

Se oyó hablar, pero fue como si su voz no le perteneciera. El ambiente de ese local era espantoso, con su penumbra artificial de restaurante romántico. Dio un respingo. Clara le había tocado el hombro, pero era Laura quien hablaba.

–¡Ven con nosotros, Peter! –exclamó con una extraña lentitud opresiva, como si estuviera en trance.

Volvió a resurgir en él la antigua esperanza de que todo era posible, de que podía volver a su piso, hacer el equipaje y dejarlo todo atrás, la necesidad de ganarse el pan –no tenía herencia–, la soledad de su vida. Pero esa esperanza era un cuchillo que lo desangraba. Miró a Laura enojado y apartó la vista a sus manos, que doblaban la servilleta. ¡Laura siempre intentaba calentar a los hombres! Siempre los excitaba para propósitos vacuos. Él ya era demasiado viejo para eso. Se dijo entonces que debía calmarse; Laura había invocado sus fugaces ilusiones, pero era él quien se engañaba, no ella. A punto estuvo de reírse de sí mismo y quiso explicarle a Laura cuánto le costaba ahora levantarse para ir a trabajar, para hablar, para pensar, para ducharse y comer y pagar las facturas, para seguir adelante un día tras otro. Solo quería guardar silencio y permitirse el pequeño capricho de verla de vez en cuando, una especie de vacaciones que le hacían olvidar un rato la exigua

semivida que había regateado y obtenido. Pero esas vacaciones ya no hacían maravillas como antes.

–¿Y por qué iba a hacerlo? –preguntó Peter con un punto de rencor.

Laura pareció turbarse, no por el rencor sino por la pregunta. «Por qué» no formaba parte de su forma de pensar.

–¡No seas tan cagón! –dijo Desmond disfrutando claramente de su grosería.

El placer fue efímero. La acidez le borboteaba en la garganta. Se pasaría despierto media noche, tambaleándose entre la cama y el cuarto de baño. En algún momento Laura encendería la luz y diría, con lúgubre paciencia: «¿Te traigo algo?». Era mejor, suponía, que en sus primeros tiempos, cuando Laura estampaba una lámpara contra la pared o le tiraba una radio a la cara, ¡como si su ira pudiera evitar que él vaciara las tripas en el retrete! Sí, todo iba mucho mejor. Ahora solo faltaba que se fueran dos; primero, ese editor pesado y aburrido, y luego, Clara. Laura y él volverían a su habitación y quizá pudiese dormir pese al mareo. Por la mañana pediría el desayuno, Laura le leería algún artículo gracioso del periódico con voz tranquila y se fumaría el pitillo hasta el final, como un chaval de la calle, mientras él hacía el equipaje. ¡Qué bien se le daba hacer el equipaje! Le había comprado un regalo a Laura que le daría cuando el botones subiera a por sus maletas: un pequeño huevo de Pascua de papel maché en cuyo interior había una aldea perfecta y diminuta que ella podría ver a través de un agujero practicado en un extremo. Le encantaría, a Laura le encantaban los regalos. Desmond esbozó una sonrisa y la miró. Laura estaba inclinada hacia delante con el puño apretado contra los pechos, la

cara ensombrecida, saturnina, completamente distinta de la mujer de sus ensoñaciones. ¿Por qué Laura le llevaba la contraria? Quiso zarandearla.

–No soy un cagón –dijo Peter con amabilidad–. Soy un esclavo de mi trabajo. Pero la próxima vez…, quizá a la próxima…

–Carlos nunca cambia –comentó Desmond con irritación.

Laura se incorporó en la silla y negó con la cabeza.

–Sí, sí que cambia. Todos cambiamos, nos volvemos deformes y horrorosos como los pobres zapatos negros de mi madre.

Al instante Clara vio los zapatos en el suelo de su apartamento de Brooklyn. En su única visita a la residencia de ancianos, había observado que Alma llevaba zapatillas. Eran exactamente iguales que las de su compañera de habitación, la señora Levy. La piel de la señora Levy tenía la textura y el color de una pálida galleta seca; se pasaba casi todo el tiempo en la cama con las zapatillas en el suelo, una junto a la otra como dos gatos viejos. Clara se las imaginaba durmiendo de noche, dos cuerpos femeninos inmóviles debajo de unas mantas institucionales. Supuso que todos los ancianos calzaban zapatillas. Pero ¿les permitían tener un par de zapatos? ¿Por si los sacaban a pasear? ¿Por si el mundo cambiaba y podían vivir entre los demás? ¿O para su entierro? ¿O quizá fuera que, al ser los viejos tan detestables, cuanto menos ruido hicieran, mejor?

Clara se temió que otra conversación sobre la edad volviese a centrarse en Alma. Si al menos pudiera gritar: «¡No sé por qué no voy a verla!». ¡Que Laura le dijese por qué! ¡O Desmond! Empezó a hablar apresuradamente de un artículo que había leído sobre las zarigüeyas. Se sintió ridícula al oír su propia voz elevarse con fingido entusiasmo, haciendo lo que Alma siempre había hecho: implorarles

mediante animales para protegerse del frío cada vez más intenso, exigirles que le prestaran atención aunque esta fuera tan artificial como su exigencia; pero haría lo que fuese para ocultarle a Laura los sentimientos confusos, blandos y culpables que le inspiraba su abuela. Ahora, con la velada a punto de terminar, estaba más asustada, se sentía más ajena a su propio ser que cuando había entrado en la habitación de hotel, donde la misma singularidad de sus infrecuentes encuentros con Laura le proporcionaba una especie de pantalla en la que poder interpretar una parodia de afinidad. Pero la bruma había empezado a disiparse horas atrás, cuando Laura le había dado la vuelta al dobladillo de su vestido para revelar a ambas la débil mentira de Clara. Se imaginó saltando por un paisaje desolador, una payasa avergonzada en un lugar vacío.

Cogió una cuchara de servir.

–En un cucharón como este cabe nada menos que una camada de zarigüeyas recién nacidas, cinco o seis.

Desmond miró la cuchara con ojos letárgicos. Clara se la acercó a los ojos.

–¡Aquí estamos! –chilló.

Laura rompió a reír.

–¡Hazlo otra vez!

–¡Aquí estamos! –chilló Clara con voz más aguda.

Laura se recostó en la silla y echó la cabeza hacia atrás. Su risa se extendió más allá de su mesa, grandes oleadas de un sonido tan alocado y alegre, tan gratificante que las personas que los rodeaban se volvieron a mirar y sonrieron. Desmond se reanimó, cogió la mano de Clara que sostenía la cuchara, la besó y también él se echó a reír, tosiendo y dándole palmaditas en el brazo. Laura lloró de risa

y se meció en su silla hasta que finalmente se calmó y se enjugó los ojos con la palma de la mano.

–Ay, Clara… –dijo en voz baja, con un curioso tono arrepentido.

La inesperada felicidad del momento arrancó a Peter de sus recuerdos y lo hizo sonreír de vuelta a su inconsciencia habitual. La velada había sido difícil, pero habían estado demasiado tiempo encerrados en esa habitación de hotel; el clima urbano era incómodo, espantoso, aquí estaban más desprotegidos que en el campo, y sin duda llegaba un momento en la vida –que él había alcanzado hacía tiempo– en que el tabaco, el alcohol y la comida pesada eran placeres negativos que nos animaban traicioneramente para luego hacernos caer en la ignominiosa conciencia de nuestra edad. Y él había hablado demasiado de su trabajo, no solo para entretener sino también obedeciendo al turbio deseo de refutar lo que Laura había dicho: que detestaba su oficio y qué pensarían de él sus compañeros de despacho. Le había escocido.

Pero entretanto había ocurrido algo.

Peter miró a Laura y luego a Clara. La joven estaba muy afligida. Laura tenía la boca abierta, los dientes apretados como si sufriera y sus dedos estrujaban el borde de la mesa. Desmond había alzado las manos, la joven negaba violentamente con la cabeza. Laura se levantó.

–¡Me has robado la voz! –gritó–. Me la has robado, no lo aguanto ni un segundo más… No puedo…

Y se apartó de ellos abriéndose paso entre camareros y mesas y comensales hasta la entrada del restaurante, donde pareció arrojase contra las puertas dobles para salir a la calle.

Siguió un silencio desconcertado en la mesa, hasta que Desmond dijo en tono neutro:

–Se ha dejado el abrigo de pieles.

–La secesión española –dijo Peter, y se arrepintió de inmediato.

–Pero si no he dicho nada –gimió Clara apretándose los puños en las mejillas.

–Algo habrás dicho –gruñó Clapper.

–Pero… ¡no es verdad! –exclamó desgarradoramente la joven–. Solo eso de las malditas zarigüeyas. ¡Qué he dicho, por Dios!

–Laura ha bebido demasiado –dijo Peter enseguida, sujetando las manos de Clara que estrujaban torpemente el mantel–. Estaba alterada. Marcharse es algo más que hacer el equipaje y las alegres despedidas. Se la veía angustiada. No ha sido culpa tuya, no seas tonta…

–¡Cállate! –exclamó Clapper cogiendo el azucarero como si fuera a arrojárselo a alguien.

Clara se levantó, los miró con una expresión de indescriptible congoja y se fue sin decir palabra. En el guardarropa, se detuvo y rebuscó en el bolso hasta encontrar su ficha. Cuando la mujer le dejó el abrigo en el mostrador, Clara vio el abrigo de pieles de su madre, resplandeciente, colgando de una percha. Se lo llevaría a Laura. Pero ¿y si Laura no volvía al hotel? Clara no podía llevarse el abrigo; quizá nunca lograra librarse de él. Al cruzar las puertas, con el corazón latiéndole con violencia y hundida en la desesperación, recordó que ese abrigo procedía de un rico pariente sudamericano de los Maldonada, propietario de minas y cultivador de orquídeas, que había mantenido un piso en el East Side de Nueva York para sus visitas de negocios, un ático que estaba vacío salvo unos pocos días

al año pero que limpiaba dos veces a la semana una anciana finlandesa. Ella lo había visto una vez, lo había oído telefonear a Berlín y luego a Londres. El pariente le ofreció un plato de frutos secos y le sonrió de forma desagradable cuando ella los rechazó. Era un hombrecillo rechoncho, con el pelo teñido de negro y dedos finos de yemas estrechas, que le hablaba en un español corrosivo e intimidante. El año pasado alguien le dijo que se había suicidado saltando por una ventana. Y Laura le había dicho, en una de esas lacerantes confesiones suyas, que se había «acostado» con él.

«Te contaré cómo conseguí ese abrigo –le había dicho. Y luego–: Soy terrible, ¿verdad? Estaba tan harta de no tener nada… –Y había meneado la cabeza, como maravillada–. Al parecer soy capaz de cualquier cosa».

La lluvia no había amainado. Si Laura no estaba en su habitación, Clara se había dicho que la esperaría en el vestíbulo hasta que su madre apareciese. No sabía qué haría entonces. Quizá sí que había pasado algo. Era esa sensación de novedad que lo arrancaba todo de su sitio habitual, esa insinuación de otra forma de ser, lo que probablemente explicaba su súbita ligereza de ánimo y su extraña alegría, como si estuviera a punto de librarse de la profecía para dejarse llevar por el azar.

Cuando Clara tenía seis años, su padre la había ido a buscar al piso de Alma para llevarla a otro de los apartamentos prestados de Nueva York donde los Hansen pasaban unos días. Ed se había detenido en la sala vacía y se había llevado un dedo a los labios para advertirle que guardara silencio, como si alguien durmiese. La condujo hasta un sofá, donde ella se sentó. De pronto un perro enorme entró desde otra habitación corriendo directamente hacia

ella, saltó al sofá y se sentó a su lado, jadeando de forma suave y uniforme. Luego, al alzar la vista, Clara vio a Laura en el umbral, sosteniendo un vaso donde flotaban unos cubitos, mirándola. Fue como si la hubiese mirado una piedra. De pronto Laura lanzó el vaso a la sala. No se oyó estruendo alguno; probablemente el vaso acabó aterrizando sobre una alfombra o una cortina que había atenuado el impacto. En aquel entonces Clara se había agachado junto al perro y ahora le pareció que llevaba agachada todos esos años, esperando que se rompiera el vaso como alguien que se sabe acusado de algo espera una explicación.

Era más soportable que la acusasen –aunque fuera una acusación grotesca– de robar una voz que del irreductible hecho de su existencia. Pero ¿qué podía hacer si su voz era igual que la de su madre? Pensó entonces en la objeción de Harry Dana de cómo «sonaba» ella cuando hablaba de Laura. Quizá hubiese una pizca de verdad en la acusación de su madre. Clara habló en voz alta, como si estuviera al teléfono: «¿Diga? Hola, ¿eres tú, Harry?», y al oír en su propia voz la entonación de Laura se sorprendió tanto que rio de puro desprecio, con inquietud, pero sintiendo a la vez una extraña sensación de triunfo.

–Hola de vuelta –dijo un hombre que se había detenido a mirarla. Llevaba el cuello del abrigo cerrado con un enorme imperdible.

Clara se apresuró al hotel, cuya entrada veía ahora a una manzana de distancia. Había un cubo de basura volcado en el bordillo, quizá una prueba del paso de Laura. «El problema es que no creo a nadie, solo a Laura», pensó.

En el vestíbulo reinaba la típica calma de las sobremesas. Había algunas personas dormitando en la penumbra. Clara subió a la

planta de los Clapper. Pasó las habitaciones, ahora cerradas y silenciosas, donde Randy Cunny había celebrado su debut literario. Había un vaso de papel en el suelo, eso era lo único que quedaba. Nadie respondió cuando llamó a la puerta. Escuchó largo rato con la oreja pegada a la madera. Si Laura estaba dentro, se hacía la muerta. Eso era improbable; no era dada a enfurruñarse en silencio. Lo más natural era que se hubiese arrojado temerariamente a las calles lluviosas en un estado de exaltada indignación, un abandono que Clara casi envidiaba, como el de una bailarina en un frenesí de movimiento puro, de mente absorta en el cuerpo.

Encontró en el vestíbulo una butaca protegida por una planta de plástico y que apenas se veía desde el mostrador de recepción. Enfrente, en el otro extremo, colgaba de la pared un gran espejo cuyo marco era una gruesa trenza dorada. Vio, reflejada en él, una sombra que debía de ser ella misma, y otras sombras, indiferenciadas, ambiguas, moviéndose con indolencia de aquí para allá. Y pensó en la historia de Alma, de cuando se había mirado en un espejo por primera vez un par de semanas después de cumplir los dieciséis años, una historia de una inocencia tan límpida que Clara casi no se la había creído y que, sin embargo, reverberaba con los ecos de una época, una clase, una forma de vida que había desaparecido para siempre. Alma se la había contado un domingo por la mañana mientras preparaba la comida, contenta al inicio del día por su vana ilusión de que, esta vez, el final fuese distinto.

En La Habana había ido a recibirla la prima de su prometido, la *señora*[10] Gonzaga, a quien no conocía. El viaje desde España, durante el cual había cumplido los dieciséis años con las olas, había sido difícil. Ella no sabía nada del lugar adonde iba, de Cuba, de los

primos, del futuro marido cuyo ferrotipo le había dado más miedo con cada día que pasaba en altamar. Luego siguió el viaje por tierra hasta la plantación acompañada de esta mujer pequeña y austera que le iba diciendo que fuera más recatada al sentarse, que hablara con menos premura y, sobre todo, que respirase con más delicadeza y menos entusiasmo: no se la tenía que oír respirar.

Lo primero que le había sorprendido al llegar a la plantación eran los cepos donde castigaban a los esclavos y había gritado por su fealdad. La señora le había advertido de que no debía fijarse en esas cosas. Alma no descubrió para qué servían hasta meses después. Después de atravesar grandes estancias silenciosas y subir por una amplia escalera curva, la *señora* la condujo a una habitación que era más grande que el salón de sus padres en Barcelona. Había un olor extraño, amargo y penetrante en todas partes; le pareció que era vegetación, como las nuevas hojas verdes de la primavera. Tenía que descansar; la colcha de la inmensa cama ya la había retirado una joven sirvienta que le sonrió mientras la ayudaba a desvestirse, pero sin decir palabra. Cuando la dejaron sola, se acercó a las amplias ventanas. Los campos de caña de azúcar se extendían hasta donde le alcanzaba la vista, inmóviles en el aire tranquilo de la tarde. Las hojas con forma de abanico de las palmeras del jardín le parecieron monstruosas, antinaturales. Aunque nada se movía, el cielo púrpura destilaba una violencia silenciosa y el anochecer se desplegó como una gran ala que cubrió todo lo que era familiar en su vida, los antiguos cielos lejanos de una infancia que apenas acababa de terminar.

Cuando anocheció, las criadas le trajeron un vestido que manipularon con ternura, como si fuera un inválido. La vistieron, le

recogieron el pelo en lo alto de la cabeza y, por último, le dieron un abanico de marfil en el que un desfile de vistosos pavos reales se contraía o ampliaba con el movimiento de sus dedos. Las dos criadas la dejaron en la puerta de la habitación. Alma miró la larga galería; al final había una escalera. Oyó el murmullo de numerosas voces que subía del piso de abajo. Allí también estaría el *señor*[11] Maldonada. ¿Qué demonios iba a decirle? ¿Cómo debía dirigirse a él? Sin embargo, avanzó ligera por la galería rumbo a su destino. Era curiosa por naturaleza; a diferencia de sus hermanas, estaba llena de preguntas. Vio, acercándose por el otro extremo, a una joven tan hermosa que empezó a sonreír con timidez y placer. Se llevó el abanico a los labios. La joven hizo lo mismo. Comprendió que era ella, reflejada en un gran espejo de cuerpo entero al fondo del pasillo. Así que Alma había recorrido esa distancia inimaginable por un matrimonio concertado sobre el que nadie le había preguntado; había sufrido las primeras violaciones de su intimidad en los confines del pequeño barco, solo para descubrir la realidad de su persona, vislumbrada al completo por primera vez en la víspera de su boda con un desconocido de treinta y ocho años.

Clara se levantó mientras veía su movimiento borroso en el espejo. Miró su reflejo solo un instante, inclinó la cabeza y se marchó del hotel. Esperar a Laura era inútil. ¿Qué iban a decirse? Le pareció mejor irse a casa. Cuando los Clapper regresaran de su viaje, volvería a verlos. No comentaría nada de esta noche, sería como si nunca hubiese ocurrido. Clara tenía otras cosas en qué pensar. Mañana planeaba tomarse el día libre. Iría a Nueva Jersey con Harry, que tenía un cliente allí. Era la primera oportunidad que se les presentaba de pasar tanto tiempo juntos.

En el restaurante, Peter Rice se defendía de las broncas acusaciones de Desmond.

–No he hecho nada –protestó enojado–. Lo sabes muy bien. También sabes que Laura interrumpe así su aburrimiento porque, cómo no, solo le preocupa su propio estado de ánimo. Por eso es nuestra niña mimada. Es de esa chica de quien deberías preocuparte…

–¡Esa chica sabe cuidar de sí misma! –exclamó Desmond–. ¿A qué viene tanto parlotear de ella? Está acostumbrada. Más le vale. Es a mí a quien le espera una nochecita de mil demonios. Laura no se calmará. Yo soy el que ve a Laura. Todos vosotros solo os sentáis a su alrededor y la observáis.

–¿Todos? ¡Si ya casi no queda ni uno vivo! –Peter soltó una carcajada sonora e indignada.

Clapper le zarandeó el brazo.

–¡Basta! ¡Basta, por favor! –le rogó–. ¡Mi vida con Laura me tiene totalmente agotado!

Sin que por eso le cayera mejor, Peter sintió una pizca de compasión por él. Entonces Desmond vio la cuenta que había dejado el camarero. La cogió y se la acercó a la cara con los ojos entornados y la boca tensa y desconfiada mientras sumaba las cifras.

–Ya pago yo la mitad –se ofreció Peter.

Desmond lo miró con desprecio.

–Ni hablar –gruñó–. Esto es cosa mía.

Hacía rato que Laura había pasado de largo ante el hotel. Entonces corría hecha una furia, sintiendo un placer amargo al ver que los

peatones le cedían el paso, asustados: una Furia sin abrigo, empapada y con los dientes castañeteando de frío.

¡Esa chica! Esa chica con su boca abierta, su estúpida timidez. Y Peter Rice, esa cáscara de insecto, un maldito vampiro que le chupaba la vida, esa maquinita cristiana sin sangre en las venas con su intolerable delicadeza. Qué tenía ella que ver con semejantes seres, qué tenía ella que ver con el viejo Desmond, de inteligencia gruesa y tobillos también gruesos y su infantil robo de alcohol, o con el libertino de Carlos… Sin embargo, al pensar en Carlos, Laura se echó a llorar. ¡No entendía nada! El obstinado misterio de sus impulsos era castigo suficiente por lo que fuera que hubiese hecho; creía haberlos adormecido hacía tanto tiempo que se habían marchitado igual que ella, pero estaban despiertos, las viejas bestias de su vida, tan despiadados, tan crueles. Sollozó sonoramente, notándose el espantoso cabello pegado a las mejillas, lacio y sin forma. Necesitaba desesperadamente ir al baño. Sentía que no podía hablar con nadie, que era una repudiada del habla; que, si hablaba, no habría palabras sino solo un balbuceo bárbaro, que no había lenguaje para el tormento de lo que sentía, de su soledad. Pero no quería a nadie. Solo presencias animales, un perro que la observara en silencio, un gato que se levantara de pronto con las patas apoyadas en el alféizar de la ventana para seguir el vuelo de un pájaro. La absoluta quietud de la vida animal, ese lento hundirse en el eterno presente que era la sensibilidad animal, y recordó que en una ocasión había soltado una cuerda anudada ante la jaula de un león en el zoológico, sin mirarlo pero plenamente consciente de su interés mientras ella desataba lentamente la cuerda, ella y el león embelesados en la unidad de su atención, vivos en ese momento de

una forma tan peculiar y definitiva. A Ed le había encantado lo que había hecho; no la había creído cuando le había dicho que podía captar y mantener la atención de un león.

¡Leones! ¡Había emprendido un largo viaje por África!

Sintió una pena inmensa. De pronto, la muerte de su madre le inundó el torrente sanguíneo, le penetró en las tripas y en el tuétano. Le pareció que iba a orinarse en plena calle –su vejiga ya no aguantaba más–, que nada se interponía entre su presente y la vida que se le escurría. Intentó imaginarse el negro resonar de las campanas de Compostela, ese repique procedente del mismísimo vacío. Luego vio el parpadeo azul de un neón, que anunciaba: «Bar».

Aferrando el bolso con ambas manos contra el pecho, abrió la puerta que daba a una sala oscura y, sin mirar a nadie, se dirigió a una puerta del fondo donde ponía: «Nenas». Oyó el ruido ahogado de un inodoro y entró en el otro cubículo vacío. Gimió de alivio, con los brazos en las rodillas y el bolso mojado resbalando al suelo embaldosado. Lloró y tosió, pero se dijo que, al menos, no había tenido que ver a Desmond pagando la cuenta. Siempre le parecía ofensivo.

4. EL MENSAJERO

Desmond estaba casi sobrio, pero tenía el cuerpo hecho un desastre; no se encontraría bien hasta después de dormir. Sin embargo, no podía desplomarse en la cama y enterrarse bajo las mantas. Tenía que esperar a Laura. Tenía que sufrir lo que el sueño le habría ahorrado. Una camarera les había abierto las camas y se había llevado las botellas y los vasos vacíos. La habitación todavía olía a tabaco. Desmond se bebió varios vasos de agua. Vomitó con violencia y se oyó gemir: «¡No!».

No pudo abrir más que una rendija de la ventana. Abrió la puerta que daba al pasillo y se apoyó en ella hasta que se ventiló la habitación.

Fue al escritorio y desparramó toda la parafernalia del viaje: pasaportes, billetes y recibos diversos. Leyó la letra pequeña de los horarios ferroviarios y desdobló el plano del barco con la mente en blanco. Había señalado su camarote en el laberinto del plano; puso el dedo en la cruz, notó un aleteo en el corazón y se sitió cobarde, débil y confundido.

Pasó una media hora. El aire en la habitación estaba frío, pero seguía viciado. Se le había olvidado cerrar la ventana. En la cubierta interior de su pasaporte había un espacio para escribir el nombre del familiar más cercano. Le pareció preferible poner a Carlos. Sus padres estaban muertos; no tenía hermanos ni hermanas. Nadie. Le

quedaba Ellie, pero a Laura no le gustaría que pusiera el nombre de su hija. Tampoco tenía ningún interés en ella; quizá fuese algo lamentable, pero era la verdad.

A las diez y media se puso un albornoz. ¿Dónde estaba su petaca? Rebuscó en un maletín pues recordaba que la había rellenado hacía dos días, cuando Laura había ido a despedirse de su madre. Era una petaca de plata con sus iniciales grabadas que le había dado años atrás una chica de quien no recordaba el nombre ni la cara. La encontró, la destapó y bebió un trago largo. ¡Dios! ¡Qué renovador! ¡Qué alivio! Recobró la sensación de ser él mismo. Pero no debía beber más; ¡ya se conocía todas las sutiles trampas del alcohol!

La habitación estaba helada. Sacó la bata de Laura del armario y la extendió sobre la cama. Había metido en el equipaje todos los libros que había traído Peter Rice menos el que pensaba que Laura querría empezar a leer esa misma noche. La conocía tan bien…, sabía que era capaz de leer en cualquier circunstancia, hasta en un cataclismo, hasta en un cataclismo del que ella fuera responsable. Había seleccionado una novela policíaca. La abrió por la primera página: «El inspector Guthorn saboreaba su segunda taza de té chino cuando el teléfono…». Dejó el libro en la mesita de noche.

Laura no llamaría. Hasta que no se le pasara, fuese lo que fuese, no recordaría para qué servían los teléfonos. Por la puerta abierta del baño vio el abrigo de pieles que había colgado de la barra de la ducha. Le había enfurecido tener que cargarlo por la calle desde el restaurante, le habría gustado tirarlo a una alcantarilla. Pero es que valía lo suyo… Entró en el baño y lo sacudió. El pelaje seguía húmedo por la lluvia y captó un discreto olor animal. Caro. Cuando había dejado la ficha del abrigo en el mostrador, se le había olvidado

darle una propina a la chica del guardarropa. Pero no podía volver al restaurante. Había caminado bajo la lluvia aferrándose al maldito abrigo y odiando su vida.

El asunto del abrigo, de su procedencia, era un tema que no se podía mentar. Laura le había dicho que se lo había regalado un anciano pariente cuya esposa había fallecido. Él no acababa de creérselo, pero no sabía qué creer si no. Años atrás, cuando le habían dado el abrigo, Laura ya era demasiado mayor para recibir esa clase de regalo de un amante.

Vio el periódico doblado en una silla. Consultó las noticias marítimas y encontró el nombre de su barco y el horario de partida.

Oyó un ruido en la puerta y se acercó rápidamente. Era una especie de forcejeo, un roce como si alguien se apretara contra la pared de una habitación a oscuras. Fue a abrir la puerta, pero antes preguntó:

–¿Laura? –Oyó un grito ahogado–. ¿Eres tú?

Podía ser una borracha o dos cómplices que pretendieran robarle.

–¡Déjame entrar!

Desmond abrió la puerta. Allí estaba Laura, tiritando con la cabeza gacha. Le pasó un brazo por los hombros encorvados y se le mojó al instante. Estaba empapada. Mechones del pelo mojado le rozaron el cuello.

Se la llevó al baño y la desvistió, cogió una toalla y la frotó como si almohazara un caballo. Desmond se sentía feliz, a salvo. La descalzó, hizo que se sentara con cuidado en el retrete y le frotó los pies. Entonces la dejó sola un momento y fue a buscar la petaca. Pero cuando se la acercó a los labios, ella abrió los ojos, le arrancó

la petaca de las manos y la lanzó al suelo del baño. Luego empezó a gemir. Él oyó palabras. ¡Pero eran en español! ¡Eso no, por Dios!

Le levantó la cabeza. Laura tenía los ojos cerrados y le notó la mandíbula rígida bajo sus dedos.

–¿Qué pasa? –le gritó.

–Mi madre está muerta –susurró Laura–. Está muerta…

Dejó caer la cabeza sobre la tripa de Desmond; los gemidos de Laura eran como un murmullo en su estómago. Él se quedó mirando la pared. No entendía lo que su mujer acababa de decirle. La palabra «muerta» había resonado como el choque de dos bolas de billar, dos sílabas como golpes, duras como la madera.

La ayudó a levantarse, la acompañó al dormitorio, a la cama, y le puso el albornoz. Laura se quedó sentada al borde de la cama, encorvada, con el pelo mojado de punta, gimiendo. Por un momento, la aborreció.

Desmond encontró las zapatillas y se las puso. Vio que Laura tenía los dedos de los pies rojos e hinchados. Era por los zapatos de ciudad; en el campo iba a todas partes con zapatos blandos de lona. Intentó que se acostara porque sentada le resultaba particularmente amenazadora, como una estatua a punto de desplomarse y aplastarlo. Pero ella se resistió y continuó precariamente erguida.

–Tenemos que decírselo a Eugenio y Carlos –dijo Laura. Alzó la vista para mirarlo y volvió a repetir muy despacio lo que le había dicho.

–Pero… ¿cómo lo sabes?

–Me han llamado de la residencia esta tarde, cuando hemos vuelto.

–Pero Laura, no se lo has dicho ni a Carlos, ni a Clara…

Se quedó callada.

–No me lo has dicho a mí.

Laura se cubrió los ojos con las manos.

–¡No hagas eso! –Se dejó caer en la cama mirando el techo.

–¿Por qué? –A Desmond se le quebró la voz.

Recordó que al volver esa tarde, Laura se había dirigido al ascensor diciendo: «Querido…, vamos, vamos…», por lo que él solo había echado un vistazo al mensaje que le había entregado el recepcionista: solo decía que habían llamado de la residencia de ancianos –probablemente la vieja Alma quería decirles *adiós*[12] otras cien veces más– y había pensado que ya se lo diría a Laura más tarde; siempre podía llamar a su madre por la mañana y despedirse entonces…

–¿Por qué? –volvió a preguntarle pensando que tendría que registrarse los bolsillos para encontrar ese mensaje y tirarlo.

–Era mía –susurró ella.

A Desmond le pareció insoportable el absurdo que Laura acababa de decir.

–¿Qué? –preguntó con brusquedad.

–¡Mía! –repitió Laura–. Ellos no se merecen… No le daré a Carlos el gusto…

Desmond dio un respingo. ¡El gusto! Laura habría querido decir alivio. Lo último que deseaba era aclararlo. No estaba obligado a entender todo lo que decía Laura. A veces le parecía que vivía la vida de un camarero. En este caso –a fin de cuentas, la muerte de una anciana no era una tragedia–, era él quien desde hacía mucho tiempo se encargaba de la parte económica de la muerte: comprar la parcela, entregar la escritura a la residencia de ancianos, firmar

los papeles. Era él quien liberaba a su mujer de la vida oficial. Hacía un par de años Laura le dijo, después de que él volviera de la residencia: «No me cuentes lo que has hecho. No digas ni una palabra».

Recordó un comentario que le hizo su exmujer tiempo atrás. Los padres de Desmond habían muerto el mismo año y los enterraron en un cementerio de las afueras de Boston, donde habían pasado sus últimos años. Sin embargo, cada vez que él regresaba a Nueva York, le era imposible explicar a sus amigos por qué se había ausentado. Tuvo que ser la anterior señora Clapper la que anunciara sus muertes. «Es como si te humillase que tus padres nos hayan dejado», le dijo ella. ¡Cuánto odió ese «nos hayan dejado»! Pero quizá su exmujer tuviera algo de razón. La palabra *gusto* resonó en sus pensamientos. Alivio, gusto, humillación. Pero ¿tristeza y dolor? Se estremeció al pensar en esas regiones del sentimiento; por un instante, percibió su obstinada limitación. La percibió sin introspección, del mismo modo que alguien puede reconocer que ha mentido pero luego, como un provinciano enojado por una visión fugaz del ancho mundo, empieza a menospreciar ese mundo. La gente solo se preocupa de sí misma. Sintió una amarga decepción.

–Bueno…, pues adiós al viaje –dijo.

–¿El viaje? –preguntó Laura. Se echó a llorar de nuevo.

–Aplazado, entonces –dijo él para calmarla.

–Les he dicho que el funeral tiene que ser mañana. Al final la enterrarán al día siguiente de morirse, como a una judía.

–¿No se lo quieres decir a Carlos, Clara y Eugenio?

Laura gimió.

–¡Ayúdame! Ayúdame, no sé qué hacer.

Desmond se puso frenético. Laura parecía tan pesada, ahí acostada… ¿Y si tenía que levantarla, vestirla, hacerla andar?

–¡Tú no tienes que hacer nada! –exclamó.

–Cuánto odio esa sensación –dijo ella–. Siempre siempre igual. Alma siempre ha estado ahí, esperando que yo hiciera algo por ella, por su vida. ¿Qué podía hacer yo? ¡Dios! ¿Recuerdas lo que te dije? ¿Que solía marcharse y dejarnos solos? Desaparecía durante días y los vecinos tenían que darnos de comer.

Desmond no soportaba su expresión aturdida, pero los ojos de Laura centellearon y él notó que se esforzaba para alcanzar algo, que se esforzaba como si fuera a estallar.

–Cuando volvía, la oíamos canturrear en la cocina. ¿Acaso no recordaba que se había ido? Cloqueando, cantando, diciendo que nos habíamos quedado sin aceite de oliva, besándonos, besándonos mientras nosotros nos apartábamos de su cara, de sus manos, incapaces de preguntarle dónde había estado, sin saber hasta años después que se quedaba con esa vieja bruja, Gonzaga, en su *suite* del Plaza. Al volver de clase siempre sabíamos si ella se había ido, sentíamos el vacío de la casa y los tres nos quedábamos sentados en la sala intentando decidir dónde iríamos a cenar. Todos hablábamos en español cuando estábamos solos, nunca delante de los vecinos que quizá nos alimentaran, que movían la cabeza y se compadecían mientras nosotros pensábamos qué nos darían de comer y qué pasaría si esta vez ella no volvía…

–No, Laura, para. Te pondrás enferma. Pero no entiendo cómo te has pasado toda la noche sin decir nada. ¡Si me lo hubieras contado!

Laura se incorporó con la manta subida hasta la barbilla, sorbiendo por la nariz y mirando a su alrededor con desconcierto. Él

también se sintió atrapado entre las miserables comodidades de la habitación de hotel.

–No podía –dijo ella con desesperación–. No habría soportado ver su malestar porque entonces tendrían que hacer algo. Y yo quería, por una vez, ser la única, la única que lo sabía…

–Supongo que no importa… –dijo él, y se le apagó la voz.

–Pero ella no abandonó a Clara. Nunca dejó a Clara. –Laura cogió la mano de Desmond y la soltó enseguida, como si le repugnara, como si fuese algo inútil–. Mi madre era muy inocente. Se negó toda la vida a saber qué es la vida.

–Llamaré a Carlos –dijo él.

–¡No! –gritó Laura–. No por teléfono. No quiero que lo sepa por teléfono. Y no responderá si está acompañado. Alguien tiene que ir a verlos a los dos, a Carlos y a Eugenio.

–No quiero dejarte sola.

–¡No puedes dejarme sola!

–¿Llamo a Clara? ¿Le pido que vaya a verlos?

–¡No! –resonó la voz de Laura–. ¡Ella no! ¡Ella no debe saberlo!

Desmond empezó a protestar, pero Laura lo miró con tal inquina que se apartó. Se levantó y se acercó a las ventanas pensando: «Se ha vuelto loca».

–Llama a Peter Rice –dijo Laura–. Él los irá a buscar y se lo dirá.

–De acuerdo –dijo agradecido.

Peter respondió al quinto timbrazo. Desmond le explicó brevemente por qué lo llamaba. Y entonces, aunque pretendía decirle que acababan de enterarse de la muerte de Alma, se oyó contando la verdad. Pero no había motivos para mentir: no le incumbía a nadie preguntar por qué Laura se había guardado la

noticia toda la noche. Oyó que Peter contenía la respiración y su incrédulo:

–¿Quieres decir que ya lo sabía esta tarde?

Desmond respondió rápidamente:

–Esa no es la cuestión. La cuestión es que ahora no puedo dejarla sola. Así que si pudieras ir a verlos, ya sabes que Eugenio vive en la trastienda de su oficina, y en cuanto a Carlos…

–¿Y Clara? –lo interrumpió Peter.

–Clara no… –empezó a decir Desmond.

Pero Laura le arrebató el teléfono y se lo llevó a la oreja. Pareció escuchar un minuto y luego habló:

–A Clara no hay que decírselo. No le interesaría.

Le devolvió el teléfono a Desmond. Él no oyó nada.

–¿Sigues ahí? –preguntó.

–Sí –dijo Peter débilmente.

Desmond le dio la dirección de Eugenio. Peter sabía dónde vivía Carlos.

–Te estamos muy agradecidos; no te puedes ni imaginar…

Pero Peter había colgado. Ya estaba hecho.

–Tendremos que recoger sus cosas. No sé qué haremos con ellas. ¿Crees que en la residencia se encargarían? No tenía mucho.

Él volvió a tomarla de la mano y esta vez Laura la dejó entre las suyas. Se miraron en silencio. Finalmente ella dijo:

–Lamento lo del viaje.

–Solo es un aplazamiento.

–Lo lamento todo, la forma en que he salido corriendo esta noche. No sé qué me ha pasado. Ni siquiera recuerdo el motivo.

Desmond se llevó la mano de Laura a los labios y la besó.

–*Mamá* tuvo una vida horrible.

Él asintió, sin que apenas lo tocara el significado de las palabras. Le había conmovido la suavización de sus facciones, la calma en esa cara que le pertenecía solo a él, a la intimidad que había entre ellos.

–Desmond. Era una joven guapísima.

–Lo sé.

–Pero ella nunca lo supo. Nunca supo qué era en ningún momento de su vida. Tenía esa idea de la sumisión, ¿sabes? Se sometía a todo el mundo; eso era ser buena. Escucha…, me alegro de que se haya muerto. Me alegro de que todo haya terminado para ella.

Desmond entendía muy bien lo que le decía. Todos se alegran cuando los viejos mueren. Alegrarse no tiene nada que ver con darse el gusto. Laura no se refería a eso. Laura decía la verdad… la verdad de cada momento. Él podía alegrarse con ella. Era lo mejor para los ancianos que renqueaban sin rumbo por los pasillos de los asilos como perros viejos, aturdidos por la edad y la enfermedad, sin esperar ya nada.

–Comprendo lo que dices –dijo él con vehemencia.

Ella le dirigió una mirada sumamente sombría.

–No lo creo –respondió.

5. LOS HERMANOS

De noche, en la ciudad, las cosas nunca eran invisibles; siempre había algo a la vista, como si estuviera al acecho. Ninguna noche era realmente negra en la ciudad. El día se escurría y la noche llegaba diluida por una pálida, aunque despiadada, luz artificial. Si alguien despertaba de pronto, no había escapatoria de esa visión. Peter Rice, con la mano todavía sobre el teléfono que al sonar lo había arrancado de su breve sueño, estaba en la sala con el pantalón del pijama enrollado en la cintura y los pies descalzos helados en el suelo. La luz de la calle dejaba entrever la masa oscura de sus posesiones. Muy a su pesar, fue a encender las luces: una cerca de una librería, otra cerca de un sillón y otra que colgaba del techo sobre la mesita redonda donde comía.

A medida que la habitación se revelaba, uno, dos, tres, mostró cierta novedad; era suya y, sin embargo, por un momento él no fue de ella. Solo había dos cosas personales. Una era un dibujo de Ed Hansen que colgaba junto a la puerta que llevaba a su estudio: un boceto de Peter y Barbara que Ed había dibujado unos meses después de su boda. Aparecían sentados en el suelo, apoyados en el tronco de un manzano. La mano de Barbara reposaba en su rodilla. Él miraba a otra parte, fuera del cuadro. Cerca de una ventana de la sala había una mecedora infantil de mimbre blanco que había pertenecido a la abuela de Peter. Era lo único que se llevó de la casa

de los Rice antes de que él y sus hermanas la vaciaran para ponerla a la venta. Cuando cumplió ochenta y tres años, su abuela le había demostrado que aún podía sentarse en la mecedora. A menudo, cuando su mirada se posaba en ella, recordaba a la anciana riendo victoriosa mientras se mecía, con los dedos artríticos apoyados en los brazos de mimbre y las migas de su tarta de cumpleaños pegadas al labio superior. Peter había tenido que ayudarla a levantarse y ella se había tenido que apoyar en él. Nunca olvidaría el tacto de su cuerpo envejecido, tan quebradizo, como un puñado de ramitas secas. Junto a la mecedora, en el suelo, había una maceta con una planta grande y despeluzada. Se la había regalado su vecina de abajo, Violet Darcy. Los Darcy vivían en el dúplex de la casa de la Calle 11 cuyo último piso ocupaba Peter. Violet le había dicho que él necesitaba algo verde y vivo en su vida, algo de lo que cuidar. Cuando la tierra de la maceta empezó a secarse y cuartearse, Peter se sintió como un torturador. Deseó que la planta se muriese de una vez. Pero de ella siguieron creciendo brotes y hojas nuevas que al poco amarilleaban y caían al suelo. Era una planta fea y deforme, y él se preguntaba por qué no la mataba. Cuando abría la puerta de su piso, siempre era lo primero que veía.

Era poco más de medianoche. Solo había dormido una hora. Bebió un vaso de agua en su pequeña cocina y fue a vestirse. Cuando sonó el teléfono, pensó que era Violet. Avergonzada y compungida, lo había llamado un par de veces bastante tarde cuando su hija mayor, Gina, que acababa de cumplir dieciocho años, no volvía a casa.

«Su vida amorosa es asunto suyo –concedía Violet con una comprensión tensa e insistente–, pero no quiero que la asesinen en

la calle».

En los últimos años, era a Peter a quién acudía en busca de consuelo. Él nunca hablaba mucho; si la escuchaba lo suficiente, Violet siempre acababa superando sus temores. Peter sabía que el señor Darcy, un publicista, no tenía paciencia para las preocupaciones de Violet sobre sus hijos. Era un hombre alto y musculoso que entraba y salía de las habitaciones de forma rápida y atlética, como si siguiera un programa secreto de musculación. Hacía diez años que Peter los conocía. Podría decirse que Violet y él eran amigos; con el señor Darcy se trataba con educación. Violet le hablaba con frecuencia de la bondad de su marido, pero a Peter le parecía de una frialdad glaciar animada por la hostil convicción de que él era un tipo sensato en un mundo de locos. Hombre de muchas opiniones, las soltaba como si fueran escuetos y duros puñetazos. No mostraba ningún sentimiento personal en lo que decía; nunca conversaba. Su hijo menor, Roger, un chico de catorce años, tenía una expresión amedrentada y desesperanzada. Cuando el señor Darcy se movía rápidamente por la casa con su intensa irritabilidad física, como de avispa, Peter había oído a Roger murmurar para sí nombres de marcas de coches. ¿Un conjuro mágico? Sin embargo, hacía tiempo que Peter había dejado de especular sobre la vida privada de los Darcy. Violet y él se tenían cariño; ella lo distraía de su propia inquietud. En ocasiones, a Peter le avergonzaba: no era del todo amistad ese alimentarse mecánicamente de la personalidad del otro, aunque él le estuviera sinceramente agradecido; Violet le pedía muy poco.

Peter solía pasarse por su casa para tomar una copa o un café. Violet le ponía en el fonógrafo música de órgano barroco creyendo

que le gustaba. Hablaban del fin del mundo; quizá los chinos saliesen mejor parados, a fin de cuentas.

«Los chinos son idiotas orientales», comentó una vez el señor Darcy.

Violet no tenía tiempo para leer ficción, le decía. Leía filosofía. Se empapaba de filosofía como empapaba las plantas con las que convertía su sala en una maraña de verdor. Violet le indicaba con el dedo que se acercase y, sonriendo, colocaba la mano bajo el pétalo flácido de una flor:

«Se ha abierto esta mañana –le dijo–. ¡Un milagro!».

Pero pese a todos sus cuidados, las plantas estaban algo deslucidas. Violet merodeaba con su regadera de largo caño entre las macetas rojas que proyectaban hojas y zarcillos como si se hallara en un lunático sueño forestal.

Cuando Peter se mudó al edificio hacía diez años, la cocina de Violet estaba cubierta de pósteres. Primero fueron carteles sobre el movimiento Black Power, luego frondosas viñetas que proclamaban que la guerra no era buena para los niños, luego la gran fotografía de un poeta hirsuto con una pancarta que decía «La marihuana es un chute de realidad», luego hermosas fotografías inanimadas de prados y bosques con leyendas que preguntaban: «¿Destruiremos nuestra preciada herencia? ¿Desaparecerán nuestros bosques?».

Estas inquietudes superficiales y pasajeras de cariz sociológico o político se reflejaban en la pálida frente de Violet como las luces de los coches se reflejaban en el dormitorio de Peter al detenerse en los semáforos antes de seguir adelante. La época de los pósteres había pasado. Y también la época de presentarle a Peter mujeres casaderas. Sin embargo, Peter suponía que Violet todavía se

preguntaba qué era lo que interfería con su placer carnal. Hubo un breve período en el que claramente ella llegó a una conclusión sobre él. Fue entonces cuando Violet habló de la homosexualidad como si fuera una bendición especial. En sus esfuerzos por tranquilizarlo sobre las infinitas posibilidades de lo que los adultos podían consentir de mutuo acuerdo en lo que a ella concernía, le habló en el lenguaje –inane, brutal y cursi– que ahora se usaba de forma convencional para hablar de temas sexuales. Él notó que se creía escandalosa; pero solo podía conjeturar hasta qué punto sobrepasaba ella sus íntimos límites personales. ¿Cuáles serían? ¿Y cuáles eran los suyos? Peter era célibe desde hacía mucho tiempo. El celibato era su estado natural. Sencillamente algo se había acabado en él. Ya no estaba allí. Como su abuela, él también se había convertido en un puñado de ramas frías y secas. Pero a veces sufría terriblemente, y pensaba que preferiría sentir una absoluta repugnancia por la carne a este frío cada vez más intenso, a esta creciente palidez sensorial.

A Violet le encantaban, y usaba constantemente, ciertas palabras: *impalpable, nebuloso, indescriptible.* Le emocionaba usarlas con esos ecos resonantes, se extasiaba al pronunciar cada sílaba con intensidad. A Peter ya no le irritaba la debilidad de Violet por el lenguaje enigmático. Había acabado por creer que estaba perdida en su propia vida, que era para sí nebulosa e indescriptible, y que el éxito profesional de Darcy, el creciente materialismo de sus vidas, de cuyas pruebas Violet siempre se burlaba, agudizaban hasta un grado terrorífico su sensación de vulnerabilidad humana, del peligroso mundo en el que se vería obligada a liberar a sus hijos.

Aunque Violet y Peter no hablaban de estas cosas, él reconocía esos brotes de miedo que supuraban de ella como los bubones de una plaga oculta. Era una especie de pago por el interés que Violet le prestaba, por su preocupación, por el reconocimiento y la aceptación de lo que ella no aceptaría en sí misma.

Cuando encendió las luces de la sala, se preguntó si Violet podía oírlo andando por el piso de arriba a esas horas de la noche. Una vez, harto de su obsesiva fatuidad cultural, se había planteado presentarle a Laura. ¡Menuda idea! ¡Cuánta malicia!

Pasó ante la puerta de Violet y se contuvo para no llamar, despertarla y contarle el mensaje fúnebre que debía transmitir, decirle que la nieta de la difunta no podía enterarse. Pero solo la habría asustado. «Aunque también me asusta a mí», pensó.

Continuó bajando la escalera con sigilo, con la llave del portal ya en la mano. Sentada en el último peldaño, con las piernas estiradas bajo la mesa del vestíbulo, estaba Gina Darcy, muy quieta y encorvada, con la larga melena castaña colgándole lacia sobre los hombros de su cazadora vaquera. No se volvió cuando él se acercó ni tampoco hizo ningún esfuerzo para facilitarle el paso. Peter se sujetó a la barandilla para no caerse.

–¿Gina?

–Sí.

Sostenía la colilla marrón de lo que parecía un cigarrillo liado a mano.

–¿Estás bien? –preguntó él con ligereza. Supuso que llevaba allí sentada un buen rato, fumando marihuana a solas.

Gina volvió lentamente su cara delgada hacia él.

–¿Bien? Sí. Estoy bien.

–¿Qué, volviendo a casa? –preguntó estúpidamente Peter.

Ella sonrió sin alegría.

–Mi casa es donde estoy. Y curiosamente estoy en casa. Esto es mi casa, ¿no?

–Sí, lo es.

–¿Y tú? ¿Volviendo a casa?

–Yo me voy –dijo lacónico.

–Ir, volver. Todos volvemos a casa –dijo ella.

Peter abrió la puerta, pero vaciló.

–Bueno…, al final.

–Mierda –dijo Gina con desolación.

–Buenas noches –dijo Peter, y salió.

La oficina de Eugenio estaba en la Quinta Avenida a la altura de la Calle 15, calculó Peter. Se levantó el cuello del abrigo y empezó a andar. Aunque seguía diluviando, había gente en la calle. Pero siempre había gente. Un coche de Policía pasó a su lado. Vislumbró tras la ventanilla una larga patilla negra sobre una muerta mejilla blanca. De pronto la sirena comenzó a sonar; el coche dio media vuelta y se alejó a toda velocidad. Tres jóvenes negros caminaban hacia él. Parecían suspendidos de sus enormes esferas de pelo. Uno llevaba una radio portátil de la que salía un furioso lamento hermafrodita. Siguiendo el ritmo, el joven retrocedía varios pasos, luego avanzaba de nuevo. Cada vez que su baile lo separaba de sus compañeros, estos esperaban pacientemente, en silencio, hasta que volvía a cerrar filas con ellos.

Por los números de las tiendas y de los edificios de viviendas, vio que estaba cerca de la oficina de Eugenio, y poco después se detuvo ante un escaparate que exhibía folletos de viajes y un gran póster de

una compañía aérea. Una tenue luz emanaba del fondo del estrecho local. La puerta tenía el cerrojo echado y una persiana bajada a medias cubría la cristalera. Llamó a la puerta, primero suavemente y enseguida con más insistencia. La luz del fondo se amplió. Transcurrió un minuto sin que pasara nada y luego, muy despacio, la persiana empezó a subir. Eugenio lo miró. En una mano tenía una aguja enhebrada y en la otra una americana cuyo botón sujetaba con el pulgar. Primero pareció desconcertado, luego recordó. Clavó la aguja en la americana, retrocedió un poco, dejó la americana en una mesa y fue a abrir la puerta.

–Eugenio, soy Peter Rice.

–Sí. Sí, lo sé. Te he reconocido. Ha pasado mucho tiempo. Sí, mucho.

–Tengo que hablar contigo. ¿Puedo entrar?

–Desde luego, desde luego –dijo Eugenio con una sonrisa y un acento que Peter recordó de inmediato, aunque no se veían desde hacía años.

La sonrisa tenía cierto aire avergonzado, de desconfianza. Su acento era casi imperceptible pero estaba ahí, en su curiosa forma de enfatizar ciertas palabras como si estuviera acuñando medallas.

–Supongo que ya sabrás que vivo…, tengo un espacio ahí, justo detrás de esta oficina –dijo guiándolo.

Parecía incómodo por tener que darle la espalda y se iba volviendo a medida que avanzaba. Peter vio que en la oficina solo había un escritorio, unos estantes con folletos de viajes y un gran póster de un castillo pegado a la pared.

–Los alquileres están por las nubes –continuó Eugenio mientras se apartaba para que Peter pasara al interior de una pequeña

habitación–. Los caseros son tan avariciosos, tan depredadores… Así que me las apaño de la mejor manera posible. Pero nada de lujos.

De pronto salió corriendo a la zona de la oficina y volvió con la americana en las manos.

–Un poco de costura; resulta que hoy he perdido un botón. En el metro. Y he tenido mucha suerte porque he encontrado un botón casi idéntico en una tienda de baratijas. No esperaba encontrar un botón idéntico, claro, y mucho menos en una tienda de baratijas. ¿Quieres sentarte?

El ventanuco de la habitación tenía barrotes. Un lavabo, sostenido por tubos descoloridos, sobresalía de la pared. Cerca había un sofá con una manta marrón doblada en un extremo y una silla de respaldo recto junto a una lámpara de pie de hierro forjado. Una placa de dos fuegos ocupaba casi toda la superficie de una mesita. Al lado había una caja de sal y un vaso con varios cubiertos. En un rincón, una maleta hacía de segunda mesa. Encima se amontonaban unos cuantos libros y una carpeta de papel manila atada con varios cordeles. Un artilugio metálico como los que Peter había visto para colgar los abrigos en las fiestas guardaba el escaso vestuario: un abrigo, una americana de tela oscura, un traje azul, el pantalón gris de la americana cuyo botón estaba cosiendo. Peter ocupó el otro asiento, una especie de taburete plegable. Detrás había una puerta estrecha que, supuso, daba al cuarto de baño.

–Nada de lujos –murmuró de nuevo Eugenio–. Pero a caballo regalado… –Soltó una risa chirriante y metálica.

–¿Cómo estás? –le preguntó Peter, su voz lastrada por la noticia que debía darle; sabiendo que la única forma de transmitirla era sin más: deseó que surgiera de él como un grito.

–¿Que cómo estoy? Veamos… Pero ¡tu gabardina! Deja que la cuelgue, ¿no? ¿Estás cómodo? Me alegra, desde luego, tener compañía. Aunque me he asustado cuando te he oído llamar.

Empezó a coser el botón.

–¿Me disculparás que siga con esto? –continuó Eugenio–. La apariencia lo es todo. Si una de mis clientas me viese con un botón suelto, podría cancelar su viaje a El Cairo… Una tarifa lucrativa para la aerolínea, unos centavos para mí. ¡Esas viejas ricas! Asustado, te estaba diciendo. Supongo que sabrás que hoy en día las calles están llenas de hienas. Hienas, sí. Para cuando llega la policía, ya eres un cadáver. Por lo que me inquieta que una de esas hienas fuerce mi puerta. Estuve tentado de colocar un cartel en el escaparate que dijera: «No tengo nada». Pero, claro, eso solo los incitaría. No es que robar les interese especialmente, ¿sabes? Lo que les interesa es matar. Imagina tener un cañón en casa y poder moverlo de noche. Cuando atacaran la puerta, ¡bum! Menuda sorpresa, ¿eh? –Soltó otra risa breve–. Pero, dime, eres buen amigo de mi hermana, ¿no? ¿La has visto últimamente?

–Eugenio. Traigo malas noticias. Laura me ha enviado para decirte que tu madre ha muerto esta tarde en la residencia.

A Eugenio se le cayó la americana de las manos, con la aguja asomando del botón. Se quedó quieto, con los ojos entornados. Luego recogió la americana y pasó la aguja. Inclinó la cabeza sobre la labor y no dijo nada. Fuera, el tráfico parecía haberse detenido. No se oía ningún ruido, salvo el chasquido infinitesimal de la aguja contra el botón.

–Lo siento –dijo Peter.

Eugenio levantó la cabeza.

–¿Quieres beber algo? –le preguntó–. Puedo ofrecerte una taza de ese espantoso café instantáneo o de té. No tengo alcohol. No bebo alcohol.

–Nada, gracias.

–¿De qué?

Peter lo miró desconcertado.

–¿De qué ha muerto?

–No me lo han dicho.

–¿Dónde está mi hermana?

–Están en un hotel. Mañana se iban en barco, un viaje a África.

–Ah. ¿Y cuándo embarcan?

–Han aplazado el viaje, o lo aplazarán. Estoy seguro. Porque el funeral…

–Comprendo. Me pregunto si lo habrán contratado con una agencia de viajes. Yo podría haberme encargado de la organización. A mejor precio. Aunque, claro, al marido de mi hermana no le preocupa el dinero. ¿Sabes a qué hora de la tarde?

–¿A qué hora ha fallecido? –preguntó Peter detestándolo–. No. No lo sé. Cuando llames por la mañana para preguntarles por el funeral ya te informarán de los detalles.

–Sí, los detalles. ¿Sabes que mi hermana nunca me ha mencionado este viaje suyo? Ni siquiera sabía que se iban del país. –Pasó el hilo por la tela y lo cortó con los dientes–. Mi madre siempre me decía que no mordiera el hilo. Creía que era muy malo para los dientes. ¿Conociste a mi madre?

–La conocí hace años, cuando Laura y Ed Hansen aún estaban casados.

–Edward Hansen. Un hombre excepcional. ¡Un hombre encantador! Podía encandilar a cualquiera. –Eugenio cerró los ojos y se le arrugó la frente; la extraña sonrisa recelosa apareció en sus labios, y movió la cabeza–. Nadie que no lo haya conocido puede imaginar su capacidad de seducción.

Su apreciación de Hansen le hizo parecer voraz, extrañamente triunfal.

–Me acuerdo –dijo Peter sin entusiasmo.

Le desconcertaba la reacción de Eugenio ante la noticia y no sabía qué hacer con sus divagaciones. A pesar de los años, la perversidad de los Maldonada seguía sorprendiéndolo, y lo obligaba a admitir la precariedad de la costumbre. Estas personas no habían firmado ningún contrato social. Pero mientras la imprevisibilidad de Laura tenía la capacidad de reanimarlo, las incongruencias de Eugenio lo ponían frenético y solo deseaba escapar de allí. Pero le había empezado a hablar de su madre.

–Tendrías que haberla visto cuando aún era joven. Se abandonó. Porque había en ella una debilidad espantosa, realmente espantosa. No era una persona fuerte. No, su temperamento era blando. Romántico. ¡Ese romanticismo abominable! Y mi hermano Carlos lo fomentaba, los dos eran muy poco realistas. Ella tenía algo de dinero, lo que quedó tras la muerte de mi padre. Después de esa guerra llegaron los oportunistas. Y se aprovecharon de ella. Todo había quedado calcinado salvo la gran casa y ella la vendió por nada. Y luego vino aquí, cuando podría haber vuelto a España. Sus padres le ofrecieron dinero para que volviese, para llevarnos a todos allí. –Eugenio levantó la vista y miró a Peter–. ¡Dios mío! –exclamó.

Levantó la americana, retorció el botón para comprobar que estaba bien cosido y fue a colgarla junto al pantalón gris.

–Fue Carlos quien la convenció de que comprara la casa de Long Island. Solo era un chiquillo, pero tenía mucha influencia en ella. La casa era una esponja maléfica, absorbió todo nuestro dinero. Ya no quedaba más. Y de no ser por la señora Gonzaga…

Volvió a su silla y se sentó muy rígido.

–De no ser por esa mujer, nos habríamos muerto de hambre en nuestra casa. Mi madre no admitía la dureza del mundo. ¿Sabes lo que hizo? ¿En plena Depresión? Intentó vender bordados finos. ¡Era lo único que sabía hacer!

Y Eugenio soltó un grito desgarrador, como si no encontrara palabras para expresar lo que sentía ante la insensatez de su madre.

–Así que se convirtió en la acompañante de la *señora* Gonzaga. Y recibía una recompensa, una cantidad mensual, que aunque era pequeña nos mantenía a flote. Pero en los últimos años, después de que *la señora* muriese y su hijo vendiera la plantación a unos estadounidenses, no hubo nada. Gonzaga era muy astuta, no como mi madre. Conservó sus propiedades hasta el momento de su muerte, durante la guerra, después de la guerra… Ahora está Fidel Castro. Y en Cuba no queda nada de nosotros. Cometimos un terrible error, ¿comprendes? Creímos que ser astutos, que ser arteros, era algo innoble…

–Es que lo es, ¿no?

–Ay, si la hubieras visto cuando aún era ella. Qué quisquillosa, menuda dama. No sé si entiendes lo que te digo. En aquel entonces ella aún recordaba el pasado. Cuando nos olvidamos del pasado, no queda nada, ¿verdad?

–Lo siento, pero tengo que irme. Para informar a Carlos. Es muy tarde, será mejor que…

–¿Sabes que me echaban de las casas de la gente? ¿Que me llevaban hasta la misma puerta y me pedían que me fuese? No nos habían educado para trabajar. Cuando empezamos a ir al colegio en este país, a mi madre le divirtió, como si fuera un capricho. *Mamá* no entendía que las personas tienen que formarse en algo para sobrevivir. Cuando yo tenía dieciocho o diecinueve años, me iba a casas de amigos para comer y tener un techo. Y allí me quedaba hasta que se veían obligados a pedirme que me fuera. Mientras, en casa, *mamá* y Carlos hablaban sin cesar de algún nuevo plan… Los dos ahí sentados, planeando. ¿Sobre qué? ¡Sobre nada!

–Pero Eugenio, Carlos fue un buen crítico musical. No hace mucho yo veía su nombre en todas partes. Tuvo que aprender…

–No, no…, no lo entiendes. ¡Carlos se lo inventaba todo! Había leído unos cuantos libros. Al menos nos habían enseñado a leer. Y era muy buen imitador, y sus amigos eran músicos. Todos hemos aprendido por imitación.

–Así es como todo el mundo aprende al principio –dijo Peter.

–Sí, al principio. Pero luego cambian. Llega un punto en el que dejan de imitar. Empiezan a saber. Pero en mi familia nunca hemos hecho nada que no sea imitar. Nunca hemos llegado a saber.

Se quedó callado, tan callado e inmóvil que Peter se inclinó para escuchar el ruido de su respiración, como si Eugenio se estuviera muriendo delante de él. Sus ojos, oscuros y hundidos, lo miraban sin reconocerlo. Muy despacio, su boca esbozó una sonrisa amarga.

–Creo que no me has entendido cuando te he dicho que me echaban de las casas, ¿verdad?

Peter no pudo responder; no lo había entendido. Pero había oído el espanto en la voz de Eugenio, el espanto de un recuerdo imborrable.

–Quizá te puedas imaginar… no saber qué hacer. Con toda tu vida. Creo que nunca he sentido la agradable experiencia de pensar que las pequeñas decisiones carecían de importancia. Me refiero a que vivía como suspendido de un abismo, y si miraba con demasiada desesperación hacia el comedor, podía acabar al instante en el fondo de ese abismo. Por lo que cada segundo de la vida es: peligro… o seguridad. Peligro o seguridad: ¿he elegido el tenedor correcto? ¿Puedo pedir una segunda ración? ¿He colgado el abrigo en el sitio reservado para el señor de la casa? ¿La discusión en el dormitorio entre mi amigo y su madre trata de mi presencia continuada, exasperante, insoportable? Yo no sabía cómo buscar trabajo. ¿Te imaginas? Un día entré en una tienda de ropa de Brooklyn para que me emplearan como dependiente. ¡Me quedé mudo! No podía hablar. ¿Sabes que ahora, por primera vez en mi vida, tengo una cuenta de ahorro? ¿Quieres ver mi libreta?

Eugenio se levantó y se dirigió a la maleta, donde cogió la carpeta de papel manila y empezó a desatar el cordel que la cerraba.

–Por favor –dijo Peter–. Veo lo espantoso que ha sido todo. Pero tengo que irme, informar a los demás… –Y se detuvo al oír «los demás». Porque solo era Carlos–. A ver, Eugenio –dijo intentando hablar con un tono neutro–. Tu hermana ha insistido en que no hay que contarle a Clara que vuestra madre ha muerto. No entiendo que…

–Aquí está –dijo Eugenio sosteniendo la libreta de ahorros azul–. ¿No es grotesco? Que una persona de mi edad…, pero no hay una

gran cantidad. Aunque hasta hace poco no tenía nada de nada. ¿Crees que los bancos son seguros?

–Acerca de Clara…

–¿Clara? Es muy caprichosa, ¿verdad? Hace bastante que no la veo. Supongo que sabes que mi madre se hizo cargo de ella. La *señora* Gonzaga permitió que mi madre se llevara a Clara a Cuba cuando la acompañó allí. Como ya habrás deducido, mi madre no era de las que insistían, pero hubo una excepción. Clara. Sí que insistió en llevarse a Clara.

–No sé si Laura simplemente estaba algo trastornada esta noche; no sé si iba en serio con lo de Clara.

–¿Si iba en serio?

–Con lo de que Clara no debe enterarse y no debe asistir al funeral.

–No sé nada de esas cosas entre mi hermana y Clara –dijo Eugenio impasible. Devolvió la libreta al sobre–. Todas las mujeres de la familia, Laura, *mamá,* Clara, tienen problemas con los hombres.

–No estaba hablando de hombres.

–Cuando mi madre llegó a este país, un hombre muy respetable, muy rico, quiso casarse con ella, con hijos y todo, pero Carlos no lo permitió. Tenía unas rabietas terribles; supongo que no te imaginabas eso de mi hermano. Y, claro, mi madre siempre cedía. Cedía en todo. Comprendí que estaba perdiendo la noción de la realidad cuando empezó a descuidarse el pelo. Muchas veces llevaba vestidos muy sucios. Pero cuando aún estaba en sus cabales…

Peter se levantó.

–Tengo que irme –dijo. Había decidido ir a casa de Carlos en taxi. Le dolían los huesos. Estaba agotado.

–Incluso vendió sus joyas por nada. Y tenía bastantes. Para eso, podría haberlas regalado. Yo intenté presentarle a algunas personas, personas educadas, muy refinadas, que la habrían apreciado, que habrían entendido de donde venía. Pero fue imposible. Ya se había abandonado. No tenía disciplina. –Y entonces exclamó con voz angustiada–: ¡Y había envejecido tanto!

Peter se dirigió a la oficina.

–Debo darte las gracias –dijo Eugenio con una extraña reverencia–. Te agradezco que hayas venido hasta aquí a estas horas de la noche.

Peter escribió en una hoja de su libreta el teléfono del hotel de los Clapper.

–Este es el número de Laura –dijo y se lo dio a Eugenio–. Si llamas por la mañana…

–Sí. ¿Crees que es demasiado tarde para llamar ahora? Supongo que sí. Pero… ¿hay algo más? ¿Algo más sobre la muerte de mi madre? ¿Crees que estaba sola cuando murió?

–Ojalá pudiera decirte más. Pero te he contado todo lo que sé.

–Si la hubieras visto antes…

Eugenio se detuvo a un par de metros de Peter y se quedó mirando la habitación donde vivía; paseó la vista por el sofá, la lámpara, su ropa, la ventana con barrotes. Peter intuyó que debía de quedarse así a menudo, contemplando los emblemas de su supervivencia, midiendo el escaso espacio que había arañado para él.

–Siento haberte traído esta noticia –dijo Peter mientras se dirigía rápidamente a la puerta que daba a la calle.

Sentía el temor nervioso de que Eugenio no lo dejara salir, pero este pasó a su lado y abrió la puerta.

–Bueno, si alguna vez piensas hacer un viaje, que sepas que se me da muy bien. Puede que te sorprenda lo bien que se me da.

Promete sorpresas, aún espera que lo rechacen, pensó Peter temblando en la acera, esperando a que pasara un taxi. Cuando al poco llegó uno, viró bruscamente hacia él y las ruedas levantaron una salpicadura que le empapó el pantalón y los zapatos. Dentro del taxi, un conductor con gorra y sin cuello se puso a graznar de inmediato: «¿Adónde? ¿Adónde? ¿Adónde?», como un demente. Peter le dio la dirección de Carlos con voz gélida y se hundió en el asiento trasero. El taxista gritó:

–Acabo de oír en las noticias que están sacando a esa mujer que se ha tirado al East River. Que se mueran, digo yo. ¡Si quieren matarse, que se maten!

–Preferiría no hablar –declaró Peter.

Vio un trozo de piel lívida, una gran verruga y un mechón de pelo cano cuando el taxista se volvió para mirarlo. Peter se imaginó que un pelotón formaba filas, levantaba las armas y disparaba. El taxista se convirtió en cenizas que se llevó el viento. Estas ejecuciones imaginarias se sucedían con creciente regularidad; ¿podía alguien apestar espiritualmente a matadero?, se preguntó. Y entonces, cuando se acercaban a la Calle 60 Este, el taxista le soltó:

–¿Sabe cómo se acaba con los delincuentes negros? Se les pone en fila, una docena a diario, y se les dispara. Así se hace. –Se detuvo junto al bordillo y paró el taxímetro–. Me entiende, ¿verdad?

–¿Y por qué solo una docena? –preguntó Peter mientras le pagaba–. ¿Por qué no miles? –Y se apeó dando un portazo.

Pulsó el timbre del portal del viejo edificio donde vivía Carlos. Como nadie respondió, en un ataque de nervios dejó el dedo en el botón. Tenía la carne helada, la nariz impregnada de un olor rancio a polvo y abrillantador. Una voz sepulcral habló por una rejilla próxima a los buzones.

–¿Quién es?

–Peter Rice –gritó a la rejilla, y asió el pomo cuando oyó un zumbido eléctrico.

No había portero, solo un espejo sucio junto al ascensor, donde vislumbró su aspecto desaliñado cuando se dirigía a la escalera. Por encima, desde el rellano del segundo piso, Carlos miraba abajo.

–¡Peter! ¡Por Dios! ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Carlos le sonrió con la mano extendida. Peter la estrechó y la soltó.

–Tenía que verte…

–Entra, entra… Oye, estoy con un amigo, un joven…

La puerta daba directamente a una pequeña cocina. Una luz fluorescente bañaba de amarillo el fregadero lleno de platos sucios. En la encimera había medio limón exprimido.

Carlos intentó quitarle la gabardina, pero Peter se envolvió obstinadamente en ella. Siguió un momento de feroz confusión, con manos que volaban y asían, hasta que Peter se dirigió bruscamente a la sala y allí se quedó, con la espalda apoyada en la pared en actitud defensiva. Una figura delgada y alta se apartó lentamente de las ventanas que daban a la calle.

–Este es Lance –dijo Carlos con voz desconcertada mientras un apuesto joven de piel oscura se sentaba entre los cojines del sofá–. Lance, este es un viejo amigo, Peter Rice.

El joven asintió sin sonreír, indiferente.

En el suelo, junto a la chimenea, había un bodegón –dos almohadas, una copa vacía, un cenicero repleto de colillas– del que Peter apartó rápidamente la vista.

–Solo me quedaré un momento –dijo pensando que debía dar alguna explicación de por qué se aferraba a la gabardina mojada que Carlos seguía mirando con curiosidad.

Peter miró primero a Carlos y luego al joven, que ahora parecía adormilado. Llevaba al cuello una pesada cadena de la que pendía, visible en el pecho por la camisa abierta, un colgante de piedras incrustadas vagamente oriental.

–Sí, como gustes, Peter. ¿Quieres una copa? ¿Sentarte? ¿Me permites que te quite la gabardina? Pareces una selva lluviosa. No te preocupes por Lance, tú dirás. –Carlos lo animó con un gesto de la cabeza.

–Me envía Laura. No querían llamarte para decirte…

Carlos apretó la mandíbula. Parecía asustado.

–Qué pasa –dijo en voz baja.

–Tu madre ha muerto.

Carlos miró al techo y se puso a llorar violenta y sonoramente con la mandíbula desencajada, mientras unas lágrimas enormes le bajaban por la barbilla y agitaba las manos en el aire. Lance corrió a su lado y lo abrazó por los hombros.

–Pobrecito –susurró–. El pobrecito ha perdido a su mamá.

Acarició la calva de Carlos, el cuello, la cara mojada, y Carlos inclinó la cabeza hasta apoyarla en el estrecho hombro de Lance.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –gritó.

–Lo siento. Lo siento mu…

Carlos jadeó y extendió un brazo como si quisiera aferrarse al aire.

–Dime… –empezó, pero le dio otro ataque de llanto.

–Calma, calma, querido –dijo Lance, y lo condujo al sofá, donde hizo que se sentara, su larga espalda tensa por el esfuerzo que suponía sostener el peso de Carlos. Se dejó caer a su lado acariciándolo sin parar–. ¡Cuántas lágrimas! –dijo con dulzura.

Peter retrocedió a la cocina y se apoyó en el fregadero. No se veía capaz de mantenerse en pie sin apoyo. Lo perseguían los lamentos procedentes de la otra habitación; esos acalorados sollozos explosivos le parecían operísticos y extravagantes, como si Carlos fingiera desesperadamente el dolor para así expulsarlo. Pero ¿qué se esperaba? ¿Indiferencia? ¿Ironía? ¿Gravedad ritual? No había previsto su propia indefensión, esa intimidad súbita y desconcertante, aunque fuese puramente circunstancial, con los hermanos Maldonada; verse atrapado en las redes de una historia real e infinitamente compleja que, hasta esta noche, había sido tan solo relato, la narración de Laura, que él se había limitado a escuchar.

¡Qué hedor a abandono había en ese sitio! Cogió el limón de la encimera y se lo llevó a la nariz. La sala estaba en silencio. De un momento a otro podría irse. Luego pensó en Clara y se le encogió el corazón: algo que llevaba tiempo rehuyendo se había acercado de pronto y le respiraba en la mejilla. La narración de Laura se había detenido en un embrollo de intrincados finales, en un montón de

decorados desplomados. Se sentía como si lo hubieran desnudado y no se reconocía. Al apartarse del fregadero, se estremeció.

–Por favor, Peter. Ven a sentarte –le suplicó Carlos desde la otra habitación.

Parecía aturdido, pero ya no lloraba. Lance le cogía una mano con fuerza. Peter se sentó en una butaca, delante del sofá.

–¿Cuándo ha muerto?

–Creo…, sé que fue esta tarde.

Carlos se sobresaltó.

–¿Y acaban de descubrirlo ahora?

–Laura lo sabía. Se ha enterado esta tarde.

–¡No lo soporto! –gritó Carlos, que se zafó de la mano de Lance para darse una palmada en la frente– Cómo ha podido Laura…, pero he notado que esta noche estaba más loca de lo habitual. ¡Dios! ¡Cómo puede ser tan ruin, la muy zorra!

–Después de que te fueras, Laura se ha levantado y ha salido corriendo. No sé por qué. Clara le hablaba de unos animales. Supongo que se sentía mal desde el principio –dijo Peter con cansancio.

–¡Así que lo sabía todo el tiempo! Ha estado ahí sentada, sabiéndolo. He terminado con ella. ¡Se acabó!

–Tendrás que llamarlos por la mañana al hotel. No sé qué se ha dispuesto para el funeral.

–¿Y mi hermano, Eugenio?

–Acabo de ir a verlo.

Carlos le dirigió una mirada entre irónica y cómplice.

–¿Estaba… como siempre?

–No lo conozco tan bien.

–No hay nada que conocer. Lance, ¿puedes prepararme un vodka con tónica? Y si hay limón…

–Creo que hemos usado tu último limón –repuso Lance con voz lenta y relajada–. ¿Te preparo algo? –le preguntó educadamente a Peter.

–No, gracias. Nada.

–Supongo que no sabrás cómo…

–Solo lo que te he contado.

–Pero ¿te la imaginas? ¿Sabiéndolo todo desde el principio? –Carlos negó con la cabeza–. ¿Puedes entender algo así? Claro que ella siempre ha sido incapaz de explicarse. Supongo que ya sabes eso de Laura, hace mucho que la conoces. Pero ¿se te habría pasado por la cabeza…?

–Carlos. Me ha dicho que Clara no debe enterarse de la muerte de vuestra madre. Ha dicho que no estaría interesada.

–¿Eso ha dicho? ¿Interesada?

–Justo eso.

Lance volvió y le dio a Carlos un vaso de vodka con tónica.

–Te has quedado sin cubitos.

–Gracias, cariño –dijo Carlos con dulzura.

Lance sonrió débilmente y volvió a sentarse a su lado en el sofá.

–Carlos. ¿No crees que Clara debería saberlo?

Carlos parecía preocupado. Tomó un sorbo del vaso.

–No lo sé. Mi madre quería mucho a Clara. No creo, y supongo que tú tampoco, que Laura pretenda proteger a Clara ahorrándole el funeral. Quizá esté enfadada con ella porque no iba a visitar a mi madre a la residencia. Pero si Laura… ¡Por Dios! Se ausentaron durante años, ella y Ted, dando vueltas por el mundo. ¡Ni siquiera

les envió una postal! ¿Crees que Laura iba en serio? Dice muchas cosas que no quiere decir en realidad.

–Creo que iba en serio.

–Entonces…, no sé qué decirte.

–¿Y tú? ¿No quieres que Clara esté presente? ¿En el funeral?

–Bueno…, como ya sabes, Desmond era el que se encargaba de casi todo. Eso debo admitirlo. Supongo que tienen derecho… Y a mi madre no va a importarle que Clara esté allí o no.

–No seas necio –dijo Peter con brusquedad–. ¡Sabes que los funerales no son para los muertos!

–Volvemos a nacer –dijo Lance con reverencia–. La muerte es solo una puerta.

–Creo que eso no es justo –dijo Carlos–. No creo que esté siendo necio, para nada, pero estas ceremonias…

–¡Carlos! Te he pedido tu opinión. Si tú crees que Clara debería estar presente.

–Los «debería» no son lo mío –dijo Carlos evasivo.

–¿Entonces no se lo digo? ¿Tú no se lo dirás?

–Bueno, a eso me refería respecto a Desmond y mi hermana. Son ellos los que se han hecho cargo de casi todo. Supongo que son ellos los que deciden cómo se hacen las cosas, ¿no?

–¿Tú no tienes nada que opinar?

–A nadie le apetece ir a los funerales, ¿verdad?

–¿Es una cuestión de apetecer?

–No sé adónde quieres ir a parar. De veras.

–¡Clara es su única nieta!

–¡Ya lo sé! ¡Dios sabe que ni Eugenio ni yo le dimos nietos!

–Será mejor que me vaya.

–Ha sido de lo más generoso por tu parte venir a decírmelo. Imagino que te han despertado; no lo comprendo, podrían haberme llamado por la mañana. –Hizo una pausa antes de continuar–. Se lo diré a Ed. Seguro que quiere saberlo. Se llevaban bien, ¿sabes? Era extraño verlos juntos. Mi madre lo veía como un prodigio. Y Ed daba lo mejor de sí cuando estaba con ella. Y cuando daba lo mejor, Ed era increíble. Le prestaba mucha atención, la imitaba de maravilla. –Miró a Peter con tristeza–. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Lo sabes todo de nosotros.

–No sé qué hacer con Clara. No sé qué hacer, de verdad. Creo que debería estar presente mañana. ¿La llamarás, Carlos?

Carlos se levantó y empezó a andar por la sala. Lance lo observó inclinado hacia delante, como preparado para sostenerlo si mostraba señales de debilidad.

–¿No crees que estás haciendo una montaña de un grano de arena, Peter? –preguntó. Estaba al lado de un viejo piano vertical, subiendo y bajando la tapa del teclado–. Además, si Clara supiera que Laura no la quiere allí, seguro que no iría. Le tiene miedo, lo que no es de extrañar. ¿No la tememos todos? –Carlos sonrió débilmente–. No puedo decírselo, ni hablar. No es decisión mía. No será un verdadero funeral. Solo enterraremos a mi pobre madre, nada más.

–¿No era católica? –preguntó Peter.

Carlos soltó una carcajada.

–*¿Mamá?* Claro que era católica. Todos los españoles son católicos. –Dejó caer ruidosamente la tapa del piano–. ¿Laura nunca te ha hablado de mi abuelo? Era una especie de filósofo. Escribió un libro, un tratado anticlerical, y tuvo mil problemas con la Iglesia de

entonces. Odiaba a los curas como solo pueden odiarlos los católicos españoles. *Mamá* nunca fue a misa. Eso también se acabó, como todo lo demás. Los curas y las monjas la hacían reír, se burlaba de ellos. No me acuerdo, desde luego, pero seguro que estamos bautizados. Aunque no confirmados, creo. En la plantación había una capilla, me han dicho. Pero mi padre murió y eso fue el final. Aunque, ahora que lo pienso, mi madre fue una vez a una sinagoga, y a varios servicios protestantes. Decía que le gustaba saber de todo. –Con tono burlón, repitió–: *Me gusta saber de todo.*[13] Yo me burlaba de ella por lo de la sinagoga. Le decía que estaba volviendo al seno de Abraham. Quién sabe, decía ella.

–Me encanta cuando hablas en español –dijo Lance.

De pronto Carlos se tapó los ojos con la mano.

–Qué vida tan espantosa –dijo apesadumbrado.

–¡Escucha! –le suplicó Peter–. Os conozco prácticamente de toda la vida. No sé qué le pasó a Clara, nunca me lo he planteado. Sé que nació y luego nadie habló más de ella. Nunca pregunté. Pero fue tu madre quien la cuidó. Me parece profundamente injusto que Clara no pueda saber que ha muerto. ¿Cómo lo averiguará? ¿Dentro de tres meses, si pasa a verte? ¿Cuando vuelva a quedar con Laura? ¿Qué le dirá Laura, «Por cierto, mi madre está muerta»? Hay que informar de las muertes en la familia. ¿Cómo se enterará, si no? ¡Carlos! ¡Por lo que más quieras, no te ampares en tu carácter, no recurras a tus vicios para desentenderte! ¡Eso ya me lo conozco! Yo lo hago, yo también lo hago. ¡Responde! ¡Dime qué tengo que hacer! ¡No me dejes con este… peso!

–Laura te ha dicho lo que tienes que hacer –gritó Carlos dirigiéndose ofendido hacia Peter para virar bruscamente a un rincón

en penumbra de la sala–. Te gusta hacer lo que Laura quiere, ¿no? –Gruñó algo para sí, luego movió la cabeza como un toro sacude la cornamenta–. Siempre te ha gustado –siguió diciendo con rencor–. Recuerdo muy bien ese primer día, hace años, cuando los conociste en esa casa que tenían en la isla. Pero ¿te acuerdas tú? Eras el pretendiente enamorado más fiel de Laura. Y eso es lo que has sido todos estos años, ¿verdad?

–¡Lo que yo haya sido no importa! –gritó Peter.

–El amor de tu vida –se burló Carlos– ¡Hasta Ed se hartó de ella hace mucho mucho tiempo! Te he visto encogerte cuando ella alzaba la mano y lamérsela cuando te la tendía. ¿Y me preguntas a mí qué hacer con Clara? Si no sé qué hacer conmigo, con mi hermano, con Laura…, ni con mi madre. He intentado distanciarme una y otra vez pero siempre han seguido ahí, aguardando, Laura agazapada para abalanzarse sobre mí, mi madre siempre esperándome con esa espantosa sonrisa valiente, esperándome como si yo fuera la promesa de todo, de cambio, de esperanza. ¿Qué esperanza? ¿Qué podría haber hecho yo por Eugenio? ¿Por cualquiera de ellos? ¡Estábamos condenados desde el principio!

–Es el karma –comentó Lance.

–Pobre Clara –dijo Carlos con voz exhausta–. Era la última por quien yo podría haber hecho algo. Pero tiene toda la vida por delante; ella ha conseguido escapar. Dile que no mire atrás, que no se una a nosotros, esposas de Lot. A fin de cuentas –dijo con una sonrisa triste–, es una chica estadounidense. Algo envidiable, ¿me comprendes? No me importa que vaya o no vaya al funeral de mi madre. Da lo mismo.

Peter se levantó. En el silencio, Carlos lo miró inexpresivamente, con los brazos colgando a los costados. Peter esperó. Carlos salió de la penumbra.

–Como he dicho, te estoy muy agradecido. Te han encomendado una tarea muy desagradecida. Pero yo te la agradezco.

–Entonces me voy.

–Los llamaré por la mañana. ¿A lo mejor podemos almorzar un día de estos? ¿Te gustaría ver a Ed? No siempre está borracho del todo. Si pudieras venir aquí desde tu despacho… A Ed le asustan las multitudes del centro. Hay un restaurante italiano tranquilo aquí cerca. Estoy seguro de que a Ed le gustaría verte.

Peter asintió. En la puerta, mientras la abría, Carlos dijo:

–Dales recuerdos a tus hermanas de mi parte cuando las veas.

Peter se sentó al pie de la escalera. Oyó que se cerraba la puerta. Eran casi las tres de la madrugada. Pensó en Gina, sentada en otros peldaños. Se sentía particularmente solo. Sus hermanas estaban unidas como un matrimonio y le sonreían desde la fortaleza de su devoción mutua, excluyéndolo como siempre lo habían excluido. Pero si él se muriese ahora, aquí en la escalera –este dolor en su brazo izquierdo, el primer temblor de un corazón que flaqueaba–, sus hermanas se encargarían de que tuviese un funeral digno. Y, fugazmente, al recordar sus voces desde otra habitación y sus pasos resonando por la vieja casa donde iban a jugar, dejándolo atrás, pensó: ¿Cómo puedo ser tan viejo? ¿Cómo pueden haber vivido tanto tiempo? ¿Es esto todo lo que hay? ¿Este marchitarse, ablandarse y extinguirse en el tiempo?

A esas horas era un peligro andar por la calle. Muchas veces se había jactado de sus temores; como todos sus conocidos, solía

presumir de su miedo: era otra forma de eludirlo. Quizá Laura no había dicho nada de la muerte, había guardado silencio, para aplazarse la noticia. ¿No era eso? Ed Hansen le había contado la historia de un hombre que, después de que lo atropellara un tren en un cruce, había andado un kilómetro antes de desplomarse con todos los huesos rotos.

Todos estos años Carlos y él habían flotado en la corriente impulsada por su amistad juvenil e incondicional. Sin embargo, Carlos siempre había estado juzgándolo, observándolo, haciendo cuentas. Pero ¡qué equivocado estaba! Peter nunca había estado enamorado de Laura. Era otra cosa.

Encontró una cabina en Lexington Avenue, pero no tenía listín. Después de llamar dos veces a información, pudo averiguar la dirección de Clara dándole a la operadora otra inventada por él. Estaba a doce manzanas de distancia. Empezó a andar por Lexington. No pensaba en lo que haría. Recordaba lo expuesto que había estado en la cabina telefónica y que no había sentido miedo. ¡Que lo mataran! Sin embargo, en cuanto invitó a los asaltantes desconocidos, se sumió en espantosos temores. Fue como si, al instante, sus nervios se conectaran con un pulso galvánico de energía maligna. Tiritó, los puños apretados le empezaron a sudar en los bolsillos de la gabardina y le temblaron los párpados. Se arrastraba a la desintegración en un estado de miedo tan elemental que su mente, donde siempre fluían las palabras, se convirtió en una pantalla donde las luces y las sombras habían dejado de proyectarse.

Un reflejo puramente físico lo hizo detenerse ante un escaparate en cuyo frío cristal apoyó la frente. Jadeaba como un perro. Recobró

gradualmente la visión. En el escaparate, bañada por la luz de un pequeño foco, vio la maqueta de un barco. Era una goleta con las velas desplegadas. En la cubierta, unos marineros diminutos hacían sus tareas. Uno estaba en la jarcia de popa, formada por cuerdas de color lino, intrincadas, tirantes, perfectas; él podría haberse quedado examinando eternamente esa obra de destreza y paciencia, una imitación de la realidad que era en sí una materialización. Su respiración se normalizó. Los símbolos borrosos de su cabeza cobraron forma, se convirtieron en órdenes. Le diría a Clara que su abuela había muerto. No sabía qué más le contaría. Ya lo vería. Reanudó la marcha. Una pareja vestida de noche se acercó y pasó de largo. En el abrigo de pieles de la mujer vio prendido un gran botón blanco con unas letras negras que rezaban: «A la mierda el trabajo doméstico».

Pensó en otras proclamas, en otros tiempos. Vivía en un período de indignación, de indignación con uno mismo y con todos los demás, un odio enfermizo, pueril y sentimental del pensamiento que llevaba sin divagaciones a la solución del crimen propuesta por el taxista y a su propio pelotón de fusilamiento.

Estaba helado. La llovizna continuaba. Tenía lo que Violet habría llamado, para desecharlo de inmediato, un ataque de ansiedad. Pero la jerga propiciatoria de la psicología no podía abarcar ese terror sobrenatural que con tanta violencia lo estaba atenazando. Nombrar tenía escasa magia cuando la propia magia estaba actuando. Sin embargo, mientras se dirigía, agotado, al apartamento de Clara, sintió un poso de felicidad, como si la decisión que lo llevaba hasta allí tratase de algo que no era la muerte.

6. CLARA

–Sí, es bonito. Pago más alquiler del que me puedo permitir, pero cuando vi esta gran habitación, pensé: «Si tengo una sala así, lo demás no importa». Ahí hay una cocina de risa. En el dormitorio solo cabe la cama. Y esta calle no está mal. ¿Te has fijado en la casita de al lado? Se supone que es de Stanford White. ¿El portero ha sido desagradable contigo? Era el reportero más famoso de un periódico, y cuando este cerró ya era demasiado viejo para encontrar lo que él llama un trabajo decente. No fue nada amable conmigo cuando me mudé aquí, se burló de los pocos muebles que traía. Pero solo lo hizo para que me interesara por él y así contarme que no era un portero del montón, sino que había sido alguien importante. No me imaginaba quién podía ser cuando ha sonado el interfono. Dame la gabardina. ¿Sigue lloviendo mucho?

–Llevo un buen rato fuera –dijo Peter dándole la gabardina.

Como solo tenía un armario pequeño en el apartamento, Clara le dijo que la colgaría en el baño.

La sala era sencilla, limpia y espaciosa; apenas tenía muebles: un sofá cama con tapicería de lona, tres sillas de mimbre, dos mesitas y una mesa larga cubierta con un hule de un verde intenso. Peter cogió un libro pequeño que estaba en el sofá. *The Spirit of Age* de William Hazlitt. No había más libros ni revistas. En una pared había dos dibujos, colgados uno junto al otro. Uno estaba firmado: Edward

Hansen. Representaba un grupo de casas de tejado plano en la curva de una playa. El otro era un boceto sin firmar de un árbol desnudo de gruesas ramas, con un tronco retorcido como el de los olivos.

–Es un sitio donde vivieron una temporada –dijo Clara cuando volvió a la sala y lo vio mirando los dibujos–. Creo que estaba en Italia.

–El árbol es precioso.

–Ese lo hice yo.

–No lo has firmado.

–No.

–¿Dibujabas mucho?

–No, para nada. Lo hice una noche, de memoria. Era el único árbol con ese aspecto en la plantación de Cuba donde viví con mi abuela. Todos los demás parecían jirafas o erizos. En realidad el árbol tenía hojas, pero no recuerdo su forma.

–Tendrías que dibujar más. Es algo que siempre he querido hacer.

–Yo no, la verdad es que no me interesa –dijo Clara mientras se sentaba en una silla–. Fue solo algo personal.

Ya no llevaba el vestido, sino un pantalón y un suéter grises y sandalias sin calcetines. Peter vio que tenía los pies estrechos y huesudos y, como la habitación, limpísimos. Clara lo miraba con una atención de la que no era consciente, le pareció a Peter; solo parecía decidida a no mostrar sorpresa porque él la visitara a esa hora intempestiva.

–¿Te gusta Hazlitt? –dijo Peter.

Se sentó en el sofá y se preguntó cuánto tiempo aplazaría la explicación de su presencia. La cortesía no era el único motivo de

que ella no lo interrogara. Clara parecía preparada para lo que hubiese venido a decirle con una calma impuesta por su fuerza de voluntad. Sin maquillaje, parecía mayor que en la habitación del hotel y en el restaurante. Peter se sintió avergonzado. ¿La angustiosa decisión que lo había llevado hasta allí era innecesaria, egoísta? Ahora, delante de ella, comprendió que se había imaginado a Clara como una niña. Lo miraba con seriedad, sentada muy erguida en la silla; pálida y sin adornos, como su sala. Tenía una voz distinta a la que él recordaba. Qué extraño, pensar que Laura podía afectar las cuerdas vocales de otra persona. Durante la cena Clara había hablado en voz baja y apresurada, como si tuviera prisa. Ahora escuchó su voz: era fría y algo hueca.

–Hazlitt no está mal. No conservo los libros; si hay una biblioteca cerca, puedo conseguir las lecturas que quiero. Todas mis amistades están cargadas de libros y, cuando tienen que mudarse, los maldicen. Pero siguen comprándolos.

–¿No lees novelas?

De pronto ella pareció inquietarse. Peter dijo rápidamente:

–Me alegro muchísimo de no haberte despertado. Pensaba que no me quedaría más remedio y ha sido un alivio…

–Tenía hambre y me he preparado unas tostadas justo antes de que vinieras. ¿Te apetece?

Clara le dirigió una sonrisa ansiosa. Él sintió que la estaba atormentando. Y, sin embargo, no podía decirle lo que había venido a decir.

–No, no, pero adelante. No me gustaría…

La sonrisa desapareció y simplemente se quedó mirándolo, esperando.

–No sé cómo decirte esto –dijo Peter. ¿Por qué no lo ayudaba? ¿No podía preguntarle por qué había venido?

–Me estás asustando un poco.

–Es sobre tu abuela.

Clara miró el dibujo de Hansen, luego de nuevo a Peter. Se apretó las palmas en los muslos.

–Ha pasado algo –dijo ella en voz más alta.

–Ha muerto esta tarde.

Clara se levantó enseguida y se dirigió a la mesa larga, donde se apoyó de espaldas a él. Estaba delgada, pensó Peter, demasiado delgada. Ella se volvió despacio hasta que pudo verle la cara. No lloraba. Su cara parecía paralizada. «No debo mostrar sorpresa si se ríe –pensó Peter–. A veces las personas se ríen al enterarse de un deceso, no debo…».

–¿Mi madre te ha enviado a decírmelo?

Era la pregunta que se había temido y que había estado evitando desde el principio, diciéndose que solo tenía que dar la noticia de la muerte. La oyó repetir la pregunta mientras se le acercaba agarrándose las manos. Le aterrorizó que Clara fuera a arrodillarse y suplicarle que respondiese.

Pero se detuvo de pie ante él. Apenas consciente de lo que hacía, Peter empezó a pasar las páginas del libro de Hazlitt. Un papel doblado cayó del libro a su rodilla. Clara se inclinó, lo recogió delicadamente con dos dedos y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Solo habían pasado unos segundos.

–No –dijo Peter.

Clara se desplomó en una silla.

–No lo entiendo –dijo. Le temblaba la voz.

–Tu madre ha dicho que no debías saberlo.

Ella se sonrojó con violencia; el rubor se extendió por su pálida cara como si fuera una erupción. Entreabrió los labios. Peter vio el resplandor de un diente. Luego Clara miró varios objetos de la habitación volviendo la cabeza rápidamente, de modo que su mirada solo descansaba un instante en una cosa u otra. Pero no lo miró a él. Parecía incómoda, indefensa, como si algo pesado se le hubiera caído encima y la inmovilizara. Peter no sabía qué hacer, cómo explicarse, cómo ayudarla.

–Sé lo sorprendida que estás –le dijo casi susurrando, como si no quisiera recordarle crudamente su presencia y que era testigo de lo que comprendió que era humillación, no dolor.

–No estoy sorprendida. Mi abuela estaba muy vieja y triste. ¿Qué otra cosa podía hacer en ese horrible lugar? Y de Laura era de esperar… –Pero dejó de hablar.

Era mucho más doloroso de lo que Peter había imaginado. Sintiéndose obligado a decir algo, repitió débilmente «de esperar», como si le ofreciera sus propias palabras para invitarla a continuar.

–Estoy mintiendo –dijo Clara. Dobló las piernas y se las abrazó al pecho–. No es lo que esperaba, para nada. ¿Cómo iba alguien…, cómo iba yo a esperar que Laura no quisiera decírmelo? Lo de no mostrarme sorprendida… es mi forma de ser. –Lo miró con enojo e irritación–. Pero supongo que si Laura viniese aquí con una pistola y me apuntara a la cabeza, le preguntaría si le apetece una copa antes de disparar.

–No sé en qué estaba pensando Laura. Es posible que estuviera demasiado trastornada para saber lo que decía.

–Laura siempre sabe lo que dice y lo que hace –dijo Clara con vehemencia–. A diferencia de muchas personas, no la cohíbe la inseguridad. No le importa por qué hace las cosas. ¿Has conocido a alguien para quien causa y efecto sean lo mismo? Siempre le han encantado mis esfuerzos por justificar sus propios actos ante ella.

Había hablado con voz tranquila pero despiadada, y él reparó entonces en cuánto se parecía su voz a la de su madre.

–Pero debía de estar desconsolada…, la muerte de una madre… –empezó a decir Peter.

–¡Qué más da! –exclamó Clara con brusquedad–. Eso ya me lo sé. Pero ¿no puedes contarme nada?

–Sobre Laura… –empezó a decir, pero Clara negó repetidamente con la cabeza y él guardó silencio y la miró con preocupación. Había pensado que solo quería actuar bien, hacer lo que tocaba. Pero no había pensado en ella.

Clara se inclinó.

–¿Es porque apenas fui a ver a Alma? ¿Es una forma de vengarse? Laura cree en la venganza, si *creer* es la palabra correcta. Lo que te estoy pidiendo es…, ¡explícame, cuéntame! –le imploró–. ¿Por qué no debo saberlo? Por favor. No quiero verdades universales. Esa no es la cuestión. Mi abuela murió sola. ¿Le habrías susurrado al oído que todos morimos? ¡Escúchame! –Hizo una pausa y bajó la vista a sus puños–. Es la diferencia lo que lo hace tan duro; nuestra propia vida es la diferencia.

–Lo sé.

–¿Cómo te sentirías? ¿Si fueras tú al que excluyeran?

–No lo sé –respondió él.

–No, no lo sabes.

–Me lo puedo imaginar –añadió Peter rápidamente.

–¿Por qué siento tanta vergüenza? –le gritó Clara–. ¿Por qué esta espantosa vergüenza…?

–Lo siento. Lo siento de verdad. Odio a Laura por esto.

–¿De veras? ¿Puedes odiarla?

La sala estaba fría. Peter se estremeció y luego miró la hora. Hacía años que no trasnochaba de aquella manera. Clara encendió un cigarrillo.

–He dicho que imaginaba cómo te sentías. ¿No es eso un consuelo?

–¿Lo es?

–A lo mejor estaba celosa de ti. Su madre te cuidó. Me da la impresión de que tú has sido la única persona de esa familia a la que alguien ha cuidado.

–¿Celos? ¿Es eso?

–No lo sé.

Clara pareció calmarse de inmediato, como si asumiera la situación.

–Aunque sea por celos, ¿qué más da? –preguntó sin interés–. Laura es una terrorista. Solo se siente plena cuando estalla la bomba que arroja. Es una plenitud que no entiendo.

–¿Por qué sigues viéndola?

–No sé cómo no verla.

–Pero ella no intenta verte a ti, ¿verdad?

–Muy de vez en cuando le da por ahí.

–No vayas a verla. No tienes que ir.

–Si fuera una cuestión de voluntad…

–¿No puedes hacer que lo sea?

–De momento no he sido capaz. Pero después de esto, a lo mejor es más fácil.

–Hace mucho que conozco a tu madre. No me cabe duda de que esta noche se sentía fatal.

–No digo que no sintiera nada. Pero ¡por favor! Está helada por dentro, como si solo estuviera viva a medias. No sabe que los demás están vivos. El mundo solo es una burbuja expandida de sí misma; lo que odia es parte de ella. Los judíos, ¿sabes cómo habla de los judíos? Sin embargo, esos antepasados hebreos no son una de las fantasías de Ed. Nunca puede distanciarse de nada. ¿No lo has notado esta noche, en el restaurante, cuando se burlaba de tu trabajo? ¿O cuando hablaba de la desidia de Carlos? ¿La forma en que siempre interpreta que todo está concebido a favor o en contra de ella?

–Entiendo que puedas sentirte así –dijo él.

–¡Que pueda sentirme así! ¡Estoy hablando de ti! ¿No puedes decirme nada, lo que sea, sobre lo que ella ha hecho? ¿No lo ves? ¡Ni siquiera sé si ha hecho bien! Pero ¡maldita sea Laura! Fui yo quien viví con su madre. ¡Dios! ¡Estoy harta de pensar en ella! Nací pensando en ella.

–¿Y tu abuela? ¿Qué me dices de Alma?

Clara tardó un buen rato en responder. Se quedó sentada, fumando con los ojos cerrados. Luego apagó el cigarrillo en un cenicero que había en la mesa, cerca de la silla.

–Tampoco lo sé –dijo por fin–. Estoy asustada. Pero ¿triste? –Lo miró fijamente durante un minuto–. La odiaba cuando era niña –siguió–. No sé por qué. Nunca fue cruel conmigo. Éramos como dos náufragas en un bote salvavidas, con las provisiones siempre a

punto de terminarse. Así me sentía. Nunca di la cotidianidad por sentada. Aunque Alma era muy sumisa, siempre se las apañaba para que esos dos, mis tíos, se vieran obligados a venir un domingo tras otro a sus horribles comidas. Esas comidas eran como una masacre, Carlos con los ojos en blanco como un mártir con los pies en la hoguera y Eugenio rezumando ira venenosa mientras ella fingía reír, fingía que estábamos charlando de verdad. Mi abuela los gobernaba mediante la tiranía de su patetismo. Nadie parecía capaz de detener nada, de cambiar las cosas.

–Debías de estar muy confundida.

–No –dijo ella con énfasis–. La vida con ella era lo único que yo conocía. Simplemente me impregnaba. No pensaba nada al respecto.

–Pero ella te quería mucho. Es lo que siempre he oído.

–Seguro que lo has oído –dijo Clara con cierta dureza.

–¿Y no era así?

–Sí, supongo. Pero yo detestaba cómo me hacía sentir. Me envolvía como una niebla. Me pedía que la besara y yo frotaba mi cara en la suya, con los labios apretados y la respiración contenida. Una vez le dije que olía mal. Soltó una risita nostálgica. Yo sabía que estaba siendo cruel y sentía una especie de placer con esa crueldad. Si ella me hubiese abofeteado…, pero nunca la vi furiosa. En el punto en el que esperaba que se enfadase, rompía a llorar. Y, sin embargo, solo nos teníamos la una a la otra en ese lugar donde vivíamos. Alma asistió una vez al día de los padres de mi colegio. Andaba como una tullida, tenía problemas en los pies y el dolor la desequilibraba; vestía con sus amplios harapos, muy diferente de los otros padres, y el pelo se le fue soltando durante la celebración. Yo

iba volviéndome en mi pupitre para ver si ya se le había deshecho del todo. También estaba su acento, pero tú la conociste, ¿verdad? Tenía un acento muy marcado, como de parodia de una latina. Me sonreía sin parar desde el fondo del aula como si no hubiera nada extraño en su presencia, ni en nosotras dos. Yo estaba avergonzada. En el centro de mi vida había una vergüenza espantosa.

–¿Siempre? –preguntó Peter.

–Has hablado de voluntad –dijo Clara con tristeza–. A medida que crecía, puse toda mi voluntad en que desapareciera, esa vergüenza. Ay, sabía que estaba mal, que era humanitariamente injusto. E iba a verla cuando todavía vivía en el apartamento. Le llevaba regalos. Pero siempre sentí aversión, distancia de ella, mientras que ella lo quería todo de mí, no solo regalos. Lo que me llevaba hasta allí era una débil corriente de obligación que, cuando Alma se fue al asilo, se secó del todo. Ella era como una habitación cerrada de la que yo había conseguido escapar. Y siempre me sentía espantosamente ingrata, pues era muy consciente de cómo debía sentirme en realidad.

–Pero ¿qué demonios hicieron contigo esos dos, Ed y Laura, para empezar? –preguntó Peter. Pero estaba hablando con su voz de «narrador»; había pronunciado la pregunta igual a como hablaba a veces cuando se reunía con un autor cuya inflamada autoestima lo obligaba a una cautela ridícula.

Ella captó el tono y lo miró con ironía.

–En cuanto nací me dejaron en los brazos de Alma.

–Así que ella se hizo cargo de ti. Eso es algo que no puedes obviar –dijo Peter. Deseó para sus adentros que Clara dijera lo que él quería que dijese, que iría al funeral, justificando así que se hubiera

entrometido y liberándolo de su obligación de tener que seguir escuchándola.

–¡Lo sé! ¡Dios! Sé muy bien que se hizo cargo de mí. ¿Quién más había?

–Podrían haberte enviado… con extraños.

–Me habrían parecido menos extraños.

–Y Alma te llevó a Cuba; eso no debió de ser fácil para ella, por lo que he oído. ¿No crees que es algo importante?

–¿Qué pretendes? ¿Adónde quieres ir a parar?

–Eres demasiado indulgente contigo misma. No sabes lo que podría haberte pasado… con desconocidos.

–No digo que lo sepa. Solo sé lo que sí pasó.

–No estoy muy al corriente, pero tengo la sensación de que su vida fue una prolongada decepción. Esta noche he visto a Eugenio. He tenido que pasar a verlo para contarle…

–¡Eugenio! –lo interrumpió Clara–. ¡Ese loco!

–Me ha dicho que tu abuela intentó vender bordados durante la Depresión. Para ella, todas las épocas fueron difíciles. Estaba sola con esos tres. Eugenio también me ha contado cosas de él: que vivía como un mendigo, que era un gorrón….

–¿No lo entiendes? Eso ya lo he oído. Lo he vivido.

Peter le dijo enojado:

–Tú no viviste su vida. Parece que no puedes reconocer que ella estaba allí, protegiéndote.

Clara no hizo caso de lo que Peter acababa de decir y empezó a hablar de Cuba:

–Allí apenas la veía, quizá un par de veces al mes. Mi abuela estaba a la entera disposición de esa vieja bruja, Gonzaga, que

perdió la cabeza en su último año de vida. Todo por doscientos dólares al mes. Todo venía de Gonzaga: incluso había concertado el matrimonio de mi abuela con Maldonada. ¡Cómo me acuerdo! Cuando dejamos ese miserable apartamento, subimos con nuestro equipaje en la línea Myrtle Avenue del metro y una hora después al tren privado de Gonzaga, repleto de criados. ¡Un tren privado! Y la plantación era como una aldea feudal industrializada, con todos haciéndole reverencias a la vieja. Me dieron una habitación cerca del ala del servicio. Oía noche y día las campanillas que los llamaban. El olor tan lúgubre y oscuro de la caña, que crecía en kilómetros a la redonda hasta los seis metros de altura; las chozas sobre palafitos y, abajo, los cerdos y los pollos que cacareaban y gruñían. Aunque todo olía a podredumbre tropical, los sirvientes fregaban para echar ese olor de la gran casa, lo mantenían a raya. Sin embargo, los perros callejeros corrían entre los pomelos con las orejas llenas de garrapatas hinchadas como uvas blancas, incluso por el jardín privado de Gonzaga, donde un criado la paseaba en silla de ruedas las tardes que la señora no estaba sumida en sus alucinaciones… Los criados me daban trapos impregnados en licor para que se los diese a los monos de Gonzaga y los emborrachara. La señora tenía jaulas de monos y aves tropicales en el jardín. Y me dejaban que fuera a visitarlos a sus diminutas habitaciones. Pero no me tocaban. Y yo tenía otra vida de la que nadie en la casa sabía nada. –Sonrió al recordarlo–. Encontré la forma de salir de los jardines. Encontré a la maestra del pueblo, se llamaba María García…, por las tardes me bañaba junto a sus hijos en la bañera de metal que tenía en la cocina, luego me enrollaba el pelo liso en papel marrón para que se rizara y después, por la tarde, nos llevaba a todos *de paseo.*[14]

Cuando volvía a la gran casa, nadie me preguntaba dónde había estado. Creo que ni sabían que me había ido.

–¿Entonces fue una buena época? –preguntó él.

Ella ignoró la pregunta y continuó:

–Gonzaga era rica a la antigua. La familia Gonzaga fue muy lista; muchas de esas viejas familias perdieron sus propiedades tras la guerra con Estados Unidos, pero Gonzaga supo negociar, transigir, aguantar y pagar. Una noche, unas pintadas empezaron a cloquear bajo mi ventana y yo me asusté y salí corriendo al pasillo en dirección al centro de la casa. Era una zona que no me estaba permitida, pero no me atreví a despertar a ninguno de los criados. Me di de bruces con una banda de músicos que, supongo, hacían un descanso tras las puertas del salón. Estaban de espaldas y todos sostenían entre los dedos un puro negro, cuyo humo ascendía como una cortina. Gonzaga los había traído de La Habana. Y también tenía su médico personal, que vivía con ella, y su cura, y ese tren privado, y un yate siempre listo para zarpar, aunque la señora estaba demasiado débil para usarlo. ¿Comprendes? Era esa clase de riqueza.

–Tu abuela no tuvo elección. Hizo lo que podía.

–No estoy culpando a nadie.

–¿Creías que todos los demás lo tuvieron más fácil?

–Una vez. Lo pensé una vez –dijo ella con mordacidad.

–Esta idea de felicidad, lo que es, lo que se nos debe, ha hecho mucho daño.

–Supongo. Pero ojalá… –Se detuvo como si esperase que Peter dijera lo que ella deseaba.

–Quizá tu abuela te importaba más de lo que crees –dijo él.

Clara se echó a reír.

–No te imaginaba tan ingenuo.

–¡La ingenua eres tú! –repuso ofendido.

–Ahora te he molestado, pero quizá lleves razón. A lo mejor era eso lo que deseaba, poder haber querido a mi abuela. Pero no fue así. Era a Carlos a quien yo quería. Es encantador, ¿sabes? Realmente adorable. Creo que yo soñaba que Carlos me llevaba con él. Sabía que nunca lo haría. Sabía que Carlos nunca podría hacer mucho por nadie. Pero nunca estaba amargado, como los demás. Supongo que mi abuela también había sido encantadora de joven. Antes de que todo empezara, ese largo viaje a Cuba, el desconocido con quien tuvo que casarse. Tenía solo dieciséis años. Él, treinta y ocho. Pero sí… Recuerdo que a veces, cuando algo la divertía, cuando algo la hacía reír, no era servil y quejumbrosa. Se le daban muy bien las imitaciones, imitaba a Eugenio perfectamente. Hay que ser un poco cruel para ser un buen imitador. Cuando ella se ponía así, sentía que se levantaba un peso de nuestra vida en común. Pero Alma tenía otra faceta, un lado morboso. Me contaba historias espantosas sobre personas que dejaban manos cortadas en la cama de otros, historias de maldiciones que traían la enfermedad y la muerte. Vudú cubano.

Peter sintió que se estaba quedando sin fuerzas y sin la convicción de que debía estar donde estaba.

–Hace diez años que no trasnochaba tanto –dijo.

–Llamaré abajo y le diré a ese viejo periodista célebre que te busque un taxi. Te he entretenido demasiado.

–No es cierto. Pero espera… espera un momento.

Ella lo observó con cautela. Peter pensó: «No puedo irme ahora», pero dijo:

–Creo que deberías ir al funeral.

–¡No! –exclamó Clara–. ¡Ni pensarlo!

–¿Dejarás que Laura se salga con la suya?

–No me importa que Laura se salga con la suya. No iré. Y no me digas para qué sirven los funerales. Ya me lo sé. Esto es distinto.

–No es distinto. Es una muerte, la de tu abuela. No tienes derecho a evadirte.

–El derecho no tiene nada que ver con esto. No creo en esos derechos. ¿Y quién te ha dado derecho a decirme lo que tengo que hacer?

–Nadie. Te lo estoy pidiendo, no te digo lo que debes hacer.

–Tengo planes para mañana…, hoy. Ya casi es de día. Y es importante para mí.

Parecía serena, fría. Se desentendía del problema. De pronto Peter sintió que Clara lo desagradaba profundamente; le repelía su insensibilidad. ¡Que se desentendiera, entonces! No podía hacer nada más, aquello no era asunto suyo. Laura lo llamaría pasados unos días. Todo seguiría como siempre. Ya se había clavado suficientes espinas de los Maldonada. ¡Solo con Eugenio le habría bastado!

Clara guardaba silencio. Peter tuvo la súbita visión de que levantaba el pie y le pisaba los pies descalzos. Qué fría era: estaba adoptando una expresión de indiferencia.

–¿Qué es tan importante para ti? –le preguntó Peter con la voz quebrada por el enfado.

Clara se irguió en la silla, sobresaltada. Parecía sorprendida.

–Y no me digas que no es asunto mío –siguió Peter–. ¿Vas a dejar que se prolongue indefinidamente, este asunto de Laura? ¿Vas a permitir que sea ella la que siempre decida? ¡Acaba con eso! ¡Ve al funeral!

–Tampoco iría a su funeral –dijo ella como una estúpida. Bajó la vista al regazo con los ojos entornados.

Peter apoyó todo su peso en la pared que había detrás del sofá. Quería irse a casa, dormir, reanudar su vida silenciosa, saber dónde estaba todo.

–Te diré lo que es –dijo ella vacilante.

–No me importa.

–Voy a pasar el día con un hombre. Hasta ahora, nunca se nos ha presentado la oportunidad de estar juntos un día entero. Y quizá no vuelva a presentarse.

–¿El hombre de quién?

Clara rio con desdén.

–¡Eso no, por favor! ¿Acaso vas a decirme…?

–No voy a decirte nada –repuso él–. Ha sido una conclusión a la que he llegado, una observación, como quieras llamarlo. En cualquier caso, no me parece un motivo importante.

–Supongo que no lo es –admitió ella. Lo miró con franqueza–. Me gustaba la idea de que él tuviese que planearlo, aprovechar rápidamente la oportunidad y organizarlo todo, solo para pasar unas horas conmigo.

–¿Y tú?

–Siento su placer.

–¿Solo eso?

–¿No es bastante?

–No lo sé.

–Pero ¿cómo puedo ir si ella no me quiere allí?

–Averiguando dónde se celebra el entierro, averiguando cómo llegar hasta allí, vistiéndote y asistiendo.

–No puedo –dijo Clara. Se levantó y empezó a andar por la sala–. Hace frío, ¿verdad? Bajan la calefacción del edificio en esta época del año. ¿Ya es casi primavera? –Se detuvo junto a una ventana y miró por el cristal–. No hay nadie en la calle. No suele estar vacía.

–Te llevaré –dijo él. Se le encogió el corazón, aunque había sabido desde el principio que se ofrecería–. Tengo coche. Por la mañana puedo averiguar dónde la entierran, sacar el coche del garaje y llevarte.

–¡Me importa un bledo que se haya muerto! –dijo Clara volviéndose hacia él–. ¡Es que me importa un bledo!

–Y a mí. Pero si te llevo, ¿irás?

–¡Ve tú! –le espetó. Luego, sonriendo maliciosamente, añadió–: ¡Piensa en cuánto le gustaría a Laura! Y eso es lo que te gusta hacer, ¿verdad? Imitar pájaros y contar historias desagradables, lo que sea con tal de complacerla.

Aunque aquello le molestó, le entraron ganas de reír. El impulso de reír era tan fuerte como el de un estornudo incipiente. Carlos, y ahora Clara, burlándose de su servilismo. Simplemente agitaban sus propias cadenas. Soltó una carcajada. A saber por qué, de pronto había recordado que su hermana Kitty –diecinueve años tendría entonces– cogió la bandeja con el más preciado juego de té de su madre, la lanzó al suelo y rompió todas sus piezas.

–¿Qué te hace tanta gracia? –Oyó que le preguntaba Clara y añadía con voz preocupada–: Oye, ¿estás bien?

–Perfectamente –dijo él con voz entrecortada–. Es que he recordado algo… No me reí cuando pasó, pero… Es algo que hizo mi hermana. Una mañana destrozó un juego de té. Fue la única vez que recuerdo a Kitty así de descontrolada. Mi madre tenía un valioso juego de té expuesto en una bandeja en el comedor, para que la gente lo admirase. Nunca lo usábamos. El aparador se tambaleaba, por lo que cuando entrábamos en el comedor siempre teníamos que andar de puntillas. «¡Cuidado con mi juego de té!», gritaba mi madre si oía que alguno de nosotros andaba por allí. Pero no lo trasladaba a otro sitio. Lo miraba muchísimo… –Peter rompió a reír de nuevo. La cara de incomprensión de Clara hizo que riera aún más fuerte–. Quiero decir –dijo atragantándose–, quiero decir que lo miraba con tal obstinación… –Peter carraspeó, soltó una risita–. Pensé entonces que aquello sería como un terremoto para nosotros, que todo cambiaría… Pero nada cambió. Y ahora me parece divertido.

–Lo siento. No tendría que haber dicho eso… de tu afán por complacer a Laura.

A Peter le dio otro ataque de risa. Los dos intentaron ignorarlo, como si él estuviera eructando descontroladamente. Luego dijo:

–Es cierto lo que has dicho. Dilo. Di lo que quieras. Pero no importa cómo Alma cuidó de ti. La cuestión es que lo hizo.

–Tú no puedes saber qué supuso eso para mí.

–Me lo puedo imaginar. Todos hemos tenido problemas. Mi madre, por ejemplo, era una buena administradora, cuidaba de nosotros. Pero también era manipuladora y cizañera. Sus tres hijos estábamos sometidos a sus malas artes. Ya de muy pequeños, nos contaba a cada uno lo que decían los otros dos. Eran una especie de

murmullos descuidados que llenaban la casa; ella parecía alimentarse de los chismorreos de sus hijos. De noche, cuando venía a arroparme, susurraba: «Martha dice que estás haciendo muchas tonterías en clase de Educación Cívica; Robert, tu amiguito de la granja, se lo ha contado. ¿No te parece que ya está bien?». Y cuando yo era algo mayor: «Kitty me ha contado que invitaste a unos amigos a casa ayer, cuando yo estaba en Trenton, y que os estuvisteis dando aires, ¡hablando de poesía! ¡Así que esperaste a que la vieja pueblerina de tu madre no estuviera!». Y siempre comprendía por qué un chico me había golpeado en la cabeza o por qué un profesor me encontraba indolente. Entendía a todos, salvo a sí misma. Yo sabía que no lo hacía por motivos intelectuales ni por más sentimiento que la simple venganza hacia mí, porque yo le pertenecía. No es que no les hiciese lo mismo a mis hermanas, pero había entre ellas cierta solidaridad, un elemento que me excluía. Cuando entraba en una habitación donde las tres estaban hablando, se callaban y yo me sentía incómodo y enorme, demasiado enorme para escabullirme por la puerta. Y, sin embargo, mi madre ni siquiera era capaz de criticarme abiertamente. «¡Tú y yo somos tan autodestructivos, Petey!», decía. Claro que solo se refería a mí. Cuando Kitty se casó, el año antes de que muriese mi madre, la oía decir: «No se puede esperar nada de los hombres, no te sorprendas si no está cuando verdaderamente lo necesitas; los hombres nunca están». El matrimonio no duró mucho, aunque eso no fuese del todo culpa de mi madre. Y las pocas veces que yo me rebelaba y me enojaba por algún comentario retorcido de los suyos, ella iba corriendo a mis hermanas y delante de mí, llorando, les decía: «¡Fijaos! Lo he ofendido. ¡Es tan anormalmente sensible! ¡Me siento

tan culpable!». Cuando murió… –Peter vaciló. Clara estaba al borde de su silla, mirándolo atentamente–. Cuando murió, me alegré, igual que cuando te alegras porque algo deja de doler. Pero también pasé una temporada desquiciado.

–¿No la querías?

–¡Quererla! –exclamó él–. El amor es algo más que amor.

–¿Qué más?

–Bueno, también pensamiento.

–¿Y tu padre?

–David Clarey Rice –dijo como si pronunciara su propio nombre–. Mi padre. «Nuestro deprimido paterfamilias», lo llamaba mi madre. Ese tío del que te hablaba, con el que hice el pastel, era el hermano de mi padre, tan corriente como él; una persona corriente, no es que fuese aburrido, pero no lo adornaba ningún rasgo temperamental. Mi padre apenas hablaba de sí mismo. Con el tiempo, a partir de mi propia vida, creo que lentamente he acabado comprendiéndolos a los dos. Ahora veo que mi madre debía de estar frenética. Y él estaba decepcionado. No tenía palabras para su decepción, no sabía cómo expresarla. Lo recuerdo amable pero sin energía, como si lo hubiesen despojado de cosas cotidianas como la irritabilidad. Era una especie de refugio donde podías guarecerte de una tormenta. Un lugar silencioso.

–¿Te enfadabas a menudo?

–No. Había afecto… o algo parecido.

–¡Pero saliste con vida! –dijo Clara evidentemente pensando en sí misma–. Ya no hay mucho en tu vida de aquello.

–No se sale nunca.

–Yo tengo ese problema –dijo ella con humildad–. No veo las cosas de forma sencilla. No puedo ser sencilla.

Peter se rio.

–¿Tú tienes ese problema?

–No sé qué pretendes –dijo indignada–. No es solo que este… este enredo no sea asunto tuyo. Te presentas aquí en plena noche exudando rectitud por todos los poros, sin que parezca que tengas la menor idea de lo que estás pisoteando y magullando. ¿Crees que haré lo que me dices que haga?

–Laura…

–¡Nada de Laura! –exclamó ella con furia–. Yo llegué cuando todo estaba acabado, el resultado de la fugaz insistencia de Ed Hansen. Los Maldonada tendrían que haberse extinguido sin descendencia. Los tres son como dinosaurios hundiéndose en pozos de alquitrán, forcejeando…

–Cuando eran jóvenes… –intentó interrumpirla.

–¡Ah, sí! ¿Eran muy distintos entonces? ¡No! Simplemente eran jóvenes…

–¡Eres tan estúpida! –exclamó él–. ¡Tú nunca tendrás que pasar por lo que yo he pasado, no tendrás que descubrir, demasiado tarde, que no hay nada preparado para ti!

Ella sonrió como si lo hubiese desenmascarado.

–¿Y qué me dices de ti? –preguntó triunfal–. ¿Qué pasa entre tú y Laura? ¿Por qué me estás presionando tanto? ¿Qué es lo que quieres que haga por ti? Podrías haber dejado que se apañaran ellos con sus muertos. Si suponía tal afrenta a tu sentido de la decencia, podrías haberte negado cuando ella te dijo que no me lo contaras. ¡Cobarde!

Clara había alzado la voz; le arrojaba palabras como piedras.

–Quiero que… –empezó él levantando las manos como para protegerse la cara–. ¡Quiero que seas tú quien la rompa, quien rompa la fatalidad plantándose ante esa tumba!

–¿Por mí? –gritó Clara–. ¿Por mi bien? ¡Por el tuyo! ¿No es así?

–Sí. ¡Por todo eso!

–¡Idiota!

–¡Pues sí!

–¡Es algo entre tú y esa salvaje! ¡No tiene nada que ver conmigo!

–Sí –dijo derrotado–. Quizá sea algo entre Laura y yo. Es una persona indómita, es cierto. Por eso la he querido, por eso me he aferrado a ella todos estos años.

–¡Adelante, ve tú entonces! ¡No me involucres!

–No. No puedo. Estoy aquí por ti. –Se sentía aturdido. Le dolía la mandíbula. Dijo con voz apenas audible–: Debes ir y pasarle por delante.

–Enfréntate tú a tus fantasmas –dijo Clara.

Peter empujó los ensayos de Hazlitt al suelo, se tumbó cuan largo era en el sofá y cerró los ojos.

–No vayas –dijo–. Aguarda a que alguien te convenza de algo, lo que sea. Eso es lo que esperas que pase, ¿verdad? A fin de cuentas, eres una chica estadounidense… No vayas. A mí me importa un bledo, como a ti. Estoy demasiado cansado para mirarte, para mirar tu cara inexpresiva. ¡Me importa un carajo! –Abrió los ojos.

La sala estaba vacía. El cansancio que sentía era como una bendición. Sabía que no podía levantarse y agradecía saberlo. Se quedaría dormido con solo volver la cabeza y apartarla de la luz reflejada en la pared. Y entonces oyó el tintineo de la porcelana.

–Toma –dijo Clara. Sostenía una bandeja con una taza de té, una rodaja de limón, unos terrones de azúcar y tostadas. Acercó una mesita al sofá–. Están frías, como las tostadas inglesas.

Clara volvió a salir de la habitación y volvió con una manta y una almohada.

–Es un buen sofá para dormir –le dijo.

–¿De verdad te gusta Hazlitt? –le preguntó él.

–No mucho, pero me tranquiliza; el aburrimiento me tranquiliza.

–El té es reconfortante, como todos dicen.

–Pondré el despertador a las ocho –dijo ella–. Dormiremos unas horas, con suerte. Luego puedes llamarlos al hotel. ¿Se lo dirás entonces? ¿Que me lo has dicho?

–No, para qué… Simplemente estarás allí.

Clara lo arropó con la manta y luego esperó a que dejara la taza para colocarle la almohada debajo de la cabeza.

–¿Te quito las gafas? –le preguntó.

A Peter le encantó el peso de la manta.

–Creo que le daré un beso a esta manta –dijo. Se quitó las gafas con cuidado y las dejó en la mesa.

–¿Irás conmigo? –preguntó ella.

–Sí –dijo él cerrando los ojos.

7. EL FUNERAL

Cuando Peter subió la escalera, Violet estaba inclinada sobre el zócalo del rellano de la segunda planta con un plumero en la mano. Al verlo, se incorporó y se quedó inmóvil con el plumero levantado como un ramillete de flores. Peter se detuvo. Sus miradas se encontraron. La expresión de Violet era de caritativa indulgencia; lo había fotografiado con la cámara oculta de sus ojos y estaba segura de su verdad. Él había estado –sorprendentemente– con una mujer. Pero Peter percibió un leve esfuerzo en la sonrisa de ella. Supuso que esa mañana Violet había intentado oír, de forma semiconsciente, los ruidos de su presencia en la planta de arriba y no lo había conseguido. El enfado no era una de las emociones que ella se permitía. Peter se quedó allí parado, viendo la misma esencia de su vínculo, revelada como el corazón de una manzana partida por la mitad. Violet, amable, orgullosa, celosa; y él, reconociendo esos celos, sutilmente satisfecho por ellos, sabiendo que ella los negaría hasta la muerte. Violet en su balsa de palillos de dientes, proclamando que la infinita desolación en la que flotaba era solo una ensenada.

–¡Ajá! –dijo ella con animación–. ¡Aquí estás! –Pero Peter vio enseguida que se arrepentía de sus palabras. Apresuradamente, Violet preguntó–: ¿Sigue lloviendo mucho? Esta mañana Roger se ha

negado en redondo a ponerse el impermeable para ir a clase. ¡Ay, los hijos! Supongo que tienen que rebelarse.

–Buenos días, Violet. Llueve, pero como se ha levantado viento puede que escampe más tarde.

–Tienes pinta de que te vendría bien un café.

–Me iría bien, pero no puedo –dijo él.

Ella tiró distraídamente de las plumas del plumero. Él vio cuánto quería preguntarle dónde había estado, pero se sabía sin derecho a hacerlo. Finalmente Violet se decidió por una actitud maternal.

–Tienes mal aspecto, ¿te encuentras bien?

–Estoy cansado. He estado despierto casi toda la noche. Y hoy tengo que ir a un funeral.

–¡Vaya por Dios! No será alguien cercano, espero.

–No. Solo alguien a quien conocía. Una anciana.

–Ah, bueno. Entonces es algo natural. –Se la veía claramente aliviada.

–Ya te lo contaré luego. Pasaré a verte.

Ella se apartó un poco y Peter siguió subiendo a su piso, preguntándose si Gina estaría en casa asustando a su madre con su lúgubre presencia. No recordaba si aquel día tenía clase en la universidad.

Clara le había preparado el desayuno con ojos fatigados. Luego él había llamado al hotel. Respondió Desmond diciendo que todavía no había hablado con la residencia de ancianos pero pensaba llamar a eso de las nueve. Peter agradeció la típica falta de curiosidad de Desmond. No tuvo que echar mano de la excusa de que llamaba porque quería enviar flores al cementerio. Le dijo que había visto a los dos hermanos. Desmond no preguntó cómo se habían tomado la

noticia. ¿Cómo estaba Laura?, preguntó Peter. Desmond le contó que se estaba bañando y que había dormido un poco. Se encontraba bien, dadas las circunstancias.

Clara había escuchado con los nervios a flor de piel, bebiéndose el café como si la persiguieran. Él le había preguntado si no tenía que llamar al trabajo.

«Te olvidas de que ya me he encargado de eso», dijo ella.

«¿Quieres que me vaya? Puedo llamarte después, en cuanto lo averigüe».

«Si no te importa… Es que mi amigo vendrá a recogerme a las nueve. –De pronto le sonrió con delicadeza–. Y tendría que explicarle tu presencia aquí».

La risa paternal con que le respondió le sonó falsa al propio Peter, que dijo:

«Gracias por pensar en eso».

Entró en su apartamento. La planta parecía haber perdido otro puñado de hojas durante su ausencia. La cama hecha le pareció extraña. Se quitó la ropa arrugada, se puso el albornoz y volvió a llamar al hotel. Esta vez respondió Laura, y cuando oyó su voz, la suya vaciló.

–Laura…, ¿cómo estás? Lo siento mucho…

–Peter, has sido un encanto por pasarte toda la noche recorriendo las calles para ver a esos dos. Acaban de llamar, uno tras otro. Estarás destrozado.

–Me encuentro bien. ¿Ya está todo organizado?

–Organizado…, sí. Desmond acaba de hablar con ellos. Todo está hecho. Ahora no puedo hablar, Peter. Tenemos muchas llamadas que hacer, cancelar el viaje…

–¿Dónde se celebrará el funeral?

–No será un funeral. Desmond compró una parcela hace unos años. No fue fácil, ¿sabes? Casi todos los cementerios de Long Island son territorio israelí. Pero encontramos uno para muertos aconfesionales. –Se echó a reír, esperó el espacio de una respiración para oír su respuesta y como no la hubo continuó–: Se llama Mount Laurel Rest, es un cementerio que está pasado Queens, creo.

–¿Esta mañana?

–No tan rápido. Ni siquiera Desmond puede obrar esos milagros. Será a las dos. Desmond dice que en la residencia de ancianos están indignados con nosotros. Supongo que nos toman por gente de clase muy baja. Los funcionarios son siempre horribles, ¿verdad?

Peter quiso dar por concluida la conversación.

–Te dejo que sigas con tus llamadas, entonces.

–Peter, no sabes cuánto te lo agradecemos –dijo ella muy formal.

Peter llamó a Clara. Como el funeral tendría lugar en algún sitio pasado Queens, sería mejor que se encontraran en el centro, en el Village, directamente en el garaje donde tenía el coche. Le dijo que sobre las doce y media. Quizá así Clara podría dormir un poco más. No quería dormir, le respondió Clara con voz preocupada.

–¿Estás asustada? –preguntó él–. ¿Te asusta estar con Laura en el cementerio?

–¡Pues claro! –dijo Clara, y su voz le estalló en el oído–. ¡Lo detesto! ¡Detesto cómo me siento! Bien, he dicho que iría, e iré. Pero no sé qué haré si ella monta una escena al verme.

–¡Entiérrala! –dijo él.

La risa de Clara sonó preocupada y temerosa.

–¿Cómo lo has conseguido? Hablar con Laura sabiendo que habías ido a verme y me lo habías dicho… A mí siempre me pilla. Nunca he conseguido engañarla.

Como no quería hablar de cómo se había sentido, engañó a Clara.

–No lo he pensado –dijo–. Y no es mi madre.

Después de colgar, descubrió que las manos le temblaban un poco. Clara y él tramaban una conspiración. Por Laura, él siempre había aflojado los frágiles vínculos que lo unían a otras personas; traicionarlos era el regalo que le hacía. Sin embargo, casi nunca hablaba de Laura con los demás, como si ella fuera un secreto, un objeto sagrado que llevase colgado al cuello. Laura había sido para él tan singular, tan única y auténtica, la materia prima de una humanidad esencial antes de que se viera refinada y moldeada por lo conciliador. No había en ella olor a santidad ni el dulzón aroma empalagoso de la vida familiar. Y ahora él conspiraba para imponérselo al borde la tumba de su madre.

Se había despertado en el sofá de Clara con dolor de espalda y la cabeza espesa por los residuos de sueños angustiados. Lo que le había dicho a Clara sobre la anarquía de Laura reverberó en su cabeza mientras se tomaba el café que le había preparado. ¿Qué significaban esas palabras? Las había pronunciado de madrugada, en un momento de exasperación. No habían alcanzado ninguna definición concluyente de su relación con Laura, pero la habían hecho volar por los aires. Sabía cuán transitorias podían ser esas definiciones dramáticas que se elevan con lo que parece ser toda la verdad para luego romperse, como rompe una gran ola, en el foso de la vida cotidiana y su irreflexivo movimiento.

Mientras se bañaba y se cambiaba de ropa, mientras llamaba a su oficina para decir que no iría a trabajar y pedía que le sacaran el coche del garaje, estuvo pensando sin cesar en sí mismo. No podía soportar el temblor de sus dedos. Su apartamento se le antojaba pequeño. Le parecía que la simplicidad de sus muebles era pretenciosa. Si él acusaba secretamente a Violet de afirmar que todo lo que poseía procedía de Dios y no estaba mancillado por el comercio humano, ¿cómo no iba a juzgar fingida su propia simplicidad? Recordó las prendas miserables y desvaídas de Eugenio colgando del perchero metálico. Observó con disgusto su traje azul marino. La voz afectada y exageradamente cordial de su secretaria al teléfono delató los años de indulgencia injustificada e insolente con que lo trataba. Cuando la secretaria le había dicho que esperaba que se recuperase pronto –a saber por qué, él le había contado que tenía gripe–, por un momento Peter había imaginado, con una conciencia literalmente dividida, que ella le había dicho que esperaba que empeorase pronto.

Bebió grandes cantidades de agua; en cuanto terminaba un vaso, volvía a tener sed y se bebía otro.

Intentó trabajar, pero cuando cogió un manuscrito que tenía en su mesa, le resbaló de las manos, se cayó al suelo y las páginas acabaron desperdigadas por toda la alfombra. Maldijo el manuscrito y a sí mismo. Y al mirar frenéticamente las paredes de la sala como si fueran los muros de una celda, su mirada se posó en el dibujo de Ed Hansen donde aparecían él y Barbara.

Barbara tenía ahora dos hijos mayores. Vivía con su marido en Chicago. A veces Peter se encontraba con personas que los conocían a los dos y le daban noticias de ella. Barbara se había vuelto a casar

casi enseguida, después de su divorcio. Cuando él intentaba imaginársela, era siempre la joven con quien se había casado; sin embargo, tenían la misma edad, con solo un mes de diferencia entre sus cumpleaños. Había olvidado cuál iba primero. ¿Cómo había sido Barbara? «La pobre Barby», la llamaba Laura. ¿Había sido la pobre Barby? ¿Por qué se había casado con él? Estuvo tan segura de que quería divorciarse…, igual que Peter. Y había sufrido. Pero Barbara tenía que haber sabido que había algo irremediable, incrustado como una piedra en el corazón de su matrimonio. Algo relacionado con él.

Se sirvió un vaso de whisky, se sentó y se lo bebió lentamente, y lentamente empezó a tranquilizarse. Se quedó un rato sentado y luego recogió las páginas del manuscrito y las puso en orden. Era demasiado temprano para salir hacia el garaje, pero tenía que marcharse del piso. Podía entretenerse un rato en la librería del barrio. Al bajar la escalera, oyó la aspiradora de Violet.

En la librería, varios jóvenes empleados rodeaban a un trabajador que instalaba un espejo en un rincón. El propietario, un anciano barbudo con el grueso torso embutido en una chaqueta de pana color vino, le dijo:

–Señor Rice, ¿se da cuenta de lo que me he visto obligado a hacer? Me han estado robando descaradamente, vienen aquí y me afanan las existencias. ¡Adónde iremos a parar! Hay más robos que compras. Y, a ver, ¿quién va a estar todo el tiempo vigilando por ese espejo?

Peter miró el espejo.

–¿Comprende? –continuó el propietario–. Así vemos lo que pasa dentro.

Peter se vio distorsionado, diminuto, todo cabeza y pelo gris, el destello de las gafas.

–Solo echaré un vistazo.

En la sección de ficción vio tres novelas de su editorial. Una era la de la autora japonesa. En la contracubierta había una gran fotografía de ella vestida con quimono. Miraba directamente a la cámara, lo miraba directamente a él. Peter apenas había prestado atención a la imagen cuando estaba en su escritorio. Ahora se quedó mirándola. La cámara había borrado todo lo que la autora tenía de enigmático. Era simplemente oriental. Cuando había ido a verlo por primera vez, ella llevaba un traje gris y un bolso colgando del hombro. Comprar esa novela era ridículo, un derroche por su parte, pero quería regalársela a Clara.

El librero se quedó mirando el libro.

–Las cosas van mal por todas partes, ¿verdad, señor Rice? ¿Ahora tiene que salir a comprar sus propios libros?

–Quería ver qué se siente siendo cliente –dijo Peter–. No lo meta en una bolsa.

Clara lo estaba esperando en la acera, frente a la entrada del garaje. Llevaba un traje marrón oscuro y una gabardina blanca.

–¿Está muy lejos? –le preguntó.

–No en cuanto a distancia, pero quizá haya tráfico.

Un empleado sacó el coche y le dio las llaves.

–¿Tardaremos mucho en llegar?

–Depende –dijo él–. El tráfico ya no es predecible. Este libro es para ti.

–Gracias. ¿Es la mujer de la que hablabas anoche en la cena? –preguntó Clara. Peter asintió–. Qué exóticos son los japoneses. Más

exóticos que nadie. Es muy guapa.

–Los comerciales no opinaban igual. Y tampoco les gustaba el libro.

–Llevo dos guantes de la mano izquierda –dijo Clara–. Los he cogido sin mirar.

–Da lo mismo.

–Me sentiría mejor si pudiera cubrirme del todo. ¿Hay que llevar sombrero a un funeral?

–Creo que hoy en día no le importa a nadie.

–¡Dios! ¡Ojalá parase de llover!

Recorrieron en coche las calles del sur de Broadway, mientras Clara le hablaba de los *lofts* que algunos de sus amigos habían renovado en las entrañas de viejos almacenes o fábricas abandonadas y Peter observaba la variedad de caros perros de raza que paseaban las jóvenes parejas por las calles estrechas de escaparates polvorientos y muros pintados de un verde muerto o gris carcelario a los que parecía que nunca llegaba el sol. No fue tanto una conversación como un sonido sostenido. Los dos estaban nerviosos, pero Peter también se sentía confundido, empequeñecido por la luz diurna y el cansancio; la iluminación, los propósitos de anoche se habían apagado.

Pronto los dos guardaron silencio. Después de cruzar el puente de Williamsburg avanzaron más rápido. No había mucho tráfico. Cuando se acercaron a un paso a desnivel, Clara dijo:

–¡Mira! ¡Ahí arriba!

Peter vislumbró a un grupo de hombres barbudos que andaba por el puente; sus grandes sombreros negros, de copa plana, parecían inclinarse todos en la misma dirección.

–Jasidíes –dijo.

–¡Qué aspecto tan asombroso! Parecen sacados de un cuento de hadas.

–¿Sabes algo de ellos?

–No, solo que son una secta judía. Pero verlos así parece una profecía.

Peter la miró. Parecía ensimismada, levemente satisfecha. Pensó: «Es joven y la diversidad aún le resulta prometedora, aún puede trasladar esa promesa a su vida».

–¿Ha ido todo bien esta mañana? –le preguntó–. ¿Con tu amigo?

Clara respondió a la defensiva:

–Es muy convencional. Por un momento he querido decirle que lo acompañaba igualmente. Se habría escandalizado. –Hizo una pausa, luego añadió–: Lo extraño es pensar que, si me hubiese ido con él, no le habría contado lo de la muerte de Alma. Me lo habría guardado…, como hizo Laura.

La mención de aquel nombre hizo que Peter sintiera una punzada de miedo.

–Esto cambiará las cosas entre tú y Laura, ¿verdad? –le preguntó Clara hablando rápidamente y sin énfasis, como si despachara algo de escasa importancia pero que quizá acabara teniéndola si pensaba en ello.

–Sí –contestó sombrío.

–También para mí. Aunque no se me ocurre cómo pueden cambiar las cosas entre nosotras. No sé qué hay que se pueda cambiar.

Para cuando llegaron a las puertas de filigrana del cementerio de Mount Laurel, llovía a ráfagas y unos gruesos nubarrones grises bullían en el cielo. Se había levantado un viento que les pegaba los

abrigos al cuerpo y soplaba entre los campos de tumbas que los rodeaban, revolviendo los tiesos matojos de flores de plástico que honraban algunas de las sepulturas y cuyos penetrantes rojos, verdes y azules eran como algo ácido en la lengua.

Peter dejó el coche en un aparcamiento circular del que partían unos senderos de gravilla que llevaban a las diferentes secciones del cementerio, ubicado en una elevación apenas perceptible donde parecía que habían clavado descuidadamente, como horcas, unos jóvenes arbolillos de ramas ennegrecidas por la lluvia.

A unos centenares de metros vieron a dos hombres que hablaban junto a un montículo de tierra recién excavada. Echaron a andar hacia allí. Peter se quitó las gafas, tan mojadas que no veía nada. Clara se abrochó la gabardina. Peter se acercó a los dos hombres.

–Sí –dijo uno en respuesta a la pregunta de Peter. Señaló el hoyo–. Esa es Maldonada. Deben de estar al caer.

Cerca había un panteón familiar con su enorme puerta abierta. Uno de los sepultureros se lo señaló.

–Pueden entrar ahí y guarecerse de la lluvia.

Clara vaciló.

–Vamos –dijo Peter.

Se agacharon para pasar por el portal. El suelo era de tierra. Había palas, cubos y una gran caja de madera colocados pulcramente junto a una pared. Se sentaron en un estrecho saliente de piedra detrás del cual se alzaban tres pisos de féretros. Poco después los dos sepultureros vinieron a refugiarse en el umbral. Murmuraron entre sí, como ajenos a la presencia de Peter y Clara.

–Nunca había estado dentro de una de estas cosas –susurró ella.

–Es un refugio –dijo él.

–No era una queja. Hasta podría decirse que es acogedor.

Peter sonrió.

–Así es.

–Estoy asustada –dijo Clara.

Peter le tocó la mano.

Uno de los sepultureros se volvió hacia ellos.

–Su grupo ha llegado –les informó antes de salir con el otro hombre y detenerse a cierta distancia de la tumba abierta.

Peter se levantó de inmediato y salió justo cuando Carlos llegaba a la entrada del sepulcro.

–¡Peter! ¡Has venido! –exclamó.

Peter no dijo nada. Carlos se asomó al interior, donde Clara continuaba sentada, acurrucada en el saliente. La miró largo rato y luego siguió andando. Un minuto después pasó Desmond rodeando con un brazo a Laura, y luego Eugenio.

Clara salió. El viento zarandeaba las ramas de los árboles. Unos hombres, que parecían escarabajos con sus trajes negros, se aproximaban con un ataúd por el sendero. Clara se detuvo junto a Peter, cerca de la tumba. En ese momento Laura, con expresión asqueada, apartó el pie de la alfombra de hierba falsa que habían extendido sobre la tierra, al borde del hoyo. Luego alzó la vista y vio a Clara y a Peter. Clara quiso gritar.

Pero Laura no dijo nada, su cara tan inexpresiva que apenas parecía estar viva.

La flanqueaban Desmond y Carlos. A unos pasos de distancia, Eugenio miraba el suelo con las manos entrelazadas y una funda de plástico transparente sobre el sombrero. Carlos llevaba su boina. Sin

embargo, Laura iba con la cabeza descubierta y el pelo, oscurecido por la lluvia, se le pegaba a las mejillas y la frente.

Los empleados de la funeraria colocaron el ataúd sobre un soporte metálico. Luego se apartaron con la cabeza inclinada.

El único sonido era el de la lluvia cayendo sobre la tierra y la gravilla. Todos esperaban. Entonces Desmond le susurró algo a Carlos.

–No lo sé, la verdad –dijo Carlos en voz alta.

Desmond se agachó rápidamente, cogió un puñado de tierra y la arrojó sobre el féretro. Los de la funeraria se acercaron de inmediato, como impulsados por un resorte. Aflojaron las cuerdas que sostenían el ataúd y este descendió lentamente.

Medio ciego sin las gafas, Peter miró a Laura. Sus ojos se encontraron brevemente y los de ella pasaron de largo, como si Peter fuera invisible.

En el ataúd, que casi había llegado al fondo de la tumba, había una anciana a la que Peter apenas conocía. Sus tres hijos ya maduros se inclinaron hacia delante como si algo tirase de ellos hacia lo que quedaba de su madre, una mujer de otra época que él nunca conocería. A su alrededor, las grises praderas de los muertos parecieron, por un instante, reverberar con la energía perdida de vidas desconocidas, y Peter sintió el peso abrumador, el inmenso esfuerzo de una vida humana por completar su curso.

A unos pasos estaba Clara. Miraba el suelo. Peter no podía imaginar qué estaría pensando, por qué había cedido y lo había acompañado a este lugar, ni lo que intuía, si es que intuía algo, de la importancia de estar en el cementerio con los demás. Y si su

presencia no era importante para ella, ¿qué más daba que estuviera allí? En realidad, ¿él había insistido tanto debido a Clara?

Los sepultureros observaban ahora con franca expresión calculadora al grupo que rodeaba la tumba. Peter miró una vez más a Laura. ¡Qué encogida parecía! ¡Qué aspecto tan miserable tenía, toda mojada! ¡Qué propio de ella no llevar nada para cubrirse la cabeza! Se esforzó para ver a la joven que, mucho tiempo atrás, le había sonreído en una habitación encantadora y desordenada una mañana de primavera.

Entonces, de pronto, ella lo miró. Aunque Peter no veía bien sus rasgos, sintió que la fuerza de todo el ser de Laura se congregaba en el brusco movimiento de cabeza que le dirigió, y lo arrancó de su intento de recordarla como la primera vez que la había visto.

–Lo que has hecho no es nada…, ¡nada! –dijo Laura.

Desmond la rodeó con un brazo, la apretó contra él y la condujo sendero abajo hacia la limusina que esperaba en el aparcamiento. Los seguían los dos hermanos. Peter miró a Clara. Ella lo observaba fijamente; Peter no sabía si había oído las palabras de Laura, pero sin duda había percibido el sonido de esa voz acercándose a él como una ráfaga que se desliza veloz sobre el agua.

La lluvia amainaba. Pensó que olía a lilas. Pero aún no había lilas, no hasta abril. Vio que Laura se inclinaba y entraba en el coche, luego Desmond, luego Carlos. Eugenio se sentó delante con el conductor.

Los sepultureros se acercaban a la tumba con las palas preparadas. Él aguardó otro minuto, consciente de la mirada inquisitiva de Clara.

«¡Esperad! –quiso gritarle a Clara, a los sepultureros–. ¡Esperad! Sí que es algo…, ¡casi lo tengo!».

Pero lo único que le vino a la cabeza fue el fragmento de un recuerdo que, como un sueño, se desvaneció mientras intentaba retenerlo: otra mañana de primavera, cuando tenía doce años, despertó en su cama junto a la ventana y vio, recién caída, la última fina nevada del año; oyó abajo, en la cocina, las voces de su madre y sus hermanas que preparaban el desayuno, supo que habían dejado salir al gato y al perro porque las huellas de sus patas se trenzaban en la nieve, y sintió que ese día él solo quería ser bueno.

NOTAS

1. En castellano en el original.
2. En español en el original.
3. En español en el original.
4. En español en el original.
5. En español en el original.
6. En español en el original.
7. En castellano en el original.
8. En castellano en el original.
9. En español en el original.
10. En español en el original.
11. En español en el original.
12. En español en el original.
13. En español en el original.
14. En español en el original.

Table of Contents

1. Copas
2. Pasillo
3. Restaurante
4. El mensajero
5. Los hermanos
6. Clara
7. El funeral